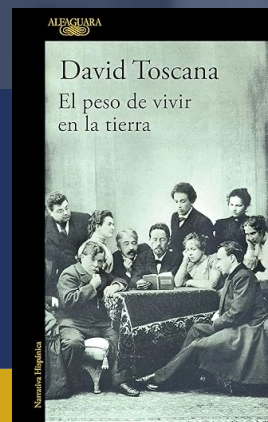


Visita  
al territorio de

# David Toscana



La Escalera  
Lugar de lecturas

# Preludio

Cuando un compañero de trabajo le comentó a Nicolás que había muerto Jim Morrison, él mostró poco interés. «Hace cuatro meses murió Stravinski», le respondió. «¿Por qué entonces no me dijiste nada?». Aborrecía el empeño de la gente por ser los primeros en dar alguna noticia, sobre todo noticias puntuales: un resultado deportivo, un accidente, una muerte, muchas muertes. Apenas en esa semana le habían preguntado: «¿Supiste que tembló en Chile?». «¿Que aterrizó aquí en Monterrey el avión secuestrado de Braniff?». «¿Que nacieron nonillizos en Australia?». «¿Que asesinaron a veinticinco mexicanos en California?». «¿Que murió Armstrong?». Tras esta última noticia Nicolás preguntó si era el astronauta; pero no, se trataba de un trompetista. Nicolás hizo una apuesta consigo mismo y dijo: «¿Supiste que murió Iván Ílich?». El compañero se quedó en silencio. Entonces le preguntó si sabía que habían asesinado a Fiódor Pávlovich Karamazov o que Ana Karenina se había suicidado, que Akaki Akakiévich había muerto febril y trastornado, que uno, detrás de otro, habían muerto alcohólicos, por suicidio, enfermedad o hastío todos los Golovliev, y para cuando preguntó si sabía que Yuri Zhivago había quedado tendido exánime a media calle, ya su compañero se había marchado. En verdad los últimos treinta días habían transcurrido entre muchas noticias de muerte. Comenzaron el diez de junio con los estudiantes masacrados por el gobierno, y ese diez de julio llegaba la noticia del cantante. Pero de entre los muertos por la guerra de Vietnam o por la epidemia de cólera, de entre los nonillizos que uno tras otro fueron dejando de respirar a lo largo de siete días y las hordas de seres humanos que necesariamente se van a la tumba por cualquier razón, Nicolás se interesó por tres muertes que ocurrieron en las lejanas tierras rusas, o más lejos aún, allá en el espacio exterior, y que los diarios venían reportando desde el primero de julio. «Misteriosamente murieron los cosmonautas rusos», decía el encabezado. Después de veintitrés días en la estación espacial Sályut, la nave que los trajo de regreso había aterrizado suavemente, suspendida de sus paracaídas, pero cuando los técnicos de la agencia espacial abrieron la compuerta, hallaron tres cuerpos sin vida. Ante el silencio soviético, el resto del mundo comenzó a barajar hipótesis. La más plausible era que luego de pasar tanto tiempo sin gravedad, sus corazones se habían detenido al sentir de nuevo el peso de vivir en la tierra; también se hablaba de un sobrecalentamiento al entrar en la atmósfera, de una descompresión que los habría reventado antes de que se asfixiaran, o bien de la inhalación de gases tóxicos. En sus siguientes ediciones, la

prensa continuó dando información. Los cuerpos habían sido trasladados a Moscú y serían sepultados en las murallas del Kremlin. Allá llegaron condolencias de todo el mundo, incluyendo las de Nixon, Paulo VI y el propio presidente Echeverría. A cada cosmonauta se le había declarado Héroe de la Unión Soviética.

Poco después del entierro, las autoridades soviéticas informaron al mundo que el deceso se había debido a una embolia causada por descompresión de la nave.

Esa tarde Nicolás ya no trabajó. Perdió la mente en escenas de su propia muerte.

Por la noche llegó a casa y encontró a su mujer parada en medio del salón, como si le hubiesen robado a su pareja de baile. Nicolás se acercó a la mesa. No se sentó. Se quedó mirando los papeles tachonados y una pila de tres libros. Un vaso vacío. Al fin se acercó a su mujer y la abrazó con fuerza. «Tú y yo vamos a morir como cosmonautas rusos», dijo.

Ella quiso zafarse del abrazo. «¿Asfixiados?», preguntó.

Él la soltó y negó con la cabeza. «Nuestros corazones», dijo, «no soportarán el peso de vivir en la tierra».

Ella dirigió la mirada hacia la ventana. El rostro se le alumbró con los faros de un auto que pasaba.

Nicolás pidió que lo llamaran Nikolái o, más exactamente, Nikolái Nikoláievich Pseldónimov, pero ninguno de sus compañeros le hizo caso. En el comedor de la oficina llegó a preguntar a la cocinera si no tenía kascha o kvas, aunque él mismo tenía poca idea de qué eran esas cosas, pues en las novelas apenas se indicaba que la kascha era un manjar típicamente ruso y el kvas, una bebida a base de cereales. Cuando le pidieron que cooperara para una fiesta de la oficina dijo que no le quedaba ni un kópek y dejó de usar las fechas ordinarias para emplear las ortodoxas: «El proyecto quedará listo para el Día de la Exaltación de la Cruz». Ocupaba el puesto de Subgerente de Comunicación, pero él mandó hacer unas tarjetas en las que se presentaba como Consejero Titular.

Vino a ocurrir que al redactar un informe sobre la reparación de un tramo de la carretera de Monterrey a Nuevo Laredo, Nicolás marcó las distancias en verstas y reportó el monto de la inversión en rublos. Su carretera iba de Moscú a Nóvgorod.

El licenciado Domínguez mandó que se corrigiera el error y sugirió a Nicolás que se tomara unos días de descanso.

«No es necesario, excelencia», respondió Nicolás, y el licenciado no sonrió.

Tres días después, el licenciado Domínguez pidió a Nicolás que completara la redacción de un contrato, lo pasara en limpio y entregara cinco copias «para mañana a primera hora».

«¿Para mañana, excelencia?».

«A primera hora», reiteró el jefe. «Y no vuelvas a llamarme así».

Nicolás sabía que en una comedia él habría de responder «no, excelencia» y el jefe volvería a decirle que no lo llamara de ese modo, y él de nuevo tendría que decir «no, excelencia» y así hasta el hartazgo; pero guardó silencio porque ninguna comedia había en hacer cinco copias de un contrato de diez páginas cuando ya terminaba la jornada de trabajo.

Tendría que hacerlo en casa.

Y así fue como, a mediados de julio, con un tiempo sumamente caluroso, Nikolái Nikoláievich Pseldónimov, consejero titular, se metió en su casa del 467 de la calle Degollado a copiar el documento.

Se dijo que el calor estaría bien si pretendiera veranear en una dacha, pero en ese momento debía trabajar, y Gogol había escrito que el enemigo de los consejeros titulares «eran las heladas nórdicas; ese frío punzante que ataca de tal forma las narices que los pobres empleados no saben cómo resguardarse, e incluso a los más altos dignatarios les duele la cabeza y las lágrimas les saltan de los ojos». Nikolái encendió una vela, se calzó unos guantes sin dedos, mojó la pluma en el tintero y comenzó la primera copia de las cinco. «San Petersburgo, Imperio Ruso, Fiesta de la Epifanía, 1871». Sintió las manos tan frías que se notaba el temblor en los trazos.

La secretaria de la oficina se había ofrecido a escribir el contrato a máquina y entregarlo al operador de la máquina Xerox.

«Dostoyevski dijo que todos salimos de *El capote* de Gogol», fue la respuesta de Nikolái.

Por eso se marcó como punto de partida el empleo de tinterillo, tal como Akaki Akakiévich o el loco del *Diario de un loco*, que orgulloso le sacaba punta a las plumas de «su excelencia». También escribano había sido Goliadkin, el de *El doble*, que lo mismo se volvía loco.

Apenas había escrito las palabras «Contrato celebrado entre», con una elegante C capitular, cuando entró su mujer.

Encendió la luz y fue directo a abrir la ventana.

Como si el viento estuviese ofendido por tanto tiempo que lo habían dejado allá afuera, recorrió con prisa el salón, apagando la vela y tirando al suelo dos hojas en blanco.

«¿Qué haces, Marfa Petrovna?», Nikolái cerró la ventana. «Se mete la ventisca». Encendió de nuevo la vela.

«¿No pude ser Katerina Andreyevna? ¿Al menos Alexandra Ivanovna?».

Nikolái mojó la pluma y continuó su trabajo de copista. Podría hacer la primera copia en poco más de una hora, pero estaba consciente de que muy pronto le caería encima el cansancio. Recién había comprado esas plumas de ave. Aún no sabía cómo sacarles buena punta y su caligrafía estaba lejos de semejar la del príncipe Mishkin.

Se puso el abrigo y el gorro de lana, pues Goncharov había escrito que «para la Epifanía las nevadas son tan intensas que si un campesino sale un momento al campo, vuelve a su casa con la barba cubierta de escarcha».

Salió sin decir nada.

No le gustaba beber, pero a partir de esa noche tendría que hacerlo. Habría de beber cada día y prometerle cada día entre lágrimas a Marfa Petrovna que no lo haría más.

Entró en la primera cantina que halló. Los hombres se arracimaban en pequeñas mesas de madera. Detrás de la barra había un viejo con la dignidad del propietario que no trabaja y una mujer que lo hacía todo. El abrigo y el gorro de lana sofocaban a

Nicolái y el rostro se le había puesto tan colorado que los otros parroquianos lo supusieron un beodo integral.

«Deme vodka», pidió a la mujer.

Se dirigió adonde se hallaba un hombre que conversaba con su botella. Bien sabía que las tabernas son sitios para conocer a desconocidos que se vuelven relevantes.

«¿Podría permitirme, caballero, el atrevimiento de sentarme con usted?».

Al hombre le cargó una frase tan larga donde solo hacían falta dos palabras. Señaló la silla vacía con la mano abierta.

«Nicolái Nikoláievich Pseldónimov, consejero titular».

El hombre alzó la vista. El aspecto invernal del recién llegado le pareció más extraño que el nombre o el modo de presentarse.

El hombre dijo su nombre pero Nicolái no lo escuchó. Miraba a su alrededor en tanto recordaba aquella frase de Gorki en *La madre*: «A los hombres no les quedaba más que la taberna para estar a su gusto y no tenían otro goce que el alcohol».

«¿Me permite llamarle Guerásim?»., preguntó Nicolái. «Es nombre de campesino si se está en el campo o de cochero si se está en la ciudad».

La mesera volvió con un vaso minúsculo.

Nicolái miró la insignificancia que tenía delante. ¿Era lo que bebían los cosacos antes de hacerle la guerra a cualquier pueblo vecino? ¿Lo que perdía a los hombres y volvía desgraciadas a las mujeres? ¿Lo que dio fuerzas a los rusos para derrotar a Napoleón? Nadie que bebiera tan poca cosa podría tener el alma grande.

«Tráigame una botella y un vaso de verdad».

«Se paga por delante».

«Como la dote», protestó Nicolái. «¿Dónde quedó el amor?».

Entregó un billete y la mujer volvió con la botella.

Nicolái sirvió el vodka en el vaso y se dispuso a beber. Apenas lo había acercado a la nariz, tuvo que toser. Vio que estaba hecho en México. «A ver si no me quedo ciego».

«Usted, Guerásim, ¿qué bebe?».

«Un coctel con residuos de jaibol, remanentes de cerveza caliente, el último chorro de una botella de tequila».

Nicolái ponderó la suerte de haber entrado en esa cantina y toparse con un individuo de tal magnitud. Aunque también se dijo que tal vez en todas las cantinas había personajes como Guerásim. Le había pasado a Raskólnikov: nunca había penetrado en una taberna, y la primera vez que lo hizo fue a meterse justo en la que estaba Marmeládov dispuesto a confesarse con un desconocido.

Nicolái dio un buen trago al vodka y se las arregló para no gesticular.

«¿Quiere un poco, Guerásim?».

Como si temiera que la oferta no durase, Guerásim sirvió una buena cantidad en su botella.

Nikolái intuyó que la vida podía dar un viraje a partir de hechos simples. Un oficinista entra en una cantina y entabla conversación con un ebrio solitario... Un funcionario estornuda en el teatro y salpica al consejero de Estado que se halla delante... Un tal Dmitri ve que una dama con un perro se sienta en la mesa vecina... Karenina toma el mismo tren que la madre de Vronski... A cada paso había vidas alternativas, grandes historias de amor o perdición.

Pasaron media hora sin hablar. A Nikolái ya le sofocaba el abrigo. Guerásim siguió hurtando vodka hasta que se quedaron sin nada de beber.

Fue cuando el mareo y la sensación de ingravidez acabaron de alumbrar a Nikolái.

«Estamos en la estación Sályut».

Se puso de pie. Con poca noción de lo que era habitar un mundo sin gravedad, comenzó a moverse lentamente. Utilizó la silla como escalón para trepar a la mesa. Ahí, de pie, con los brazos abiertos, dejó que el mareo lo bamboleara sin hacerle perder el equilibrio. Con voz sonora dijo: «Aquí el cosmonauta Pseldónimov. Saludos a los hombres allá abajo y paz a las naciones». Los parroquianos no entendieron el juego, pero igual les atrajo. «Ahora los veo y ahora no, pues mi velocidad es tal que doy varias vueltas a la tierra cada día». Era verdad que daba vueltas en el minúsculo planeta de madera sobre el que se había posado. Más de uno recordó aquellas noches de años antes cuando vigilaban el cielo para ver pasar el Spútnik. «Salgo ahora a hacer una caminata espacial», anunció Nikolái.

El salto de la mesa a la silla y de la silla al suelo tuvo mucho de gravitatorio. Algo había en ese atuendo de abrigo y gorro de lana que sugería a los bebedores un traje cósmico. Nikolái volvió a operar con movimientos lentos y flotadores mientras se acercaba a la puerta. «Salgo ahora a lo desconocido». Algunos aplaudieron. Hubo quien le lanzó un beso.

Afuera de la estación Sályut no encontró el vacío total que esperaba, sino una brisa que le agudizó el mareo. En un momento del camino a casa se quedó dormido.

Abrió los ojos cuando recién había salido el sol. Hubiese esperado ya nunca abrirlos, encontrarse en un muro del Kremlin. Pero estaba tumbado en una acera de la ciudad de Monterrey. Los hombres alargaban la zancada para franquearlo; las mujeres preferían bordearlo aunque tuviesen que bajar a la calle. Nikolái comprendió su situación, pero se quedó ahí echado algunos minutos más. Contento de compartir una imagen de Isaak Bábel: «Los borrachos yacían en el patio como muebles rotos». Notó que alguien le había puesto una moneda en la mano. Nunca antes, ni con su primer salario, ni con cada quincena, ni con los aguinaldos de cada fin de año, se había sentido tan bien gratificado.

Entró en la oficina de telégrafos. Tomó el formato y escribió: «Lamento muerte de cosmonautas al tiempo que celebro su valentía».

En el renglón del destinatario apuntó a Leonid Brézhnev, y como dirección apenas escribió Kremlin.

Mientras hacía fila, pensó en el telégrafo de la estación de ferrocarril de Astapovo, unas trescientas verstas al sur de Moscú. El aparato se la pasaba ocioso la mayor parte del tiempo. Apenas servía para mandar señales a las estaciones vecinas y avisar de llegadas, salidas o retrasos de trenes. De vez en cuando algún pasajero enviaba un parco mensaje: «Llego mañana» o «Ayer Gnékker se casó en secreto con Liza», sin siquiera mencionar que se hallaba en Astapovo porque ¿quién diablos sabe dónde queda ese mísero lugar? Pero un día último de octubre de 1910 se apeó del tren un anciano enfermo y se tumbó en la cama del jefe de la estación. Era Lev Tolstói, que ya no se levantaría de esa cama. Durante la semana que duró su agonía, arribaron multitudes a la estación e incontables periodistas. Las agencias de noticias telegrafiaban en busca de información, y desde ese modesto aparato de provincias repiqueteaban palabras para todo el orbe. A su vez llegaban buenos deseos, mensajes de solidaridad, oraciones al dios que hiciera falta. Desde la capital de la provincia enviaron una cuadrilla de telegrafistas para trabajar día y noche, duro y dale, punto y raya, hasta que un helado día de noviembre a las seis y cinco de la mañana hubo de enviarse el mensaje en código morse: «Tolstói ha muerto». Aunque fechado en Rusia el siete de noviembre, llegaba a buena parte del mundo el día veinte, no porque el telégrafo demorara, sino porque Rusia aún usaba el calendario juliano.

«Dígame», la despachadora sacó a Nikolái de sus cavilaciones.

Él entregó su solicitud. La mujer dijo: «No estamos autorizados a enviar mensajes a Moscú».

«Echeverría sí lo hizo».

Ella se quedó en silencio. Aguardando a que él diera el siguiente paso. Nikolái tachó el nombre de Brézhnev y escribió el del embajador Igor Kolosovski. Conocía bien el nombre, pues solía aparecer en la prensa. Apenas unos días atrás había obtenido un papel protagónico cuando el gobierno mexicano expulsó a cinco diplomáticos soviéticos por apoyar el entrenamiento de guerrilleros que «pretendían derrocar al presidente de México y establecer un régimen marxista-leninista, para lo cual gestionaban visas a los muchachos y los mandaban a un campo de entrenamiento en Corea del Norte».

«Deme la dirección de la embajada rusa», pidió Nikolái a la despachadora.

«Unión Soviética», dijo ella.

A Nikolái no le gustaba ese término, tal como prefería San Petersburgo que Leningrado, pero lo aceptó y apuntó la dirección: Calzada de Tacubaya 204.

Luego firmó como Nikolái Nikoláievich Pseldónimov y apuntó como su dirección Meshchanskaya 19. La muchacha dijo que no existía tal calle, que no podía enviar el telegrama a menos que los datos fueran correctos.

La sustituyó por Degollado 467.

Se envió el telegrama y llegó a la capital a la velocidad de la luz.



Nikolái regresó a casa a menor velocidad.

No alcanzó a meter la llave en la cerradura cuando la puerta se abrió por dentro.

«Te están buscando de la oficina», dijo Marfa Petrovna.

Nikolái se echó sobre el sofá del salón. Ella llenó una jarra con agua del grifo.

«De la oficina», insistió Marfa, «han llamado tres veces».

«No tenemos samovar».

Sobre la mesa estaban las hojas en blanco y la vela a medio consumir. El tintero destapado.

«Anoche conocí a un hombre. Guerásim se llama. Un borracho como yo nunca podré ser», Nikolái se llevó la jarra a la boca hasta vaciarla. «Voy a pedirle que sea parte de la tripulación».

«Tu primera borrachera», dijo ella, «y te das por vencido».

El teléfono comenzó a sonar. Ninguno iba a responder. Como esos aparatos carecen de botón de apagado, Nikolái arrancó el cable, lo mismo que un personaje de Bulgákov, que se había visto «forzado a desconectar el teléfono de su oficina del Instituto arrancando de un tirón el hilo del receptor». Le estorbaban esos aparatos que mataban la distancia con apenas unos pulsos de los dedos. El infortunio de Zhivago y su familia habría sido imposible si en vez de buscarse con cartas perdidas hubiesen tenido una red telefónica entre Yuriatin y Moscú.

«Pero ya existían los teléfonos», dijo Marfa.

Nikolái se encogió de hombros. «Quizás los bolcheviques habían cortado los cables».

Apenas diez años tras la invención del aparato, Chéjov lo había vuelto protagonista en un cuento en el que el protagonista intenta inútilmente comunicarse con el hotel Slavianski Bazar; pero el preferido de Nikolái era uno de Arkadi Averchenko. Un joven se las da de influyente y simula hacer llamadas a gente importante desde la oficina de un editor, hasta que el editor le pide que llame también al gerente de la red telefónica, pues «hace tres días que mi aparato no funciona».

Tomó el aparato con el cable arrancado. Lo echó en el cubo de basura de la cocina. «O asalto la central telefónica», había cantado Mayakovski, «o sáquenme del cuerpo el alma proletaria».

Si querían comunicarse de la oficina, que le enviaran mensajes con un lacayo vestido de librea.

«Esta noche lo intentaré otra vez», consintió Nikolái.

«Es eso», dijo Marfa Petrovna, «o convertirte en asesino».

Esa noche vistió su traje espacial y realizó la riesgosa caminata de vuelta a la estación Sályut, donde lo esperaba Guerásim, donde lo esperaban varios de los parroquianos del día anterior, que lo recibieron con el afecto de los viejos amigos, con la más cálida de las bienvenidas, a ese mundo en el que las cosas perdían su peso, pues allá en ese lejano cosmos, luego de unos tragos, los cuerpos se volvían etéreos y las almas se libraban de sus cargas más pesadas.

Pasaron los días sin que Nikolái le agarrara gusto a la bebida, cosa que le preocupaba, pues había leído en Gogol que «todo ruso que realizaba su oficio decentemente era un borracho empedernido». La última vez que estuvo en la estación espacial sintió náusea apenas con ver el vodka. Por eso no pudo gozar de la ingravidez ni viajó por el cosmos. Guerásim se sintió triste navegando solo.

Nikolái regresó sobrio a casa con la sensación de haber fracasado.

«El borracho será Guerásim», dijo a su mujer. «Yo tendré que matar a la prestamista».

Marfa le entregó el periódico. Le pidió que mirara los avisos de ocasión.

Las cosas marchaban bien. De la oficina había llegado una carta oficial para notificarle que había perdido el empleo y la patrona amenazaba con echarlos a la calle si no pagaban la renta.

«¿Y tú? ¿Ya decidiste?», preguntó Nikolái.

Marfa se quedó meditando como si apenas en ese momento considerara su papel en la vida, como si no hubiese sido un tema que vinieran tratando desde tiempo atrás.

«No quiero vivir de mi cuerpo».

«Lo correcto sería que la fatalidad no te diese alternativa», dijo Nikolái.

Así le había ocurrido a Sonia. Para sellar su ignominia no hizo falta a Dostoyevski sino una frase inocente: «Serían las siete cuando Sónechka se levantó, se puso una pañoleta, se vistió el abrigo, salió del cuarto y no volvió hasta las nueve».

«Yo hubiese querido ser una dama de nobleza venida a menos».

«Para eso tendrías que hablar francés, tocar el piano, haber leído a *madame* de Staël, tener opiniones sobre la emancipación de los siervos y veranear en Niza».

En el periódico había solo dos anuncios bajo el rubro de «Préstamos y empeños». Eligió el que tenía dirección más cercana: Zavala 902 Sur. No le gustó la dirección, así que escribió debajo: Sredniaya 902.

Por la mañana fue a una ferretería. Tan pronto entró, lo asaltó una ola de timidez. No era poca cosa comprar un arma. Tras el mostrador se hallaba una mujer que le preguntó qué deseaba.

«Un hacha», respondió él con voz baja.

«Tenemos varios modelos. ¿Para qué la necesita?».

Nicolái nunca pensó que le harían tal pregunta. No podía responder la verdad y tampoco se le ocurrió una mentira oportuna. Si decía que era para cortar un huizache, le venderían una tamaña herramienta imposible de ocultar en la ropa. ¿Pero para qué servían las hachas si no para cortar leña o asesinar gente? Los bomberos derribaban puertas.

«Después regreso», dijo Nicolái.

Raskólnikov había dicho que hay que pensar en cada detalle, y Nicolái se había embrollado con la primera pregunta.

La noche anterior, Nicolái había hojeado con Marfa algunos libros para dar con ciertas dolencias que tenían subrayadas. «Vamos a ver qué opciones tienes». Varios personajes sufrían de catarro intestinal. ¿Pero cómo diablos se contraía tal cosa? El vecino de Oblómov tenía hidropesía del pecho. Otros tenían piedras en el hígado, aunque quizá eran consecuencia del mucho beber. Ictericia, que no sonaba tan grave. La madre de Raskólnikov había muerto de fiebre cerebral. Una mujer en cierta novela de Iván Bunin moría de fiebre puerperal, pero para eso haría falta un parto. Dostoyevski contrajo escrófula cuando estuvo preso, pero de eso no murió, ni de epilepsia, que tampoco mató al príncipe Mishkin ni a Smerdiákov. Chéjov menciona a un tal Hipolit Hipolítich, que «enfermó de erisipela en la cabeza y falleció». En otro texto habla del «reblandecimiento del cerebro», que define como «una enfermedad con la cual los sesos se ponen más blandos que de ordinario... como más líquidos», la cual es curable con «duchas frías y emplastos, siempre que se llegue a tiempo». Así, con los sesos reblandecidos, había muerto en cinco días el padre de Katerina Ivanovna, la enamorada de Dmitri Karamazov. A Iván Ílich, miembro del Tribunal de Apelación, le habían diagnosticado riñón flotante, lo cual lo llevó a la tumba el 4 de febrero de 1882. Esto les sonó prodigioso. Imaginaron un riñón que se desprendía como fruta madura y se ponía a deambular por el cuerpo al modo de una amiba gigante. A Basárov, el protagonista de *Padres e hijos*, se le había contaminado la sangre con el cadáver de un mújik muerto por tifus.

«¿Me lees un poco más?», dijo Marfa.

Nicolái tomó el libro. Fue repasando los subrayados en voz alta. Basárov le había pedido piedra infernal a su padre, que también era médico. El padre le cauterizó la herida, pero Basárov dijo: «Si me he contagiado, ya será tarde para eso». Perdió el apetito. La cabeza le dolía. Tuvo fiebre y escalofríos.

«¿Quieres que continúe?».

Marfa Petrovna lo miró sin parpadear.

Basárov pasó la noche con tos. Se acatarró. «A la mañana siguiente, la cabeza le daba vueltas, la sangre le afluía a la nariz». Le salieron en la piel «unas manchas rojas, prominentes, malignas». El padre no se da por vencido. Solicita remedios con

urgencia: «Envuélvanlo en paños fríos... un vomitivo... sinapismos de mostaza en el vientre... sángrenlo».

«Ya basta», interrumpió Marfa. «No sé qué sea un sinapismo de mostaza, pero no me apetece una enfermedad en que me aliñen como salchicha».

Nicolái dijo que tal vez la peor muerte por enfermedad la había contado Vsevolod Garshin. Se trata de un joven con un dolor de muelas que no se atiende. Le brota «un flemón y una grandísima úlcera» en la encía. La cosa se va agravando hasta que de la boca y el rostro emana un olor insoportable de cadáver. «A lo largo de un palmo, por la parte derecha, el pecho estaba completamente oscuro, como un terciopelo negro cubierto por una tenue capa azulosa: era la gangrena». Cuando el morbo avanza por rostro, cuello y pecho no hay modo de recurrir a la amputación. «No queda esperanza alguna». Aun así le sajan y quitan una enorme cantidad de carne muerta, «de modo que ya no parece hombre vivo sino una preparación anatómica». Pasa noches de agonía. La hermana besa ese rostro putrefacto. «¡Cuánto desearía no morir ahora!», dice el moribundo porque ese beso le convirtió la resignación en deseo de vivir; por eso, aunque pensaba morir valientemente en silencio, acaba haciéndolo entre sollozos.

Marfa negó con la cabeza.

Al final, terminaron donde ya sabían:

«Tuberculosis», dijo Nicolái.

Y ella asintió.

Cuando Basárov hubo exhalado el último suspiro y la casa se llena de un general clamor de duelo, le acomete al padre un frenesí extraño: «Dije que protestaría», grita con voz ronca, con la cara demudada, agitando los puños, cual si amenazara a alguien, «y protesto, ¡protesto!». Pero la madre, ahogada en lágrimas, se le echa al cuello y ambos, abrazados, ruedan por el suelo.

«Así lo haré», Nicolái tomó a Marfa de la cintura. «Cuando mueras, abrazaré tu cuerpo y rodaremos juntos, por el suelo, por la calle, por el espacio, por donde pueda gritar mi protesta».

Por eso, luego de la ferretería, Nicolái Nikoláievich Pseldónimov, ex consejero titular, se dirigió a la biblioteca en la avenida Juárez. Revisó el fichero y pronto halló una enciclopedia médica en dos volúmenes. Fue a su ubicación y extrajo el tomo segundo para llevarlo a la mesa de lectura. Ahí avanzó las páginas hasta la T. Pasó sin leer el «Tifus» que había matado al mújik, y catorce páginas adelante llegó a «Tuberculosis».

Nicolái conocía bien la enfermedad. Era la favorita de los novelistas por el lento deterioro que provocaba en los enfermos, llevándolos a hundirse física y mentalmente. Cuando ya la muerte estaba próxima, el moribundo parecía recuperar la salud. Entonces volvía a soñar con el amor, hacía proyectos, apreciaba la belleza de la

vida, lo cual no hacía sino volver más atroz su muerte. Así le había pasado al hermano de Konstantín Levin, que a un paso de la tumba dejó de toser, se mostraba alegre, recuperó el apetito y decía que no le dolía nada; pero unas horas más tarde no había en su cuerpo un solo lugar que no le atormentara, hasta que asomó una sonrisa a sus labios por la dicha de haberse muerto. Así le ocurrió a Katerina Ivanovna, que después de enloquecer, luego de llevar a sus hijos a cantar *Mambrú se fue a la guerra* para que los peatones les dieran algunas monedas, vivió sus últimos minutos en la razón, casi sin querer ver la sangre que le brotaba por la boca. Y apenas al final se dio cuenta de que era precisamente el final. «Deslomaron a la yegua», fueron sus últimas palabras, y Nikolái se preguntó si Marfa Petrovna podría decir algo tan bello para despedir su vida.

Mas siempre que había leído sobre un tuberculoso en las novelas, se trataba de alguien que ya padecía la enfermedad. Ahora necesitaba esa enciclopedia médica para consultar el origen del que no hablaban los novelistas. Dostoyevski menciona el caso de un muchacho que contrae tuberculosis «por beberse un vaso de aguardiente, echando en él una fuerte dosis de tabaco picado», pero Nikolái no lo tomó en serio.

Comenzó a leer el artículo, saltándose las partes que no le interesaban, hasta que llegó al modo de contraer el mal. «El contagio puede resultar de la inhalación de pequeñísimas gotas de esputo infectado o, más raramente, por beber leche infectada». Eso le pareció bien, pero luego llegó a una línea que le inquietó. «Puede haber un periodo de muchos meses antes de que aparezcan los síntomas». ¿Quién tiene tanta paciencia? «Los síntomas iniciales incluyen cansancio, pérdida de peso, fiebre y sudoración durante las noches. A medida que avanza la infección, el paciente comenzará a toser un esputo contaminado con sangre». Y para rematar sus inquietudes, Nikolái leyó una desalentadora frase: «Mucha gente infectada con tuberculosis no desarrolla los síntomas de la enfermedad; se vuelven inmunes y la infección permanece en estado latente».

Cerró el libro. Sospechó que Marfa ya conocía esos detalles. Había sido muy astuta al rechazar la contundente infección que mató a Basárov.

Por la noche se presentó de nuevo en la estación Sályut. Llevaba su traje espacial. Ya los parroquianos esperaban su entrada lenta y flotadora, y lo recibieron con las botellas en alto. Fue adonde Guerásim.

«¿Sabes leer?». Comenzó a tutearlo. Nunca había asimilado las formas de respeto rusas en las que había un abismo entre el «tú» y el «usted», y resultaba muy distinto llamarle a alguien «Aleksandr» que «Aleksandr Serguéievich». En *Almas muertas* hay un tuteo inoportuno entre dos hombres cercanos y Gogol escribe: «Como es fácil comprender, desde aquel momento se rompieron las relaciones entre ellos». Nikolái leyó ese fragmento un par de veces y «no me es fácil comprender», se dijo. «Lo que

sí me consta», dijo para sí, «es que un narrador habría de llamarme Pseldónimov o Nikolái Nikoláievich, pero no simplemente Nikolái».

Guerásim respondió con la mirada.

Nicolái había tomado un libro de la biblioteca. *Leonid Sedov y la astronáutica*.

«Habla del diseño de cohetes. De la velocidad que deben alcanzar para escapar de la gravedad y ponerse en órbita».

Guerásim se paró sobre la silla, abrió el libro en cualquier página. Como si declamara un poema, entonó: «Cualquiera que sea la masa del objeto, si se le comunica en el momento de la salida una velocidad de 7.6 kilómetros por segundo a 500 kilómetros de altura, esta fuerza centrífuga le hará gravitar alrededor del planeta».

Volvió a sentarse y un par de borrachos le silbaron.

Nicolái explicó que en asuntos de la ciencia, hasta los rusos usaban los kilómetros, pero que la distancia entre San Petersburgo y Moscú estaría siempre dada en verstas. También en el infierno usaban el sistema métrico; eso le había asegurado el diablo a Iván Karamazov cuando le contó sobre un filósofo condenado a recorrer un cuatrillón de kilómetros en las tinieblas por el pecado de haber negado la vida futura. Luego de completar su periplo, al filósofo se le abrieron las puertas del Paraíso; pero él, por cuestión de principios, prefirió no entrar.

Nicolái trepó a la mesa.

«Queridos amigos», anunció, «han de saber que nuestra estación espacial da dieciséis vueltas a la tierra cada veinticuatro horas. O sea que pasamos del día a la noche y de la noche al día cada cuarentaicinco minutos». Los parroquianos no entendieron bien, pero consideraban una bendición que hubiese aparecido ese hombre invernal para aderezar sus veladas. «Cada hora y media que pasen aquí, es un día completo que no ven a sus mujeres». Eso sí lo entendieron y lo celebraron. Poco a poco los clientes se iban inclinando por el vodka y el propietario hubo de surtir bien la cantina. Ya había considerado cambiarle el nombre. Bar Sályut o Sályut Bar, aún no se decidía.

Allá en el espacio no había bacterias ni prestamistas. Era un mundo seguro siempre y cuando no se escapara el oxígeno por la escotilla.

Llegó la hora de partir. Esta vez Nikolái le había hallado el gusto al alcohol. Lo bebió sin malestar, disfrutando cada minuto que lo hacía flotar por el espacio exterior.

No fue a casa. Aprovechó la osadía que le daba el alcohol para dirigirse al Hospital Civil. Habló con la enfermera en la recepción, manteniendo la distancia para que su aliento no lo delatara. «Tengo aquí un amigo con tuberculosis, pero no sé en qué habitación está».

La mujer lo miró con recelo.

Nicolái puso diez rublos sobre el mostrador y los empujó hacia la mujer. Ella los empujó de vuelta.

«Tercer piso», dijo. «Saliendo del elevador, es la última puerta a la derecha».

Una vez fuera del elevador, Nicolái siguió su oído. Del fondo del pasillo provenía una tos que parecía risa, pero que en otro entorno podría confundirse con una risa que pareciera tos.

Hubiera esperado un pabellón de la muerte con decenas de tísicos expectorando la vida, como en ese barco chejoviano en cuya «cubierta yacen varios paralíticos y tuberculosos en fase terminal». Son soldados con la esperanza de volver a casa, pero a muchos de ellos los irán tirando al mar envueltos en una lona y con lastre de metal.

Nicolái halló solo a un flacucho de unos cincuenta años. El vientre se le inflaba y desinflaba de modo chocante con cada aliento.

Hacía más calor que en la taberna. A Nicolái se le pegosteaba el aire insalubre. Supuso que ni siquiera su traje espacial lo protegería del miasma. Pudo ver la habitación de tísico que describió Tolstói «con las paredes cubiertas de escupitajos y la atmósfera impregnada de olor a suciedad».

Se acercó al basurero donde el hombre echaba sus secreciones. Tomó un vaso de la mesa de noche y le echó algo con mucho aspecto de estar contaminado.

A la mañana siguiente, en ese mismo vaso, Nicolái le sirvió a su mujer leche tibia. Para velar el color y el sabor, le agregó un poco de café.

«Qué rico», dijo ella.

Él le acarició la nuca.



Nicolái Nikoláievich Pseldonimov dijo a Marfa Petrovna Pseldonimova que estaban resultando unos novatos en eso de tener el alma grande. Si las cosas no prosperaban, él procuraría tomar otro empleo. Volverían a soñar sueños vulgares. Se sentarían a ver el televisor y llegarían a viejos para que al final les pusieran dos fechas en la lápida. Le habló de su exjefe, el licenciado Domínguez. Estaba en el tercer nivel del escalafón. Se le daba trato de excelencia. Tenía condecoraciones. Daba órdenes y se creía gran personaje. Incluso se consideraba un buen hombre. ¿Pero a quién podía interesarle su alma? Sin duda volvía a casa luego de cada jornada, besaba a su mujer y besaba a sus dos niños limpios. Esa vida alcanzaba para media frase de Tolstói.

Puso el periódico sobre la mesa. No leyó las noticias, solo fue señalando los avisos comerciales. «Joe Brand, ropa fina para caballero». «Ford... Un mundo aparte». «No permita que la diarrea le interrumpa sus actividades... Medicina Percy». «Compre en Sears y ahorre. Solo diga: Cárguelo a mi cuenta». «Venta tradicional Robert's... Extraordinarios descuentos de hasta 50 % certificados ante notario público». «Sensacional oferta solo hoy... Bata en algodón fantasía, sin cuello y sin manga». «Medias Nena 100 % nylon en todas tallas y colores, ahora dos por 7.90».

«Hoy todo pierde valor», Nikolái dejó el periódico, tomó su ejemplar de *Crimen y castigo*, y muy pronto dio con las palabras de Marmeládov. «¿Sabe usted, señor mío, sabe usted que yo me he bebido hasta sus medias? Ni los zapatos, que esto, al fin y al cabo, habría estado más en el orden de las cosas, sino las medias. ¡Me he bebido sus medias!».

«Serían de seda».

«Claro que eran de seda. No de nailon. Un hombre podía regalarle a la mujer unas medias y era gran cosa. O podía robárselas para venderlas ya usadas, hasta con pequeñas rasgaduras. En los campos de trabajos forzados, las mujeres podían matar o ser muertas por unas medias de seda. ¿Pero ahora? ¿Dos pares por 7.90? ¿Qué borrachera alcanza con eso cuando la botella en el Sályut cuesta sesenta?».

Volvió al periódico. «Relojería Suiza... Modelos de ensueño para la culminación de su más caro anhelo». «Compre en Sears y ahorre. Asiento para W. C. en plástico jaspeado por solo 24. Camisa de lavar y usar, planchado permanente, con el novedoso cuello Coronet a 89.90. Grandes atracciones: Refrescos, payasos, cigarros, café, hoy Pepsicola para todos nuestros clientes».

«No sigas», dijo Marfa.

«En San Petersburgo se usa un capote hasta que se deshilacha, el sombrero Zimmermann se lleva tan ajado que provoca burlas, los uniformes se compran de segunda o tercera mano, los agujeros de las botas se disimulan con tinta, los guantes viejos se limpian con bencina para hacerlos pasar por nuevos y las monedas se llevan en la mano porque los bolsillos han perdido el fondo. A los niños se les regalaba medio cubo de azúcar. A la camarera se le seducía con una pañoleta. Pero ahora hasta payasos y refrescos nos ofrecen. Si Akaki Akakiévich hubiese podido cargar el capote a su cuenta, la humanidad hubiese perdido mucha humanidad. ¡Oh, vulgaridad! ¡Oh, bajeza!».

Pasaba de las diez de la noche cuando salieron a beber unos tragos. Marfa llevaba una bata estampada. En una bolsa de papel había echado siete pares de medias.

«Me voy a beber tus medias», dijo Nikolái.

Korolenko había escrito sobre Opanas, un hombre de buen corazón, pero muy amoroso del vodka, que se bebió el abrigo, el sombrero, las botas y al final cantaba: «Los bueyes van andando, y yo ya no puedo ni andar, me bebí las ruedas de mi carro, y el carro he de beberme ya». Pero esto, al fin, estaba en el orden de las cosas.

Llegaron a la cantina. Ignoraron el letrero que decía «Prohibida la entrada a mujeres, menores de edad, vendedores ambulantes, policías, militares y demás uniformados».

Apenas entraron, los parroquianos guardaron silencio. La mesera hizo ver a Marfa la inconveniencia de su presencia.

«¿Es porque soy judía?».

El propietario hizo una seña para que les franquearan la entrada.

A Nikolái le desconcertó lo mucho que habían cambiado las cosas. Declararse judío en una novela de Gogol habría alcanzado para recibir insultos, jalones de cabello o ser arrojado al río.

Aterrizaron en la mesa de Guerásim.

«Él es mi querido amigo Guerásim».

Ella saludó con una inclinación de cabeza. Él se cohibió por ver ahí dentro a una mujer que no fuese la mesera.

Nikolái se dirigió a la barra y puso sobre ella la bolsa de papel.

«Voy a beberme las medias de mi mujer».

Desde el otro lado de la barra el propietario lo miró sin expresión, sin querer ser partícipe de cualquiera que fuese la broma. Nikolái se avergonzó. El momento en que un hombre vendiera las medias de su señora debía ser el fondo en la caída de un ser humano, y él lo había convertido en una ligereza. Se sintió tan mal que se sintió bien.

Pidió su proverbial botella de vodka.

«Leí el libro», dijo Guerásim. «La perra Laika, la primera cosmonauta, ¿saben ustedes por qué la eligieron? Porque era callejera. Si había sobrevivido al hambre y

los inviernos en Moscú, bien podía sobrevivir a una misión espacial».

«Yo le había propuesto la calle a Marfa, pero nuestra nave llevará a un beodo, una tísica y un asesino».

Bebieron pronto la botella.

Cuando salían, ya los parroquianos se habían apoderado de las medias. Algunos las estiraban para tantear su elasticidad, otros se las colocaron como ladrones de banco, unos más les prendieron fuego y un viejo solitario las acarició pensando en una mujer que nunca volvió.

En vez de caminar a casa tomaron rumbo al centro de la ciudad. Atravesaron las calles Guerrero, Galeana y Carranza, pero Nikolái decía que iban por Lomonosova, cruzando las calles de Sadóvaya, Suróvskaya y Dúmskaya.

Fue Marfa Petrovna la que tuvo la idea. Señaló la puerta cerrada de un comercio.

«¿Por qué no dormimos aquí?», dijo. «Como perros callejeros».

Nicolái sintió que la amaba como nunca. «Palomita mía», comenzó a llamarla con nombres que Chéjov le había enseñado. «Rica mía, Marfucha, Pepinito, Piña Bonita». La besó en las mejillas. «Filoxera de mi alma».

Ella se acomodó en el centro, arropada por los dos hombres. Alguien dijo que pronto estarían listos para ser lanzados al espacio exterior.

Pensaron en Laika. Sin duda había sido la perra más bella de la historia; bella en cueros y aún más hermosa con su arnés espacial. Nadie supo determinar su raza ni cuándo había nacido, pero era casi una niña. Un hombre de la administración espacial soviética la había descubierto en un basurero. Y así como Dios habló con Abraham, ese hombre habló con la perra: «Deja todo y ven conmigo», le dijo. «Llegarás adonde ningún ser humano ha llegado». Y Laika aceptó su suerte a cambio de un bizcocho. La prensa la describió como «mansa y dócil; una perrita que, siendo rusa, ha sido siempre pacífica». Nunca peleó con sus compañeros durante los meses de duro adiestramiento, que implicaba pasar hambre y largas temporadas en una caja tan pequeña como su cabina espacial. Y Laika aceptó mal comer. Aceptó vivir encerrada como en un féretro.

«¿Tienes algo para beber?», preguntó Nikolái.

Guerásim extrajo un pomo del bolsillo del saco. Era una mezcla de sobrantes de *brandy*, tequila y *whisky*.

«Digno de un terrateniente ruso», dijo Nikolái, pues Gogol había escrito que «los terratenientes aficionados al madeira le echaban ron despiadadamente y a veces también vodka».

Marfa dio un trago al potaje de Guerásim. «Exquisito», dijo. Se sentía cómoda entre esos dos hombres. Echaba la cabeza para recargarse en el hombro de uno, luego en el del otro.

Nicolái cuestionó por qué habrían mandado a una perra al espacio, si pudieron ofrecer la cabina espacial llena de vodka a cualquier borracho moscovita. El hombre no habría distinguido entre el despegue y la cruda, entre las órbitas y la embriaguez, entre el espacio y el cielo. Al final no habría hecho diferencia entre el sueño y la muerte.

«Miren», Guerásim señaló hacia el cielo.

Las luces de la ciudad impedían ver cualquier estrella fugaz, pero los tres juraron por sus madres, vivas o difuntas, que habían visto la nave de Laika, e incluso habían distinguido a través de la ventanilla a la hermosa pasajera Laika, que ladraba y sacaba la lengua, ondeaba la cola y desplegaba su curva por los cielos de Monterrey, de San Petersburgo y de su Moscú natal, donde aullaban los viejos amigos que nunca más la volvieron a ver.

«Te dije el otro día que éramos unos novatos. El alma se forja en el estómago, y nosotros no tenemos samovar, no bebemos té, ni comemos kascha, schi, okroshka, pepinos fermentados, vatrushki o galushki, borsch, tortas de alforfón, blinis, y ya ni se diga caviar o esturión».

«¿No tendríamos que empezar por hablar ruso?».

«En todas las novelas que he leído, los rusos hablan español, aunque a veces se relamen con el francés. Acaso aparecen algunas palabras como *zemstvo*, *troika*, *lapti*, *starosta*, *isba*, *dacha*, *isvoschik*, *valenki*, *dvornik* o *ispravnik*».

Algunas obras las había leído muy lentamente en inglés, pero esas las consideraba traducciones.

Marfa Petrovna sugirió que intentaran buscarse el alma rusa con la música. «Como Natasha».

Tolstói cuenta en *Guerra y paz* una de las escenas más conocidas de las letras universales. Los Rostov deciden pasar la noche en una aldea. Ahí cenan, beben y conversan en un ambiente de campesinos. Llega la hora de la música. El tío saca una vieja guitarra y comienza a tocar una canción popular con ritmos que Natasha nunca había escuchado. Educada con la aristocracia de Moscú, su vida musical consistía en valeses y mazurcas; pero había algo más profundo que la educación: el alma. «¿De dónde, cómo y cuándo se había formado ese espíritu ruso que respiraba esa condesa educada por una joven francesa?», pregunta Tolstói, «¿de dónde provenía ese espíritu y esas maneras que el *pas de châte* hubiera debido borrar desde hace mucho?». Aun vestida de seda y terciopelo, Natasha había bailado con perfección la música rusa, popular, campesina. Había descifrado su esencia, la de su padre, su tía, su madre y la de cada ruso.

«*Por la calle empedrada*», dijo Marfa. «Así se llama la canción».

Nikolái conocía bien el pasaje, pero sospechaba que Tolstói no había escrito tal episodio para hablar de Natasha, sino de sí mismo. Él era, a fin de cuentas, un conde, un terrateniente, un hombre educado primero por un preceptor alemán, luego en la gran ciudad, tal como Natasha. Intentó absorber esa alma rusa de pueblo. Se disfrazó de campesino, trabajaba con ellos, comía lo que ellos; pero al final volvía a su casa señorial con su vajilla de porcelana y fornicaba a las campesinas como amo y señor. A fin de cuentas, los personajes más sólidos que poblaron sus novelas eran nobles, aristócratas, propietarios, altos funcionarios, generales e incluso emperadores.

«Natasha puede bailar como campesina», dijo Nikolái. «Son apenas dos o tres minutos en los que se apea de sus costumbres encopetadas. ¿Pero podría narrarse la versión opuesta? ¿Pudo Tolstói escribir sobre una cocinera que escucha el vals en el salón del palacio, se apersona con su uniforme engrasado, baila a la perfección y saca lágrimas de ternura a todos los nobles presentes?».

Más confiaba Nikolái en Dostoyevski, quien en sus *Memorias de la casa muerta* había dejado claro que los hombres de distintas religiones, nacionalidades y lenguas podían llegar a entenderse; pero entre los bien nacidos y el populacho había un abismo que ni siquiera se franqueaba en prisión a pesar de compartir un mismo espacio, un mismo potaje, una misma y desgraciada suerte.

«Me quieres enferma, me quieres cocinando como una aldeana», protestó Marfa Petrovna. «¿Y tú cuándo vas a matar a la usurera?».

Nikolái sacó de entre sus pertenencias un abrigo ligero. Había que coserle un lazo para colgar y ocultar el hacha. Siguiendo las instrucciones de Raskólnikov, Nikolái se procuró una vieja camisa. De ella cortó una tira con anchura de cinco centímetros y longitud de treintaiséis. Cosió ambos extremos por dentro del abrigo, debajo del sobaco izquierdo. Luego de reforzarlo con varias pasadas de aguja e hilo, comprobó su resistencia. Se sintió tan satisfecho como si el artilugio hubiese sido idea propia.

Seguía faltándole el hacha. Revisó todas las gavetas y lo más letal que encontró fue un cuchillo cebollero. Lo descartó. Raskólnikov nunca se hubiese presentado en casa de la usurera Aliona Ivanovna con un cuchillo. En vez de resolver el asunto en silencio con un golpe, habría necesitado hundir el filo varias veces entre los gritos y manotazos y pataleos y lloros de la víctima; el lector ya no habría tenido corazón para ver la escena repetirse tras el inesperado arribo de la hermana de Aliona.

Era la primera vez que Nikolái pensaba en serio matar a alguien. Lo había hecho muchas veces a modo de fantasía, pero consideraba que esas fantasías las fraguaban todos: matar a su mujer, a un vecino ruidoso, a un conductor impertinente, a un político ratero, a un niño llorón. La idea de asesinar era tanto como la idea de la muerte: algo que ocurre a otros, que se lee en la prensa, que vaga en la mente de manera indefinida hasta que llega el momento de encontrarla cara a cara. Cerró los ojos y se hizo una imagen clara de la usurera, del golpe, de la sangre y del cadáver. No sabía por qué, cada vez que recreaba la escena, la muerta quedaba con los ojos abiertos. Tiempo atrás había subrayado una línea de Isaak Bábel: «Y yo, exhausto y doblado bajo la fúnebre corona, seguí adelante mi camino implorando al destino que me enseñara el más simple de los saberes: saber matar a un hombre».

Marfa notó que su marido comenzaba a perderse en ensueños.

«El hacha», dijo. «Puedes ir a Sears».

Nikolái cayó en el lugar común de darse un golpe en la frente con la mano abierta. En ese tipo de tiendas las hachas estarían al alcance de la mano y no detrás de un mostrador.

Había hachas rojas como las de hoteles junto a los extinguidores, otras negras, otras sobriamente metálicas. Mangos de madera barnizada o pintada o forrada en plástico. Algunas tenían tales medidas que sería imposible ocultarlas bajo el saco. Nikolái se decidió por un hacha pequeña pero de aspecto letal, con cabeza del tamaño de un libro de bolsillo y mango de algunos treinta centímetros o media arshina.

«Cárguela a mi cuenta».

«¿Es usted cliente nuestro?», preguntó la cajera, y ella misma ofreció: «Si quiere le abro una cuenta. Me llena una solicitud que tarda de dos a tres semanas en autorizarse».

Nikolái sacó efectivo de la cartera. En dos o tres semanas alguien podría asesinar a la prestamista; aunque ahora la costumbre de los estudiantes era robar bancos. Los periódicos abundaban en notas sobre asaltabancos que destinaban su botín a financiar la guerrilla.

«¿Y los payasos?», preguntó Nikolái. «¿Y los refrescos?».

«Sábados y domingos», dijo ella.

Él supuso que la cajera prestaba mayor atención al cobrar un hacha que al cobrar un asiento para baño en plástico jaspeado. Se dijo que cada movimiento, cada palabra podría incriminarlo, y sin embargo se sintió impelido a hablar: «Es para un pollo», Nikolái tenía preparada la respuesta que no supo darle a la mujer de la ferretería.

Ella lo miró con sorna. «Mejor es torcerles el cuello».

«Entonces me perdería lo que cuenta Iván Bunin».

Ella no supo de qué le hablaba. Se limitó a dar el cambio, la nota y meter el hacha en una bolsa.

«El joven abrió la puerta y cogió del umbral un hacha», cuenta Bunin en *Una aldea*, «un minuto después se oyó un golpe seco, y la gallina, decapitada, con un trozo de pescuezo rojo, corrió por la hierba, tropezó y cayó, agitando las alas y sembrando todo a su alrededor de plumas y salpicaduras de sangre».

Salió de la tienda con la osadía que da caminar por las calles con un arma. Se preguntó si era verdad lo que cuenta Bunin. Él nunca había decapitado una gallina. Su abuela siempre les había roto el pescuezo con un movimiento rápido y fino, y el animal se volvía flácido en cuanto se escuchaba el crujido. Podría creerlo si acaso hubiese un escritor más que hablara de gallinas decapitadas que corren y aletean, pero su memoria no halló ningún otro pasaje. Tendría que experimentarlo él mismo con una gallina. De paso se entrenaría en el uso del hacha para luego emplearla con naturalidad sobre la mollera de la usurera.

Marfa tenía fiebre y no salió de la cama. Nikolái deseaba que ya su mujer comenzara a toser. Ella no quiso desilusionar a su marido, pero suponía que se trataba de una fiebre ordinaria, quizá consecuencia de haber dormido en la calle.

Él se acostó junto a Marfa. A sus pies estaba el periódico. La prensa de esos días seguía hablando en sus planas principales sobre los viajes espaciales. Era el turno del Apolo 15, que llevaba entre sus aperos un automóvil para recorrer la superficie lunar. También portaban una placa conmemorativa con los nombres de los catorce astronautas muertos en lo que iba de la exploración espacial, incluyendo a los tres rusos del mes anterior, pero olvidándose de Laika. Años de estar leyendo ese tipo de noticias, desde el Spútnik hasta los Apolo, podían hacer a cualquiera conocedor de la astronáutica. Datos sobre aceleraciones, velocidades de escape, combustibles de propulsión, altura de las órbitas, temperaturas de reingreso a la atmósfera, cantidades necesarias de oxígeno, peso de los astronautas en la luna, vida sin gravedad, temperaturas del espacio exterior en la oscuridad o bajo la luz del sol eran cosa cotidiana para quien quisiera leer más allá del encabezado. Nikolái no quiso advertir a su mujer lo que sería viajar al cosmos con tisis, con la incomodidad de toser y expectorar en un mundo sin gravedad, con la cabeza atrapada en un casco de careta de cristal.

«Parte del entrenamiento es pasársela acostado», dijo Nikolái. «Pues uno aborda la nave en posición horizontal y así se queda durante mucho tiempo».

«Acostados murieron los del Apolo 1», dijo Marfa.

Quizá lo más común en un ser humano era morir acostado. Acostados se iban los enfermos en los hospitales, los ancianos en sus casas. Incluso los heridos por armas o accidentes se dejaban caer al suelo y ahí daban su último aliento. Pero ninguno de los astronautas del primer Apolo sospechó que acostados los iba a sorprender el fuego cuando estaban mejor atados que un loco en el manicomio. Sus últimas palabras fueron gritos. Nikolái recordó un torpe encabezado de prensa que daba un toque de penoso humor: «Murieron quemados vivos tres astronautas de EU».

Eso había ocurrido cuatro años atrás; no faltaron las condolencias del Santo Padre ni del presidente Díaz Ordaz. Enterraron a dos de los difuntos en el cementerio de Arlington y al otro en el de West Point; y sin embargo, a pesar del trato de héroes y los honores militares, quedaron lejos de alcanzar la distinción que supone yacer en los muros del Kremlin.



Nicolái fue a la estación Sályut para sacar de ahí a Guerásim y traerlo a casa. Entonces se acostaron los tres en la cama.

Apagaron la luz.

«La nada», dijo alguien.

«El infinito», dijo cualquiera.

La ventana estaba cerrada, la cortina también. Apenas por los cantos se filtraba una leve luz blanca que podía ser de luna o de alumbrado público. Así era un viaje espacial, oscuro y, una vez en velocidad constante, daba la sensación de completa inmovilidad, pues allá no había turbulencia ni baches ni resistencia.

Cada uno pensaba algo distinto.

Marfa quiso vivir en algún mundo del pasado, antes de la existencia de la luz eléctrica, en el que las noches no se disfrazaran de días; entonces, habitando en un bosque, cualquier ruido podía ser algo misterioso.

Nicolái se preguntaba por qué podía ser bella la narración de un evento que nada tuviese de bello.

Guerásim pensaba en Marfa.

Ninguno dormía. Ninguno decía nada. Los tres ponían atención en no moverse, en no hacer ruido siquiera al respirar, para que el otro par pensara que estaba dormido.

Pasada la medianoche, Nicolái rompió una regla del viaje espacial.

Cuando regresó del baño, dijo que cosa tan sencilla y cotidiana sería un acto embarazoso en gravedad cero. Abrió cortina y ventana. Agradeció que la masa de la tierra fuese tan diligente para ordenar la vida. Celebró ese bello equilibrio en el que las nubes flotaban pero la lluvia caía, en el que un vaso de vodka dejaba escapar el aroma, pero no el vodka, y la cerveza no estallaba, sino que daba poco a poco sus burbujas; en el que la sogá pende ligera y el ahorcado cuelga pesado; en el que las cosas solían hallarse donde uno las había dejado y los muertos descendían sin inconvenientes a sus tumbas. Ahí en la tierra, con las leyes precisas de Newton, podía partírle la cabeza a una anciana sin que la sangre se difundiera por la habitación como una niebla.

La gallina circulaba por la casa como ama y señora; iba del salón a la recámara, pasaba por el pasillo, se metía al baño a beber agua. Ignoraba el maíz palomero que le habían puesto en el suelo de la cocina. Picoteaba puertas y muebles con algo parecido al rencor. Por aquí y por allá dejaba una pluma y algunas cagarrutas.

Nicolái discutía con Marfa dónde hacerlo. Ella no quería un animal descabezado manchando suelos y alfombras. Dijo que la gallina era bastante fea, que esos animales se veían mejor muertos y desplumados, acéfalos, amarillentos y colgados patas arriba en el mercado; mucho mejor se veían recién sacados del horno, y no

comprendía por qué tantas canciones infantiles se referían a gallos, gallinas y pollos. «En cambio», dijo Guerásim, «las de adultos prefieren a las palomas», y propuso llevar la gallina al Sályut. Pero a Nikolái le pareció mala idea. «Ahí la gallina se va a topar con tanta mesa y silla que no podremos conocer la auténtica conducta del cuerpo sin cabeza». Sugirió salir a la calle. A dos cuadras de ahí había un tocón que podía servir como tabla de sacrificio.

La gallina corrió y saltó sobre una mesa para no dejarse atrapar. Pronto la metieron en un saco de ixtle. «Mi primera gallina», dijo Nikolái. Estaba pensando en «Mi primer ganso», un episodio de la *Caballería roja* de Isaak Bábel en el que el protagonista se ve en la necesidad de matar un ganso para comerlo. Lo habían hospedado con unos cosacos que hicieron burla de él, le destrozaron su baúl, le esparcieron los papeles. Entonces pasa por el patio muy orondo un ganso, acicalándose el plumaje. «Lo alcancé y lo aplasté contra el suelo; la cabeza del ganso crujió bajo mi bota, crujió y se puso a sangrar. El cuello blanco quedó extendido entre el estiércol, y sobre el ave sacrificada batieron las alas».

Llegaron al tocón. La gallina protestaba y aleteaba como si tuviese algún derecho de vivir. «Ahora vamos a ver si Bunin cuenta la verdad». Nikolái no lo sabía, pero ya otro escritor ruso había reincidido en la escena de Bunin, y por tanto el sacrificio de la gallina resultaba banal. En los años cincuenta la había escrito Vasili Grossman para una extensa novela llamada *Vida y destino*: «El viejo hizo entonces un gesto muy rápido, un movimiento apenas perceptible pero obviamente terrible, y lanzó la gallina por sobre su hombro. Esta comenzó a correr batiendo las alas y el niño vio que no tenía cabeza, lo que corría era solo un cuerpo decapitado. Después de una carrera de pocos pasos, el cuerpo cayó arañando el suelo con sus patas fuertes y jóvenes, y dejó de vivir». Pero Nikolái no tenía la culpa de no conocer esa obra maestra, pues se hallaba inédita y refundida en algún sótano de la KGB, en ese mundo donde el censor debía ser el hombre más afortunado, pues podía leer lo que a los demás estaba vedado. Habían arrestado el original y las copias de los manuscritos tal como se arrestaba a las personas. Durante años, Grossman visitó comités, oficinas del partido, de la unión de escritores y la propia Lubianka para exigir, solicitar o suplicar que le liberaran su novela, del mismo modo en que se apersonaban madres y esposas para interceder por esos maridos e hijos que les habían arrebatado. Grossman habría de morir pocos años después, retorciéndose de dolor por un cáncer que le masticaba el estómago. Sus últimas palabras, sus últimos pensamientos, estuvieron con ese manuscrito que nunca pudo ver en forma de libro.

Nikolái acomodó la gallina para el sacrificio de tintes medievales. Con la palma de la mano inmovilizó el cuerpo y, alargando índice y cordial, mantuvo despejado el pescuezo. Pudo pedir ayuda, que Marfa tomara el ave de las patas, mientras Guerásim le cogiera el pico; ¿pero cómo iba él a liquidar a una prestamista si no podía con una desventurada gallina? Se escuchó el «golpe seco» del que habla Bunin y la cabeza se desprendió por completo gracias al agudo filo del hacha nueva. Nikolái soltó el

cuerpo del animal, que en verdad comenzó a correr por la acera, aleteando como nunca lo hiciera en vida, chocando con la rueda de un auto estacionado, dando media vuelta y echándose a correr con más bríos, siempre eyaculando sangre, siempre desprendiéndose de algunas plumas.

Nikolái se preguntó por qué corría. Entendía que al animal le quedara poca vida, pero no tenía sentido que la gastara en correr. ¿Era acaso lo que haría un ser humano si le robaran todas las funciones cerebrales, excepto las motrices?

Él, Marfa y Guerásim sonreían, pero no estaban felices.

Isaak Bábel también fue arrestado por la policía secreta. Le tocó lo peor de la era de Stalin. Pudieron pisarle la cabeza como al ganso o cortarle el cuello como a la gallina. No fue así. Un verraquete sin talento, sin capacidad para escribir una historia que se llamara «Mi primer escritor» le puso el cañón de una pistola en la nuca.

Esa noche se comieron la gallina.

Al amanecer, Guerásim estaba en el suelo. Nikolái recordó que se habían acostado los tres en la cama para reanudar sus lances espaciales, pero Guerásim se había emborrachado de modo tan impertinente que lo acusaron de poner en riesgo la misión espacial y lo enviaron a dormir sobre el tapete. Lo último que había dicho Marfa antes de quedarse dormida fue que habían olvidado la cabeza de la gallina en la calle. Lo primero en que pensó Nikolái al despertar fue en esa cabeza. Antes de espabilarse, se enfundó en una bata y salió allá donde el degüello. Encontró la cabeza infestada de hormigas. La tomó de la cresta, la sacudió un poco y la llevó a casa. En el fregadero acabó de remojarla para quitarle todas las hormigas. En verdad tenía una expresión iracunda. El pico bien abierto, los ojos amarillentos, también abiertos de par en par. No recordaba haber visto tal gesto en un ave muerta. En cuanto a las cabezas humanas, esperaba que tuvieran los ojos cerrados. Así debía de ser, pues la reacción natural del ser humano ante una muerte inminente era cerrar los ojos. Tolstói no llegó a precisarlo, pero cuando Ana Karenina se tira al paso del tren, existe la posibilidad de que las ruedas le hayan cortado el cuello, aunque con una anchura de vía de metro y medio, lo más probable es que le pasaran por la cintura. Era difícil determinarlo. La narración dice que hundió la cabeza entre los hombros y se arrojó debajo del vagón, cayendo sobre las manos. Y como si quisiera levantarse, quedó de rodillas. «En aquel momento se horrorizó de lo que hacía. ¿Dónde estoy? ¿Qué hago? ¿Para qué? Quiso retroceder y echarse para atrás, pero algo enorme, inflexible le dio un golpe en la cabeza y la arrastró de espaldas». Dado que estaba en la estación, el tren avanzaría lentamente, pero las ruedas tuvieron que provocarle una muerte sin tardanza. Si apenas le hubieran cercenado las piernas por encima de la rodilla, se habría dado una escena más grotesca de lo que Tolstói hubiese permitido para su heroína. Andreyev tiene también una suicida que igualmente elige el tren; si bien él es más sucinto: «Aquella tarde se arrojó al paso del tren, y el tren la partió por la mitad». Papá

Karamazov pregunta al stárets: «¿Es verdad, gran padre, lo que se cuenta en la *Vida de los Santos*, no sé dónde, de cierto santo taumaturgo que padeció martirio por la fe y que, al cortársele finalmente el cuello, se levantó, tomó en alto su cabeza y, besándola con cariño, anduvo largo trecho, llevándola en sus manos y sin dejar de besarla con cariño?». Por supuesto el stárets le responde que no es verdad. «Así tenía que ser», se dijo Nikolái, «pues que el diablo me diga cómo alguien, decapitado o no, puede besar su propia cabeza».

Nikolái se puso a preparar el café con la certeza de que el aroma despertaría a su mujer. De Guerásim no aseguraba nada.

Bastó el rumor de la cafetera para que Marfa apareciera en la cocina. Vio la cabeza de la gallina en el escurridor, secándose como si fuese un enser de cocina. «¿Eso?», preguntó.

«Se me ocurrió que el cuerpo decapitado corre porque busca la cabeza. Hay que echarla con los huesos».

Se sentaron delante de dos tazas vaporeantes.

«¿Hoy?», preguntó ella.

«¿La usurera?», Nikolái asintió. «Hoy». Dio un ruidoso sorbo al café. «No pienses que le voy a cortar la cabeza».

Había escenas de guerra en las que algún soldado perdía literalmente la cabeza. Esas le interesaban poco. Por eso únicamente en *El maestro y Margarita* tenía Nikolái la certeza de una cabeza cortada. Luego de un diabólico resbalón, Berlioz cae bocarriba al paso de un tranvía. «La conductora tiró del freno eléctrico, el tranvía clavó el morro en los adoquines, dio un respingo y saltaron las ventanillas en medio de un estruendo de cristales rotos. En la mente de Berlioz alguien lanzó un grito desesperado: ¿Será posible? De nuevo y por última vez, apareció la luna, pero quebrándose ya en pedazos. Luego vino la oscuridad. El tranvía cubrió a Berlioz. Algo oscuro y redondo saltó contra la reja del parque, resbaló después por la pequeña pendiente que separa aquel de la avenida, para acabar rodando, brincando sobre los adoquines, a lo largo de la calzada. Era la cabeza de Berlioz».

Aquí las cosas habían sido al revés que con la gallina, se dijo Nikolái. El cuerpo de Berlioz se había quedado yerto y la cabeza se puso a dar «saltos por la calle».

Nikolái tomó el trozo de gallina, que ya había dejado de escurrir. Lo echó en el basurero, junto con el resto del cadáver.

A las seis de la tarde Nikolái decidió que era la hora correcta para ir adonde la usurera. Se vistió el saco o gabán o abrigo o paletó, según la traducción, y encajó el mango del hacha en el lazo del sobaco o axila, según la traducción. Salió a la calle a encontrar su destino de criminal.

Otra vez Monterrey se le trocó en Petersburgo, con la mezcla de olor a heno y estiércol de caballo, y él mismo pudo verse como un estudiante pobre en monedas

pero rico en ideas. Llegó a la plaza principal y se plantó delante de la estatua ecuestre de Ignacio Zaragoza, que a él le pareció la de Pedro el Grande. Invocó un par de versos de *El jinete de bronce* de Pushkin. «¿Adónde galopas, orgulloso caballo? ¿Dónde tus cascos hallarán descanso? ¡Oh, poderoso señor del destino!». La estatua de Pedro el Grande estaba entre la catedral de San Isaac y el río Neva; la de Zaragoza se hallaba entre la catedral de Monterrey y el río Santa Catarina. Un par de frases de Dostoyevski en *Humillados y ofendidos* era intercambiable entre San Petersburgo y Monterrey, y quizás entre muchas otras ciudades: «Habíamos llegado ya a la plaza. Ante nosotros se alzaba la estatua entre tinieblas, algo iluminada abajo por los faroles de gas; y más allá se erguía la inmensa mole sombría de la catedral». Cuando Pushkin murió, esa catedral era el sitio predestinado para despedirlo. «La señora Natalia Pushkina solicita el honor de su presencia en la misa de cuerpo presente que habrá de celebrarse el primero de febrero a las once de la mañana en la catedral de San Isaac». Pero cuando llegaron sus amigos y admiradores a la hora pactada, hallaron cerradas las puertas. Y es que el gobierno había tenido miedo de reunir a tanto amante de la poesía. «Ahí donde hay versos, hay gente libre», advirtió el zar. A esa multitud poética le hubiese bastado un poema incendiario para emprender una insurrección. La policía hizo perdiz el cadáver, lo sustrajo de su casa a la medianoche y lo llevó a la pequeña iglesia del Salvador de la Imagen Milagrosa en una calle también pequeña que permitiera controlar el flujo de gente. Ahí se celebró la misa entre enemigos de Pushkin; pero la fama era la fama, así es que a la hora de pasar a besar el cadáver, muchos hicieron uso de tijeras o de francos tirones para llevarse un mechón de cabello o rizos de las emblemáticas patillas, y se cuenta que el muerto bajó despelucado y hasta depilado de cejas a la tumba.

Debidamente embebido de atmósfera petersburguesa, Nikolái se sintió listo para descargar el hacha sobre la cabeza de su víctima. Solo entonces se dio cuenta de que no llevaba nada para empeñar. Así la usurera no le permitiría ir más allá del umbral.

Volvió a casa.

Aunque aún faltaba mucho para la hora de dormir, encontró en cama a sus dos colegas de viaje sideral. Le molestó que no le pidieran explicaciones por el hacha sin mancha ni se interesaran por el cráneo entero o partido de la estúpida usurera ni por la fortuna o calderilla que pudiese haber robado. Nikolái se desnudó y se echó sobre la cama.

«¿Qué es esto?», señaló una marca en el brazo derecho de Marfa. Ella no respondió, pues era obvio que se trataba de la cicatriz de una vacuna. «¿Tuberculosis?».

«No lo sé», dijo ella. «Me la pusieron de niña».

«Yo a punto de matar a una mujer y tú protegida de todo mal».

Guerásim balbuceó algo. Nikolái lo empujó fuera de la cama. Pudo verlo caer de la nave espacial, estirar los brazos inútilmente en un último intento por aferrarse a la vida. Fue haciéndose distante y pequeño en ese mundo oscuro, vacío, helado, donde

las ondas sonoras no viajan y los gritos apenas se intuyen por una boca abierta y un gesto de pavor.

Salió de la cama con los primeros rayos del sol. Pensó en Turguéniev, en cómo se regodeaba con las albas y los ocasos. «Hacía una apacible mañana de verano. El sol, que iba bastante alto, refulgía en el limpio cielo, pero en los campos brillaba aún el rocío. Las recién despiertas colinas exhalaban una aromada frescura, y en el bosque, todavía húmedo y silencioso, revoloteaban alegremente los madrugadores pájaros». Nikolái prefería a Chéjov, que no se andaba con tanto aderezo y acaso llegaba a decir: «Amaneció». Miró por la ventana, y era verdad que allá fuera había sol, nubes, pájaros y rocío, ¿pero qué necesidad había de mencionar lo que todo mundo ve? *Crímen y castigo* comenzaba con el estado del tiempo, pero de modo escueto: «A principios de julio, con un tiempo sumamente caluroso...». Se dio la vuelta para mirar la cama. En algún momento Guerásim había vuelto de su desbarrancamiento espacial y abrazaba a Marfa. Turguéniev nunca hubiera concebido la escena de un hombre mirando a su propia mujer en el lecho con un borracho. De haberse visto en tal exigencia, ahora estaría hablando del honor mancillado, de un duelo que llamaría «una satisfacción por las armas».

Sintió ganas de volver a la cama y hubo de empujar a su mujer aún más cerca de Guerásim para despejar un espacio donde tenderse. Estuvo mirando largamente a Marfa sin decidirse a besarla. Los novelistas no tenían pasiones desbordadas para una pareja con diez años de matrimonio; para ellos había aburrimiento, disputas, infidelidades.

Nikolái se preguntó dónde comprar una pitillera de plata para ofrecer a la usurera como prenda. Pronto recordó que Raskólnikov había llevado apenas un trozo de madera y una pequeña lámina de hierro, ambas cosas bien atadas y envueltas, para simular la prenda. Estaba cayendo en la cuenta de que sería más fácil comprar una pitillera real que procurarse una falsa, cuando alguien llamó a la puerta. No se acomió a abrir porque los golpes no le llegaron como un sonido sino como una idea y se preguntó quién podía ser, y pensó en tantas escenas que tenían esa precisa situación de escuchar que alguien llama a la puerta; esta se abre y, entre quien entre, tiene que ser alguien que viene a cambiar el estado de las cosas. Los golpes se hicieron más fuertes y Nikolái fue a abrir.

Un muchacho de uniforme indefinido le entregó un sobre y le pidió que firmara. Nikolái lo hizo y cerró la puerta sin notar que el mensajero esperaba una propina.

Era un telegrama de la Embajada Soviética. «A nombre del pueblo Soviético agradezco su mensaje y condolencias. Igor Kolosovski».

Se quedó mirando largamente el trozo de papel. Desconocía en qué nivel del escalafón estaban los embajadores, pero sin duda recibían el trato de «excelencia». En *Ana Karenina* aparece la esposa de un embajador, y tan solo por eso le permiten

decir frivolidades como gran señora. El príncipe Vasili de *Guerra y paz* debe dejar la animada fiesta de Ana Pavlovna para asistir a una aburrida recepción con el embajador inglés. Los demás escritores ni siquiera hablan de embajadores porque nunca estuvieron cerca de uno. Si un personaje de tanta altura en el escalafón le daba las gracias, él estaba obligado a responder con alguna fórmula de cortesía.

Tendría que ir de nuevo a la oficina de telégrafos.

Pero eso sería más tarde. Ahora debía volver a su habitación para tomar a Guerásim de los cabellos y echarlo a la calle.

Dos días después decidió comprar la pitillera en una tienda de regalos. La pidió al comerciante como «cigarrera», porque en México no se le llama pitillos, sino cigarros, a los cigarrillos. Nikolái pidió que se la envolviera como si se tratase de un regalo.

Una vez que salió de la tienda se dijo que no todo tenía que hacerse al pie de la letra. Raskólnikov había alzado el hacha con las dos manos por sobre su cabeza, para luego dejarla caer con fuerza justo sobre la mollera de la infortunada. Le había dado el golpe con el revés del hacha, y eso estaba bien, pues no era grato imaginar el filo sumergido en el cráneo, embutiendo los cabellos, emitiendo un sonido que nada tiene de extraordinario en las carnicerías. Mas para Nikolái el movimiento de arriba abajo no era natural; él descargaría el golpe por un lado, justo arriba de la oreja. Supuso que se trataba de una diferencia cultural, pues él nunca había cortado leña, y Raskólnikov jamás habría jugado al beisbol.

Llegó a la dirección que marcaba el periódico. La geografía le pareció bien, pues se hallaba a trescientas arshinas del río Santa Catarina, que con un poco de artificio se volvería el canal de Ekaterina; sin embargo, se trataba de una casa de un nivel cuando él hubiese esperado un edificio de al menos cuatro plantas.

Palpó el hacha bajo el brazo izquierdo. Luego la cigarrera en el bolsillo del saco.

Tocó a la puerta.

Consideró marcharse, inventar una excusa, hacerse pasar por un predicador que va de casa en casa, decir que se había equivocado de dirección. Supo que no tenía agallas para cometer un asesinato; pero al mismo tiempo supo que cuando le abriera la anciana no tendría más remedio que matarla.

Oyó que descorrían el cerrojo.

La noche anterior había ido a beber unas copas al Sályut. Guerásim estaba resentido por la manera como Nikolái lo había echado de casa. Dijo que estaba dentro de lo normal actuar como marido celoso, pero a un amigo no se le despedía sin una taza de café ni se le arrojaba la ropa por la ventana. Para contentarlo, Nikolái le ofreció un poco de vodka, pero Guerásim no aceptó. No bebió en toda la noche.

Tampoco hicieron caminatas espaciales. Nikolái sacó de su bolsillo el telegrama de Igor Kolosovski y lo leyó en voz alta. «Sepan bien», clamó a los parroquianos, «que el pueblo de aquella nación está agradecido conmigo». Algunos supusieron que Nikolái era un personaje importante. Nikolái habló con Guerásim sobre Dostoyevski, de cómo lo habían condenado a muerte por leer con algunos colegas una carta prohibida, y cómo en el último instante, cuando tenía los ojos vendados y esperaba la fusilata, llegó el perdón del zar Nicolás I para canjearle la muerte por cuatro años en Siberia.

Contó que en aquella época los escritores eran más que meros poetas o narradores; los consideraban profetas que buscaban salvar el alma rusa. Errar al escribir equivalía a un sacrilegio. Aquella carta que casi le cuesta la vida a Dostoyevski la había escrito el crítico Belinski a Gogol. El zar había declarado ilegal su reproducción y lectura. «Tu profundo conocimiento de Rusia es solo el de un artista, no el de un pensador», señaló Belinski a Gogol, y le reclamó su solidaridad con la autoridad, con la religión y con la opresión de los campesinos. La carta era de un crítico para un escritor, pero su tono la convirtió en un pregón subversivo. Eran tiempos en que se había vetado la palabra «revolución» aun a los astrónomos que hablaban de órbitas celestes. Nikolái se sintió aquel joven Dostoyevski; volvió a su tribuna sobre la mesa y recitó un pasaje de la carta. «Te fue imposible comprender que Rusia no ve su salvación en lo religioso, sino en el triunfo de la civilización, la ilustración y el humanismo. No necesita sermones ni plegarias sino que despierte en su gente un sentido de dignidad humana que se ha perdido por tantos siglos entre el lodo y la inmundicia». Los parroquianos escuchaban con interés, pero ninguno se atrevía a mostrar el entusiasmo que provocaban las caminatas espaciales. «Necesitamos derechos y leyes, no de acuerdo con lo que predica la Iglesia, sino con el sentido común y la justicia». Atrás de la barra, el propietario comenzaba a mostrar su nerviosismo. «Solo la literatura, pese a la censura del gobierno, muestra señales de vida, solo ella nos hace avanzar; por eso el título de escritor goza de tan grande respeto entre nosotros. El público mira a los escritores rusos como sus únicos líderes, defensores y salvadores contra la autocracia».

El propietario alzó la voz para pedir silencio. Se apresuró a la sinfonola y alojó una moneda para hacer sonar cualquier canción.

Nikolái se aposentó en su silla. La mesera ya le había puesto la botella de vodka. Él dio un trago con la pesadumbre de un orador fallido. Mejor había sido su suerte que la de Dostoyevski, quien pronto estuvo delante del pelotón de fusilamiento. «¿Y si no tuviese que morir?», se había dicho el escritor en aquel trance. «¿Y si volviese a la vida? ¡Qué eternidad! ¡Y todo eso sería mío! Entonces yo convertiría cada minuto en un siglo, no perdería nada, a cada minuto le pediría cuenta, no gastaría ni uno solo en vano».

En la pared, encima de los estantes con botellas, había un reloj. Nikolái lo miró. Vio una órbita completa del segundero: una revolución. Vio otra más y una tercera.



La música dejó de sonar.

La troika se detuvo.

Oyó que descorrían el cerrojo.

En ese instante le vino la imagen de *Crimen y castigo* tal como la había imaginado: la puerta que se entreabría y los dos ojos penetrantes y recelosos de la vieja asomada por el resquicio.

El cerrojo se descorrió por completo y la puerta se abrió. Apareció un hombre semicalvo, moreno y de bigote ralo. Preguntó «¿qué desea?» sin pronunciar palabra, alzando un poco la cara, echando la barbilla adelante y levantando las cejas.

«¿Y la usurera?», preguntó Nikolái.

«¿Cuál usurera?».

«Aliona Ivanovna».

El hombre notó a Nikolái ofuscado. Abrió la puerta de par en par. «Siéntese», se encaminó a un garrafón para llenar un vaso de papel.

Nikolái bebió lentamente. Luego extendió la cigarrera.

«Yo venía a empeñar esto».

El hombre quitó el envoltorio y miró la cigarrera.

«Aquí prestamos sobre casas, terrenos, acaso automóviles. ¿Pero esta baratija? ¿Está usted de broma? ¿Qué podría yo darle por ella y de qué problema saldría usted con lo poco que le doy? ¿Necesita calcetines?». Miró detenidamente a Nikolái. Comenzó a hurgarse los bolsillos en busca de una moneda. «¿Aliona?, dijo usted, ¿Aliona Ivanovna?». Se echó a reír. «Yo también la leí», dijo. «¿No me diga que trae escondida un hacha?».

Nikolái abrió el saco para mostrar la axila izquierda. El hombre soltaba risas intermitentes. Hablaba de la pitillera, repetía el nombre de Aliona Ivanovna; se refirió a ella como la «maldita usurera». Entonces cambió su semblante; se puso serio y dijo con voz chillona:

«¿Pero qué quiere usted? ¿Quién es usted? ¿Qué es lo que desea?».

Como Nikolái no se movía de su lugar, el hombre lo tomó de las solapas y lo puso de pie.

«Ande», le dijo, «haga su parte».

«Mire, Aliona Ivanovna», Nikolái carraspeó. Reinició el diálogo con voz más adecuada. «Mire, Aliona Ivanovna. Soy un amigo suyo... soy Raskólnikov. Le traigo la prenda que le prometí».

Continuaron con los parlamentos lo mejor que los recordaban. Con gestos de nerviosismo por la parte de Nikolái y de fastidio o temor por la del prestamista.

«¿Qué es esto?», el hombre tomó la pitillera.

«Pues la prenda... la pitillera de plata. Mírela».

El prestamista o Aliona Ivanovna le dio la espalda a Nikolái o a Raskólnikov. Fue a la ventana para mirar con mayor claridad el objeto. «Cualquiera diría que no es de plata».

Entonces Nikolái sacó el arma del saco, la esgrimió con ambas manos.

Asesino y prestamista se echaron a reír. Al final, Raskólnikov sí se decidió a alzar el hacha como para cortar leña. La bajó hasta aterrizarla sin fuerza sobre la cabeza de Aliona; lo hizo una segunda y tercera vez. Se escucharon algunos gemidos. Ella se quedó tiesa por unos instantes y se recostó en el suelo. Las pupilas de los ojos parecían querer salirse de sus órbitas, mientras la frente y la cara muequeaban en las convulsiones de la agonía.

Cuando Nikolái volvió a casa, ya oscurecía. Desde la cocina, Marfa alzó la voz:

«¿La mataste?».

Él se encaminó hacia ella. Sacó el hacha del saco y la colocó sobre el fregadero para echarle agua. «Hubieras visto cuánta sangre».

«¿Y qué harás para que no te atrapen?».

«Algo que ni a Raskólnikov se le ocurrió», dijo Nikolái con orgullo. «Me traje el cadáver».

Marfa tenía la mirada puesta sobre lo que cocinaba. Se dio la vuelta. Ahí estaba el prestamista.

El visitante se aproximó para tenderle la mano, pero Marfa no correspondió sino hasta secarse la suya con un trapo.

Al día siguiente apareció en el periódico una esquela.

Ayer a las 18:20 horas  
víctima de un hachazo en la mollera  
dejó de existir la señora  
Aliona Ivanovna,  
habiendo vivido siempre en el seno de la Iglesia Ortodoxa Rusa  
mas sin haber recibido la extremaunción.  
Con profundo dolor lo participa su hermana  
Lizaveta Ivanovna.  
El duelo se recibe en el domicilio ubicado en  
Degollado 467 sur.  
De ahí partirá el cortejo fúnebre a la Estación Sályut, desde donde su cuerpo será echado al  
vacío.

Nikolái fue a enviar un telegrama al embajador Kolosovski. Tan pronto entregó el mensaje a la despachadora, ella solicitó la presencia de su supervisor. Fue él quien se

encargó del asunto. «Su excelencia», decía el texto, «tengo dispuesta tripulación para nuevo viaje espacial».

El supervisor lo leyó varias veces. Al fin dijo:

«¿Puedo saber qué significa esto?».

«Significa», Nikolái lo miró sin parpadear, «que tengo dispuesta tripulación para nuevo viaje espacial».

El prestamista, llamado ahora Aliona Ivanovna, pagó la esquila y el féretro. Le entusiasmaba la idea de haber muerto con la cabeza partida. La tarde anterior, luego de dejarse caer al suelo y hacer unos ruidos de borboteo para significar la sangre expulsada por un corazón que aún latía, luego de sacudirse como epiléptico e irse poco a poco relajando hasta cesar todo movimiento y yacer así en el suelo un minuto, se había puesto de pie para decirle a su victimario: «Otra vez», y llegaron a hacerlo hasta en cuatro ocasiones, mejorando, según ellos, el realismo y dramatismo de la escena. Tras la última muerte y resurrección, Aliona Ivanovna abrazó contentísima a Nikolái.

Ahora el cadáver de Aliona se hallaba muy cómodamente recostado en el féretro emplazado en el centro del salón. Los deudos esperaron a ver si se presentaba alguien para rezar por su alma.

Marfa estaba celosa.

«Se supone que la muerta sería yo».

El primero en presentarse fue un policía. «Vengo...», no encontró más palabras. Mostró el recorte de periódico.

Marfa le franqueó la entrada. Se disculpó por no haber puesto el samovar.

Aliona saludó desde su ataúd.

«Tu primer caso de asesinato», murmuró el policía. «Así me dijeron».

Marfa le sirvió café. «El asesino fue él», señaló a Nikolái.

El policía tenía el rostro muy redondo; también el vientre. Sus manos eran pequeñas, de niño gordo.

Nikolái citó en voz alta a Lermontov: «Nuestro público es tan ingenuo e inmaduro que no entiende la broma ni percibe la ironía; está, llanamente, mal educado».

El policía no comprendió la cita. Se puso a respirar con mayor intensidad. «No sé si sea ilegal publicar en los periódicos que un vivo está muerto. Lo veré con mis superiores».

Se marchó sin haber probado su café.

Nadie más se presentó. Ni siquiera Guerásim, que seguramente no había leído el diario.

Cuando llegó la hora de marcharse al Sályut, Nikolái y Marfa intentaron arrastrar el féretro, pero si de por sí era pesado, con el cuerpo de Aliona se volvía un trabajo

imposible incluso para los sirgadores del Volga. «E-ey ujniem, e-ey ujniem...» se pusieron a cantar y apenas movieron el peso muerto unos treinta centímetros.

A duras penas pudieron montar el féretro en un carretón para llevarlo a la estación Sályut. Marfa reclamaba a Aliona que no cooperara; pero la muerta no se salió un ápice de su papel, salvo para maldecir a su asesino.

El policía no había vuelto, señal de que nada había de ilegal en la esquila sobre la muerte de la usurera.

«Griboyédov», murmuró Nikolái.

Empujaron el carretón por entre la noche. La pobre visibilidad hizo que un muchacho se aproximara creyendo que eran vendedores de elotes.

Nikolái pensaba en Aleksandr Griboyédov, un escritor famoso por varias cosas. En primer lugar, por una obra de teatro que, a pesar de haber sido prohibida por la censura del zar, halló el modo de copiarse y representarse en incontables funciones domésticas; en segundo, porque los literatos de *El maestro y Margarita* se reúnen en una casa llamada Griboyédov. Además, el hombre se había casado con una princesa georgiana que era de las grandes beldades de su época. Pero ahora Nikolái pensaba no tanto en Griboyédov escritor, sino en Griboyédov cadáver.

«Somos unas bestias de carga», dijo Marfa.

Recién casado, el joven Griboyédov dejó a su princesa en Tiflis y marchó a Teherán como embajador. No tenía ni dos meses en su puesto cuando le pidieron asilo dos mujeres y un eunuco que habían huido de un harén. Esto causó gran agitación entre los musulmanes, que rodearon la embajada para exigir que les entregaran a esas tres personas. Griboyédov no traicionó su deber como embajador; pero las hordas no estaban para lecciones sobre derecho internacional, de modo que asaltaron la embajada y lincharon al buen Griboyédov. Un carnicero le cortó la cabeza. El resto del cuerpo sirvió para que la multitud se entretuviera. Lo arrastraron por la ciudad, le escupieron a su paso, le dieron patadas, lo azotaron con varas. Cuando les cansó el juego, lo echaron en una pila de basura. El gran literato se llenó de moscas. Tanto lo maltrataron que al final se le pudo reconocer apenas por una antigua cicatriz en un dedo.

Cuando las noticias llegaron a Tiflis, la princesa georgiana parió un feto tan muerto y desfigurado como su padre.

«¿Y el eunuco?», preguntó Marfa. «¿Y las mujeres?».

Los habían hecho kebab.

Luego vino el recorrido de varios meses para llevar el cadáver desde Teherán hasta Tiflis. Por eso Nikolái pensaba en Griboyédov. Al cruzar las calles de Monterrey, imaginaba aquella carreta tirada por dos bueyes, traspasando los montes Elbruz de picos nevados, y la cordillera de Zagros, para luego pasar por Azerbaiyán, Armenia y finalmente Georgia.

Un hombre detuvo el cortejo. «¿Qué lleva ahí?».

Nicolái dejó al extraño que se acercara. «A Griboyédov», respondió.

«¿No soy Aliona Ivanovna?».

«Ya no», Nicolái le pellizcó una mejilla al prestamista. «Ahora serás Aleksandr Serguéievich Griboyédov, y este señor», señaló al desconocido, «es Pushkin».

En verdad Pushkin había relatado su encuentro con el cadáver de Griboyédov. Él iba en sentido contrario, marchaba hacia el destierro, y al cruzar la frontera entre Georgia y Armenia se topó con su antiguo compañero de letras convertido en una pasta seca y enjuta. «Nada miro con tanta envidia», expresó Pushkin, «como los últimos años de su tormentosa vida. Incluso la muerte que le sobrevino en medio de una valerosa y desigual batalla nada tuvo de terrible, nada de agonizante. Fue instantánea y hermosa».

El desconocido se retiró. Las ruedas del carretón volvieron a girar.

«Seis años después vendría la muerte de Pushkin», dijo Nicolái. «Tendría mucho de agonizante y de banal; ni pizca de hermosura».

Poco a poco la procesión fúnebre fue tomando solemnidad. Los transeúntes se santiguaban. Algunos se quedaban parados y contemplaban con piedad a Marfa Petrovna, a quien consideraban la viuda. Se acercó una mendiga anciana y se puso a seguirlos.

Llegaron al Sályut. Nicolái le dio una moneda a la anciana y le agradeció sus oraciones.

Marfa entró dando de gritos: «Traemos un muerto. Necesitamos ayuda para cargarlo».

Cuatro parroquianos se ofrecieron. Alguien juntó dos mesas para que colocaran encima el féretro.

«Es Griboyédov», dijo Nicolái. «Un escritor sensible para llorar con un verso; valiente para dar la vida por su deber».

«Ya no los hacen así», dijo alguien.

«Hay que invitarle un trago».

Sin salir de su cajón, Griboyédov alzó el torso. Recibió una copa y comenzó a beber. Brindó por su joven viuda, que llevaría el luto y le sería fiel hasta la muerte.

Los restos de Griboyédov habrían de depositarse en un convento a las afueras de Tiflis, a dos mil verstas de su Moscú natal. Los parroquianos deseaban por un momento tener esas barbas largas de los monjes ortodoxos y voces profundas para cantar algún salmo de muerte.

«Muy cierta es una cosa», Griboyédov citó unas líneas propias, «que para el hombre con tendencia a la locura, alcohol y libros dan el mismo resultado».

El único que no participaba del feliz velorio era Guerásim. Estaba en su mesa del rincón, sin vaso ni copa ni botella ni nada. Con los ojos puestos en Marfa Petrovna.

El domingo por la tarde se citaron para comenzar con el entrenamiento. Montarse en una nave espacial no era poca cosa; solo los más bragados y mejor adiestrados podían hacerlo. En el centro espacial soviético sometían a los candidatos a diversas pruebas. Los hacían pasar por calores y fríos excesivos, por hambre y por sed, les cambiaban los ciclos del sueño. Había también una cámara de aislamiento para poner a prueba a los futuros cosmonautas ante la soledad, la posible claustrofobia y concentraciones diferentes de oxígeno. También debían saltar en paracaídas y resistir una poderosa fuerza centrífuga sin desmayarse. Mayormente eran pruebas físicas en las que se evaluaba también el temperamento.

Los cuatro llegaron puntuales al sitio pactado y «¿Qué está haciendo él aquí?», preguntó Guerásim, señalando a Griboyédov. Sin ganas de responder, Nikolái hizo otra pregunta: «¿Sabes quién es Guerman Títov?».

Cuando a Yuri Gagarin le pidieron que participara en un programa que con el tiempo lo llevaría a convertirse en el primer hombre que saliera al espacio exterior, apenas fue uno de los tres mil quinientos candidatos. Se fueron descartando por miles, centenas y decenas debido a razones físicas, mentales, médicas, políticas, religiosas, ideológicas o el ineludible gusto por el alcohol. Luego de unos meses, tan solo veinte candidatos a cosmonauta pasaron a realizar las más duras pruebas. Uno de ellos murió quemado, diecisiete fueron descartados y al final quedaron dos: Yuri Gagarin y Guerman Títov, pero la nave Vóstok tenía apenas un asiento. Quienquiera que fuese lanzado al espacio se convertiría en héroe de la Unión Soviética y del mundo entero; así es que ya no había que elegir entre ellos al mejor cosmonauta, sino al héroe más adecuado. Y aun aquí había dificultad para elegir, pues nadie podía estar seguro del éxito de la misión. Títov, con su aspecto serio y viril, sus aires de intelectual, de amante de la poesía, era el adecuado para abordar una nave que reventara en el espacio; en cambio Gagarin, con su sonrisa infantil, aspecto juguetón, carácter ligero, no iba bien para un réquiem sino para un festejo, el festejo de darle la vuelta a la tierra y volver sano y salvo.

Cuando faltaban dos días para el despegue, los directores optaron por el optimismo; apostaron al héroe vivo.

Aquella mañana del 12 de abril de 1961, Títov habría de hacer lo mismo que Gagarin antes del despegue: amanecer a la misma hora, desayunar lo mismo, lavarse los dientes y vestir el traje de cosmonauta; recibir las mismas instrucciones finales,

escuchar el mismo discurso patriótico, abordar el mismo autobús y dejarse llevar a la plataforma de lanzamiento. Ahí la cosa cambió. Ahí Títov se quedó mirando cómo montaban a Gagarin en la cápsula espacial. Títov había soñado las últimas horas con que Gagarin amaneciera con fiebre, alguna infección en los ojos, que tropezara y se rompiera la mano, que el gusto de viajar al espacio lo empujara a emborracharse. La escotilla de la nave se cerró. La cuenta regresiva dio inicio. Títov comenzó a quitarse el incómodo traje al momento en que Gagarin emprendía su vuelo allá donde los dioses.

«¿Y él es Títov?», Guerásim señaló de nuevo a Griboyédov.

Nikolái se encogió de hombros. Cualquiera podría ser Títov. Faltaban las pruebas, el implacable entrenamiento, explorar los límites de la resistencia física y síquica de cada uno; reconocer quiénes tenían madera de héroes para la vida y quiénes para la muerte.

Marfa los conminó a que dejaran de hablar y de una vez por todas ingresaran al centro de adiestramiento para cosmonautas. El lugar estaba lleno de gente; sobre todo de niños. Sin un plan hecho de antemano, los cuatro se quedaron mirando los artefactos: ahí estaba la centrífuga, los carros chocones, la batidora, el ti vivo, el martillo, la rueda de la fortuna y una pequeña montaña rusa. Nikolái señaló las sillas voladoras. «En ellas hay vértigo, aceleración, riesgo y vuelo orbital». Comentó que mucha más gente había muerto en juegos mecánicos defectuosos que por fallos en naves espaciales. Se abrieron paso entre vendedores de algodones de azúcar, churros y manzanas acarameladas; entre niños gritones y ancianos que jugaban lotería.

Había sillas individuales y dobles. El encargado del juego no quería permitirles abordar en pareja. «Las canastillas dobles son para un adulto y un niño», les dijo. Nikolái lo convenció con unos cuantos rublos. Sin embargo, el encargado actuó como director de la misión: «Tenemos que balancear el peso, así es que la señorita se sienta con este señor» y señaló al prestamista que se llamó Aliona Ivanovna y ahora se llamaba Griboyédov. Nikolái y Guerásim ocuparon la siguiente canastilla doble. En verdad iban apretados como en una cápsula Géminis. No hubo cuenta regresiva cuando todos abordaron. Alguien gritó una señal y el mecanismo comenzó a acelerar poco a poco con música de falsa pianola. Dio inicio el jolgorio y griterío, pero Nikolái y Guerásim sabían que ese no sería el comportamiento correcto de un cosmonauta. Pobre anécdota habría dejado Gagarin a la historia si en vez de frases como «Contemplo la tierra», «La visibilidad es buena», «Los escucho muy bien», se hubiese puesto a gritar tal como esos mocosos que iban adelante o atrás o a un lado, vaya uno a saber dónde, pues en un movimiento circular es difícil señalar direcciones. Para restar aún más decoro a ese simulacro de vuelo espacial, allá abajo los padres saludaban a sus críos cada vez que completaban una rotación. Los malogrados astronautas del Apolo 1 sí habían gritado, pero eso es natural cuando se está atrapado

en una hoguera. Tres meses después también le tocaría gritar a Vladimir Komarov, cuando fallaron los paracaídas de su Sóluz y se enfiló a toda velocidad hacia la muerte. Hay quien dice que en sus gritos insultaba a los técnicos del programa espacial, que se mostraron genios en las complejas ciencias de la propulsión de cohetes, resistencia de materiales, velocidades orbitales, comunicación de radio, salidas y retornos a la atmósfera, electrónica, leyes de Newton y la ecuación de Tsiolkovski, pero en cambio se mostraron como unos idiotas en algo tan sencillo como enrollar un paracaídas.

Nicolái sintió la emoción de flotar en el aire, pero se cuidó de no llevar el entusiasmo más allá de lo pertinente. «Las nubes allá abajo», dijo con tono sereno. «De pronto el sol. De pronto la noche. Ahora volamos sobre Moscú, y ahora sobre Río de Janeiro». Guerásim había estado leyendo sobre los viajes espaciales. Comenzó a hablar de despegues y de por qué los cohetes tenían dos o más etapas. «Una vez que el combustible de la primera etapa se consume...», comenzó a decir, pero Nicolái lo interrumpió. «¡Malditos!». Guerásim volteó hacia donde indicaba su compañero de viaje. Adelante iban dos canastillas individuales. En una viajaba una niña de algunos doce años; en la otra iba un chico de edad parecida. Ambos agitaban las piernas, saludaban a la gente de abajo. Echó la vista más adelante hasta notar lo que inquietaba a Nicolái. Resplandecientes, hermosos e ingravidos, Marfa y Griboyédov se besaban. «¡Paren esta máquina infernal!», Nicolái se revolvió cuanto pudo en la silla. Se revisó los bolsillos. Nada encontró para lanzar. «¡Marfa!», se puso a gritar, pero el rechinado de la máquina, la mezcla de músicas venidas de cualquier parte, la algarabía de la gente volvía imposible que ella lo escuchara. «¡Palomita mía!», llamaba a su mujer con mimos chejovianos; en cambio a Griboyédov le lanzaba insultos de *Doctor Zhivago*: «¡Demonio bizco! ¡Hernia de astracán!». Más molesto y más celoso se sintió Guerásim. Su reacción fue silenciosa. Nicolái optó por lanzarles un zapato, pero la barra de seguridad de la canastilla le impedía alcanzarse los pies. Empujó el talón del zapato derecho con la punta del izquierdo hasta dejarlo suspenso. Entonces tiró una patada para lanzarlo como proyectil hacia Griboyédov. Por la fuerza centrífuga y la mala puntería, el zapato terminó sobre el techo de la casa del terror.

Nicolái quería detener el mecanismo, las órbitas de los satélites, la expansión del universo, y sin embargo fue aceptando giro a giro su papel de cosmonauta, de ente lanzado al más allá para comprender la grandeza del hombre como especie y su pequeñez como individuo.

Miró las manos de Griboyédov amasando el cuerpo de su mujer. Marfa debió ser una insulsa tuberculosa que pidiera limosna en las calles de Petersburgo; en cambio se había vuelto una Karenina con tres hombres a sus faldas. Nicolái tomó el billete con el que había abordado esa silla voladora. Lo hizo bola entre los dedos para tirarlo al vacío. «No es que no acepte a Dios», había dicho Iván Karamazov, «pero le devuelvo con el mayor respeto mi billete».



Los cuatro cosmonautas estaban sentados a la mesa del Sályut. «Supongo», Nikolái fue el primero en romper el silencio, «mi querido Griboyédov, que ahora debo retarte a un duelo». Consideró su obligación decirlo, pues ningún hombre de honor podía quedarse impasible viendo cómo le acariciaban a la mujer. Imaginó lo que ocurriría si él se quedaba en tierra por cualquier razón y los rusos enviaban a Marfa con Griboyédov y Guerásim al espacio. Pensó en una estación espacial en la termósfera que girara al mismo ritmo que la tierra para hacer la noche perpetua.

«Cuando gustes», respondió Griboyédov.

Nikolái sirvió cuatro vasos de vodka. Empujó uno de ellos hasta el extremo donde estaba sentado Guerásim. «Bebe». Guerásim negó con la cabeza. «Ya no», dijo con la certeza de que la frase estaría cargada de dignidad, pero su voz tuvo un regusto de vergüenza. Marfa soltó una risa muy breve. También ella sintió vergüenza. «Tú eres el alcohólico», Nikolái empujó el vaso hasta la mera orilla, de modo que cualquier vibración lo haría caer sobre el regazo de Guerásim. Él miró unos segundos el vodka con ojos adormecidos; luego le dio un manotazo.

«¿Cuándo nos vamos a matar?», preguntó Griboyédov.

Nikolái le explicó que los duelos no eran para matarse, sino para lavar una injuria. Por eso no resultaban mortales en la mayoría de las novelas: se fallaban los tiros o se disparaba deliberadamente al aire. Incluso podían ocurrir las dos cosas, como en *Aguas primaverales*. Ahí disparó primero el protagonista y no hizo blanco; la bala fue a clavarse en un árbol. Acto seguido, el contrincante descargó su pistola hacia las nubes, y solo entonces dijo: «Estoy dispuesto a reconocer que procedí sin razón».

Marfa no quedó muy convencida con la historia. «¿Por qué no pidió disculpas desde el principio?».

«La trampa de un duelo es que no se puede rehusar. Antes de jugarse la vida, ¿cómo distinguir entre las disculpas y la cobardía?».

«Yo ya acepté tu desafío», Griboyédov moldeó la mano en forma de pistola y apuntó a la frente de Nikolái. «Si te mato, me quedo con la chica».

Aunque podían originarse por cualquier insulto, la mayoría de esos desafíos tenían como origen a una mujer. Por una muchacha, Sanin desafió al barón Von Dönhof; por su mujer, Pierre Bezújov casi mata a Dólojov; a causa de una princesita se encadenan los celos y ofensas por los que Pechorin da fin a la vida de Grushnitski.

Apenas unos segundos atrás Marfa Petrovna había ridiculizado el duelo, pero ahora se sintió dichosa de saber que dos hombres estaban dispuestos a derrochar la vida por ella. Ante eso, consideró una nadería el sacrificio de Guerásim de mantenerse sobrio.

Nikolái leyó los pensamientos de Marfa y no quiso desilusionarla. Aunque ella o cualquier mujer fuera el germen de un duelo, la causa última y definitiva era el honor del hombre.

«Dejemos el duelo para un futuro episodio», dijo Nikolái. «Antes debemos ocuparnos de otra cosa».

Salieron a caminar bajo esa noche repleta de estrellas, volando junto con la humanidad entera a bordo de un planeta que circulaba a más de cien mil kilómetros por hora en torno al sol.

Era pasada la medianoche. Los cuatro empujaban por turnos el carretón con el féretro. Llegó el momento en que Marfa Petrovna pidió morir por un rato. «Mi destino era enfermar y morir». A los demás les pasó por la mente que el destino de todos era morir, pero ninguno dijo nada. Nikolái repasó tan rápido como pudo los decesos en las novelas; se dio cuenta de que había muchos más muertos que muertas. Las mujeres tenían la ventaja de morir en un parto; pero las enfermedades, la guerra, el suicidio, los duelos, las ejecuciones, los asesinatos, los rigores de la prisión, el alcohol y diversos accidentes se presentaban en abrumadora mayoría para ultimar hombres. Cuando Andreyev mandó ahorcar a siete criminales, tuvo el buen tino de incluir a dos mujeres. Había dos horcas, de modo que la ejecución se llevó a cabo en tres pares y un remanente. Tania Kovalchuk vio cómo morían los otros seis. No los dejaban caer de gran altura. Apenas daban una patada a la banca que los sostenía a pocos centímetros del suelo. El final llegaba doloroso entre estertores parecidos a leña que se troza. Tania Kovalchuk era pequeña, ligera, lo cual la mantendría más tiempo en el tormento, observada morbosamente por los ejecutores y seis cadáveres. Llegó su turno. «Sola yo», dijo. «Murió Seriocha, murió Verner y murió también Vasia. Quedé sola, soldaditos, soldaditos, sola. Sola...». Apilaron los cadáveres. «Estirados los cuellos, locamente desorbitados los ojos, hinchadas y azules las lenguas, semejantes a terribles flores desconocidas que salían de entre los labios regados de sanguinolenta espuma». Por supuesto pensó Nikolái en Ana Karenina, la más célebre de las muertas; pero para un modesto paseo nocturno era demasiado que Marfa se hiciera pasar por ella; pensó también en Katerina Ivanovna, mas ya estaba visto que Marfa no se iba a contagiar de tuberculosis. Entonces recordó que *Doctor Zhivago* comienza con el entierro de María Nikolaievna Zhivago, y que María Nikolaievna no figura en la novela sino para estar muerta. «Móntate en el féretro», dijo Nikolái. «Serás la difunta madre del doctor Zhivago». Sin perder un segundo Marfa trepó al carretón. «El sacerdote», cuenta Pásternek, «con el ademán de la bendición, arrojó un puñado de tierra sobre María Nikolaievna». Guerásim agarró un poco de tierra junto a las raíces de un árbol que se erguía rompiendo el concreto de la acera; lo lanzó hacia Marfa. Ella cerró los ojos ante la embestida del polvo. «Qué feliz soy», dijo. «Cerraron el ataúd», continúa Pásternek, «lo clavaron, lo bajaron a la fosa. Una lluvia de tierra lanzada con prisa por cuatro palas tamborileó sobre el féretro hasta que se formó un pequeño túmulo». El carretón continuó su camino con ruedas chillonas. Nikolái, Guerásim y Griboyédov murmuraron una canción fúnebre,

marcando con sus pasos los tambores de duelo, y «Qué feliz soy», volvió a decir Marfa Petrovna.

Estacionaron el carretón frente al hospital. En la recepción se hallaba la misma enfermera de la vez pasada. Nikolái se presentó como «el hombre que la otra noche llegó vestido de invierno o de astronauta». La mujer asintió. Dijo que lo recordaba. «Esta señora», Nikolái señaló a Marfa Petrovna, «desea que su marido muera en casa; no en el desamor de un hospital».

«Voy a fingir que le creo», dijo la enfermera.

En el elevador, Nikolái comentó que la vez anterior le había ofrecido diez rublos a la enfermera para que le permitiera ver al enfermo. «Pero no los aceptó». Griboyédov preguntó cuánto eran diez rublos. «No estoy seguro», respondió Nikolái. «Leskov cuenta sobre un alguacil de provincias que gana diez rublos al mes. Dostoyevski nos dice que la primera noche en que Sonia vende su cuerpo regresa a casa con treinta rublos».

Sin tener claro lo que pensaban, los tres hombres miraron a Marfa Petrovna.

Fueron a la habitación del final del pasillo. Ahí estaba el tuberculoso tan solitario como Tania Kovalchuk. Continuaba tosiendo, solo que ahora con menos fuerza, esforzándose por jalar aire. Marfa se dirigió al lecho. Tomó la mano del enfermo. Le besó la frente. Sintió su fiebre. «Nos vamos a casa». El hombre abrió los ojos con espanto, quizás pensando que Marfa era la muerte. Por eso no se resistió a los tres hombres que lo montaron en una silla de ruedas y lo condujeron a la planta baja, luego a la calle. Por eso aceptó con mansedumbre que lo levantaran en andas para depositarlo en ese féretro que echó a vagar sin prisa por las calles de Monterrey para realizar su última parada en el paraíso o donde el crujir de dientes.

Lo colocaron en el salón de la casa. El enfermo mostraba una apacible expresión de inquietud. Un niño asustado por no hallarse en el lugar de siempre.

Poco a poco se fue tranquilizando porque Marfa Petrovna lo llenó de mimos. «Rico mío», le decía. Le preparó una limonada. Se puso a leerle una fábula de Krylov que se iba alargando porque debía interrumpirla en cada acceso de tos. Era sobre un mono, una cabra, un burro y un oso que deciden tocar un cuarteto para cuerdas con dos violines, viola y bajo. No alcanzó a llegar al final cuando el tuberculoso se quedó dormido de puro cansancio. Quién sabe siquiera si el enfermo estaba escuchando el cuento; los más interesados parecían ser Guerásim y Griboyédov.

Llegado el silencio, Nikolái dijo en voz baja: «Ya tenemos al tísico». Fue adonde la limonada y bebió largamente. «Esto tiene vodka», dijo. Miró el salón, los sillones acomodados en un semicírculo, tal como aparecen en los escenarios del teatro. Fue hacia Marfa y la abrazó. Pensó en el cándido erotismo de Lermontov, que llegaba a su

clímax con el talle. «Me incliné solícito hacia ella y rodeé con el brazo su flexible talle», o bien: «Estreché con más fuerza su talle suave y delicado: mi mejilla casi tocaba la suya, que ardía». Aunque hubiese bastado un susurro para hacerse escuchar, Nikolái engoló la voz al modo de un actor. «Nos sigue faltando la mujer caída».

A Guerásim se le descarriló el sosiego. «Y seguirá faltando mientras yo viva».

Nikolái y Griboyédov se echaron a reír. Marfa consideró que ella debía mantenerse seria, pero reía con los ojos.

«Mi querido Guerásim», Nikolái continuaba con su voz de actor; se puso a caminar en torno al escenario, «tú eres el más grande entre nosotros. El pobre diablo, el pisoteado, humillado y ofendido. El alcohólico que muy sinceramente quiere redimirse pero volverá a caer en el vicio cuando su amada lo rechace».

Algo le ocurrió a Marfa Petrovna en ese salón, en ese escenario, en ese momento en que se rindió a su destino de treinta rublos, de modo que en su semblante fulguraba una belleza que, a decir de Chéjov, escapaba a las palabras: «Esa belleza del dolor humano, apenas perceptible, que tanto ha de tardar aún en comprenderse y describirse, y que solo puede ser transmitida e interpretada por la música». Pero a esos tres hombres y a la mujer no les hacía falta leer palabras ni escuchar música, porque nadie tenía por qué explicarles o transmitirles eso que estaban viendo y viviendo. En ese teatro saboreaban su propia obra maestra a la vez que actuaban en ella. Sabían que solo ellos, ellos cuatro, llevarían en su alma ese momento de esplendor sin poder nunca transmitirlo a nadie; ni siquiera al bendito tuberculoso, que se había quedado dormido cuando daba inicio la escena infinita.

Marido y mujer se quedaron en cama hasta bien entrada la tarde. Desde que echaron a Nikolái de su empleo practicaban con frecuencia esta costumbre de Oblómov. «En la calle Gorojovaya», comenzaba la novela, «en una gran casa cuyo número de vecinos hubiera sido bastante para poblar una pequeña ciudad de provincias, estaba una mañana en su piso, acostado en un sofá que servía de cama, Ilia Ílich Oblómov», y no es sino hasta la página ciento veintitrés cuando «Oblómov se incorporó prontamente y se sentó en el sofá, luego bajó los pies al suelo, los metió suavemente en las zapatillas y se quedó así; después se levantó por completo y permaneció de pie dos minutos». Ahí hubieran seguido Marfa y Nikolái de no ser porque escucharon golpes en la puerta. Eran unos «golpes alarmantes», como los que habían despertado a Zhivago aquella madrugada de tormenta después de que Lara hubiese partido. Mientras bajaba con una vela en la mano para abrir, Zhivago se convenció de que era Lara; había regresado, sí, señor, había regresado y estaría empapada y temblando de frío y llena de amor. Mas al abrir se dio cuenta de que se trataba de la rama de un tilo meneada por el viento.

«La puerta», dijo Marfa. Nikolái vio tras la ventana que no era de noche, tampoco había tormenta ni un tilo que tañera con sus ramas.

Lara no había vuelto. Su tren la separaría miles de kilómetros de Zhivago. Pero Pásternak habría de manipular la historia, la geografía, la lógica y las leyes de la probabilidad para que volvieran a encontrarse en un sitio apartado al pie de los montes Urales, pues en caso contrario no habrían sido Zhivago o Lara quienes quedaran en el desamparo, sino el mundo entero, dispuesto a aceptar lo mismo en la vida que en la novela la irrupción de lo imposible con tal de ver juntos a los amantes, con tal de mantener la ilusión de que la vida tiene un sentido y este se halla en la fugacidad de la belleza contrapuesta a la eternidad de la muerte, contrapuesta al cuerpo de Zhivago despatarrado en la calle Presnia tras descender de un tranvía, contrapuesta al cadáver de Lara, exhausto y sin nombre en cualquier campo soviético de concentración.

«¡La puerta!».

Nunca el espíritu se sentía tan enaltecido como cuando se le revelaba al mismo tiempo la fuerza y la fragilidad de la condición humana; pero incluso esos momentos gloriosos debían interrumpirse para atender la puerta.

Cuando salieron de la habitación, vieron al tuberculoso en el féretro, mirando hacia el muro que tenía enfrente. «¡El tísico!», exclamó Marfa. «Me había olvidado de él». El hombre quiso decir algo, pero le salió una tosadura.

Nikolái abrió la puerta. Ahí estaban Guerásim y Griboyédov, que habían llegado uno detrás del otro con sendos periódicos de la tarde. Cuando vieron al enfermo, hicieron una seña para dirigirse a la cocina. Ahí mostraron uno de los periódicos: «Desaparece tuberculoso del Hospital Civil». El reporte decía que a una hora indeterminada durante la noche de anoche se había ausentado de su habitación el señor Antonio Chávez. Dado su precario estado de salud, se sospechaba que no había salido por su propio pie. El médico del turno matutino había presentado la denuncia. Por su parte, la enfermera nocturna declaró que el hospital tenía muy poco personal, que ella no era centinela y durante la noche tenía que abandonar la recepción para atender emergencias. «El mes pasado nos robaron la máquina de escribir». El secretario de Salud hizo un llamado a la población para que mantuviera la calma, pues la tuberculosis era una enfermedad derrotada gracias a los programas de vacunación.

Marfa preparó más limonada.

El tísico la bebió entre jadeos. Pronto recuperó el ritmo de la respiración. En verdad, esa bebida que Marfa le preparaba con un toque de vodka lo hacía sentir mejor que cualquier pócima hospitalaria. «¿Dónde estoy, por favor?», preguntó con una voz rasposa. «¿Qué ciudad es esta?».

«Pues Yalta», respondió Nikolái. Le explicó que era un balneario del mar Negro. «Te vamos a curar con un nuevo tratamiento. Se trata de ir al espacio, sacarte al vacío y verás que de inmediato se mueren todos esos gusanos que te saquean los pulmones».

«Otro recluta», susurró Guerásim a Griboyédov. «A este paso seremos los veinte o los tres mil quinientos que compitieron por el puesto de Gagarin».

«Escúchame bien, Antón», Nikolái buscó la mirada del tísico. «Cuando alguien te pregunte si te raptamos, tú dices que no, que estás con nosotros porque así lo deseas, porque somos tus únicos amigos, porque solo nosotros te podemos sanar. De lo contrario nos pueden dar a todos seis años en Siberia».

Antón no tuvo que esforzarse para memorizar la respuesta, pues de todo corazón deseaba estar ahí. A Marfa la veía como a un ángel. Se sentía entre amigos y más que nada en el mundo deseaba curarse.

A Nikolái le vino a la mente la historia de Chéjov sobre un cínico guía de zoológico que se burla de las bestias en cautiverio. Luego de hacer escarnio del león, del gato montés y del mono, conduce a los visitantes a una jaula en la que hay una gacela pequeña y flaca, de ojos llorosos. «Está en las últimas», dice con burla. «Apenas ha tenido tiempo de llegar a la jaula, y ya tenemos el desenlace encima: tuberculosis en último grado». Se echa a reír. «Fíjense ustedes: los ojos son como los de las personas. ¡Hasta lloran! Es joven y bella, quisiera disfrutar de la vida, correr

libre por los bosques y juntarse con algún *gacelo* guapo; y en lugar de eso tiene que permanecer ahí tirada sobre la paja sucia, que huele a perros podridos y a estiércol. Cosa extraña: está a punto de morir, pero en sus ojos brilla la esperanza». Ríe un poco más. «Despídete de tus ilusiones, hermana gacela. Con esperanzas y todo, estirarás las patas».

«¿De verdad voy a sanar?», preguntó el tísico.

Marfa le dijo dos trivialidades para animarlo, como suele hacerse en estos casos. La gente sana se siente tan superior a un moribundo que acaba tratándolo como a un imbécil. «Hoy hace un día estupendo», dijo Marfa Petrovna, y por soltar una frase agregó: «De niña no me gustaba el ajo».

«¿Ajo cocido o crudo?», Guerásim pensó que en verdad se trataba de una conversación.

«Las gacelas», dijo Nikolái, «miran como los humanos cuando están tristes».

Por debajo de la puerta se deslizó un papel. Era el ultimátum de la casera.

El propietario de la taberna había colgado un cartel luminoso sobre la puerta en el que anunciaba su negocio como Bar Sályut, con un dibujo torpe de la estación espacial. Desde la llegada de los cosmonautas no solo habían aumentado sus clientes, también el consumo de cada cliente. Por eso no protestó cuando Nikolái y sus amigos trajeron a un tísico metido en el mismo féretro de la otra noche. Solo mandó a la camarera a preguntar si no era contagioso.

En 1901, con una avanzada tuberculosis y con apenas tres años de vida por delante, Antón Chéjov se había casado con la actriz Olga Knipper. Muchas veces Nikolái se preguntó cómo habrá sido la intimidad de esa pareja, si ella gustaba de besar largamente a un hombre que expelía sangre. Pero contagio no hubo, pues Olga habría de vivir hasta los noventa años, luego de una sana y larga viudez de más de medio siglo.

Algunos parroquianos habían leído aquella nota del periódico sobre el tísico que desapareció del hospital, y se preguntaron si ese del ataúd sería el mismo. Sin duda les pasó por la cabeza que deberían avisar a la policía, pero desecharon la idea con el siguiente trago. En *Memorias de la casa muerta*, Dostoyevski había escrito que «no está en el alma rusa acusar al delincuente», y por lo visto tampoco estaba en el alma de los mexicanos.

Reclinaron el féretro en una pared a cierto ángulo que daba a Antón la idea de hallarse erguido y recostado al mismo tiempo.

«Debimos vestirlo bien y no con esa túnica de hospital», dijo Marfa.

Bajo el faldón asomaban las piernas blancas y lampiñas del tísico; los pies tenían las uñas crecidas y en torno a las rodillas resaltaba un aro de piel arrugada.

«Damas y caballeros», anunció Nikolái, «les presento al tísico Antón».

Los parroquianos aplaudieron. Antón dio las gracias y alzó los brazos apenas lo suficiente para que la túnica no se alzara. Los aplausos crecieron. Los parroquianos chocaron sus copas. Se pusieron de pie.

Antón Chéjov no asistió al estreno de *La gaviota* en Moscú. Pero de haber estado ahí, hubiese escuchado una ovación parecida. La última frase de la obra es: «¡Konstantín Gavrílich se ha pegado un tiro!» y entonces cae el telón. El público había sido testigo de un suicidio, podía imaginar la sangre y el cadáver fresco, aventurar la reacción de la madre del suicida, que estaba ahí mismo en el escenario, hablando de vino tinto y juegos de mesa; ese público empezaba a comprender lo vacua que alcanzaba a ser una existencia al punto de mejor acabarla con un disparo, y sin embargo todos aplaudían entusiasmados, tratando de equilibrar su propio espíritu por esa cuerda floja entre la dicha y la aflicción. ¡Bravo! Un brindis por la vida, por la muerte y la amargura, por los sueños que nunca se realizan. ¡Bravo, maestro! Volarse la tapa de los sesos y ¡bravo!

Ahí mismo en el Sályut alguien gritó: «¡Bravo por el tísico!», y el resto de los bebedores lo secundaron.

Allá en Moscú, el público había aplaudido sin parar, alentando a los actores a acudir de nuevo al escenario. Además de Olga Knipper, que aún no sospechaba que uniría su vida a la del autor, ahí estaba Konstantín Stanislavski, que había hecho el papel del enamorado de la madre del suicida a la vez que había dirigido la obra, y con su revolucionario montaje cambiaría el teatro para siempre; y ahí estaba Vsevolod Méyerhold, el suicida, que algunos años después, padeciendo las impadecibles torturas de los esbirros de Stalin, habría de anhelar de todo corazón volver al papel de Konstantín Gavrílich, para que de una vez por todas le bajaran el telón tras la frase: «¡Vsevolod Méyerhold se ha pegado un tiro!».

Nikolái se dirigió a Guerásim: «Anda a la barra como si fuese botica y prepara un remedio para nuestro tísico amigo».

En una historia de Chéjov, dos hombres coquetean con la hermosa boticaria. Le piden vino tinto francés, pero para que suene a medicina, le llaman *vinum gallicum rubrum*.

Allá fue Guerásim. Tenía vasta experiencia en mezclar alcoholes. Había clasificado las bebidas en tres: hermanas, primas y extrañas. Según su paladar, las hermanas se llevaban bien; o sea, un rioja podía mezclarse con un burdeos, e incluso un blanco con un tinto, pues igualmente había hermanas güeras y prietas. Consideraba hermanas a todas las cervezas, claras, oscuras, cualquier tipo de lager, y en ellas los únicos defectos eran la temperatura o la ausencia de burbujas. Las extrañas no tenían raíces comunes. En sus tiempos de bebedor las había mezclado sin consecuencias negativas: tequila con *whisky* era su coctel preferido. También tomaba ron con anís, aunque debía rebajarlo con cerveza para que no fuese tan dulce. En cambio las primas le causaban problemas de estómago y cabeza; esto se daba cuando combinaba oporto y coñac o tequila y mezcal.



Alguna vez pensó en escribir un tratado sobre tales combinaciones. Ahora se le ocurrió que en verdad podía elaborar una pócima que curara la tuberculosis.

«¿Qué le sirvo?», se aproximó la camarera.

Él le pidió su libreta y una pluma. Estuvo un par de minutos garrapateando bebidas y cantidades. Al fin entregó la receta.

«Si funciona, nos hacemos millonarios».

La fórmula contenía cuatro destilados de alta gradación, pues Guerásim supuso que esto mataría las bacterias. Pero cuando recibió de manos de la mujer un vaso triste de color turbio, decidió agregar un chorro de licor de café y medio limón exprimido. «Guerasimina», dijo para sí, y la imaginó decorada con una cereza en la portada de un manual médico.

Volvió con el tísico Antón para ofrecerle el remedio.

El moribundo dio un trago a la mezcla y eludió los gestos de asco. Sin embargo reconoció que había mucho de festivo en beber esa noble medicina. En cambio el etambutol que le daban en el hospital había de pasárselo con la formalidad, puntualidad y regularidad que nunca van de la mano de los placeres. Elevó el vaso y dijo: «Salud, amigos míos, brindo por la felicidad», con una voz baja y templada para no convocar un ataque de tos.

No se sentía dentro de un féretro; más bien se pensaba un hermoso muñeco en un exhibidor. «Bonito yo», pensó. Luego volteó hacia Marfa Petrovna, su ángel, y cuando sus miradas se cruzaron él estuvo seguro de que se habían dicho mil palabras.

El aire dentro del Sályut se fue viciando como el del hospital. «Como el del Apolo 13», dijo Nikolái.

Griboyédov brindó por esos tres astronautas. Marfa le correspondió y también Guerásim, así fuera con un vaso de agua. Pero no Nikolái.

Apenas el año anterior el mundo había seguido las peripecias de aquel Apolo 13, y habían celebrado con suma alegría su retorno a la tierra. Pero eso ocurrió porque la Nasa estaba regenteada por científicos de poco temperamento artístico, y le regalaron a la gente una burda historia de aventuras, acaso digna de un filme igualmente burdo. En manos de un gran novelista ruso, esa nave espacial habría perdido la órbita lunar para seguir una línea recta por los siglos de los siglos en un más allá cada vez más lejano, legándole así al ser humano, no un final feliz que en nada alimenta el alma, sino el prodigio del viaje sin retorno, la belleza del desamparo, y tres muertes que se volverían un clásico de la condición humana. Esa nave con estos hombres habría sido como la vela ante la que Ana Karenina leía su libro, la cual «resplandeció con una luz más viva que nunca, iluminando todo lo que antes estuviera en la oscuridad, chisporroteó, comenzó a extinguirse, y se apagó para siempre».

Montaron el féretro en el carretón.

Partieron a casa.

En el camino, el tísico Antón habló con entusiasmo entrecortado del viaje espacial. Prometió curarse, acondicionar su cuerpo, fortalecerlo.

Pero ya lo había dicho Pável Pávlovich en *El jugador*: «La tuberculosis es una enfermedad curiosa. El tísico se está muriendo y no sospecha que puede morir al día siguiente».

Se presentó el policía de la otra ocasión. Iba a hablar, pero no le salieron las palabras. Entonces entregó un papel de parte de la casera. «Son tres meses que no se paga la renta».

Marfa lo amonestó. Le dijo que una deuda era asunto entre particulares, y la policía no tenía por qué intervenir. «Además, aquí recibimos los martes».

«Es nuestro amigo», Nikolái reconoció al hombre. «Ofrécele la taza de café que no se bebió la vez anterior».

El policía se sintió avergonzado. Marfa había hablado con verdad. A estas alturas resultaba obvio que él había aceptado una propina de la propietaria para venir a amedrentar a los morosos.

«No escuche a mi mujer», Nikolái lo invitó a pasar. «Usted tiene todo el derecho de estar aquí».

Había leído una novela de Gogol sobre un pintor que no pagaba el alquiler. Pronto se presenta un inspector de policía para apremiarlo: «Debe pagar si se ha comprometido a ello». Y de todos era sabido que a Raskólnikov lo habían llamado de la comisaría por el mismo motivo. «Usted viene obligado a pagar esa suma, con todos los recargos, gastos y demás». Habitualmente el personaje de policía llevaba tintes de incompetente o de bufón. Inútil era el policía que permitió que a Akaki Akakiévich le robaran el capote; los de *Crimen y castigo* cometen un error detrás de otro; en *Los hermanos Karamazov* arrestan a un inocente; en *Guerra y paz*, unos parranderos agarran a un policía, lo atan a la espalda de un oso y lo tiran al río; y con Chéjov basta una perla del frondoso collar: «Ayer se celebró un funeral religioso por el alma de los caídos en Plevna. Asistieron todas las autoridades y ciudadanos, excepto el señor jefe de policía, que brilló por su ausencia debido a que consideró más interesante terminar su partida de naipes que compartir el sentimiento de los ciudadanos de Rusia». Aunque ya vendría el siglo veinte para darle un carácter más perturbador a estos personajes. «La policía entró a sablazo limpio», escribe Gorki. «Dicen que hay muertos». Si bien la peor parte de las atrocidades policiacas no figurarían en las narraciones de los escritores, sino en sus propias biografías.

«Siéntese, Porfírii».

El policía iba a decir que se llamaba de otro modo, pero reparó en el féretro.

«Es otro muerto».

«Sí, pero también está vivo».

Tolstói lo había dicho mejor al hablar del carcomido hermano tísico de Levin: «Aquel cuerpo muerto era su hermano vivo».

Antón tosió a manera de saludo.

Llegó la taza de café humeante. No era para beberse sino para propiciar la salida del policía.

«Beba, Porfírii».

Él se puso de pie para dirigirse a la puerta. Se marchó sin siquiera recordarle a los morosos inquilinos que debían pagar.

El cuadro iba tomando color: había en casa un tuberculoso, faltaba dinero para el alquiler. Nikolái estaba desempleado, había matado a la usurera y comenzaba a hablarse de un duelo. La policía rondaba la casa. Ya iba siendo hora de que Marfa se ganara esos treinta rublos.

La escena representa una taberna llamada Sályut. Al fondo hay una sinfonola apagada. A la izquierda está la barra con el propietario y la camarera. Por una pequeña ventana se ve solo negrura, indicando que es de noche. Hay doce o quince mesas repartidas sobre el escenario. En todas hay parroquianos. Hacen ademán de hablar, pero sus voces no se escuchan. Al centro, otra mesa. La ocupan cuatro personas: Nikolái Nikoláievich, Marfa Petrovna, Guerásim y Griboyédov. Junto a ellos, el féretro con el tísico Antón.

«Estamos muy retrasados», dijo Nikolái. «Nos falta entrenamiento y ni siquiera hemos completado la cuadrilla».

«Solo caben tres en la nave», Guerásim bebió de su vaso con agua, no como tratándose de un vodka de utilería, sino representando efectivamente agua.

«El tísico será el primero en viajar al espacio exterior», dijo Griboyédov, «aunque su cuerpo se quede aquí en la tierra bajo tierra».

Antón tosió.

«¿Quién nos falta?», Marfa entró en el diálogo.

«Varios», Nikolái bebió de su vaso con vodka que sí era vodka. «Un doctor alemán... un cosaco... un general retirado... un terrateniente... un nihilista... un pope con dudas de fe... una pareja de campesinos... También nos falta un judío».

En verdad las historias solían tener algún judío. Si bien se trataba mayormente de personajes secundarios, acartonados, pertenecientes a un mundo que los autores no sabían descifrar. Los tenían ahí para una breve escena de humillación en la que los insultaban o les jalaban los bucles; para que un jinete pasara junto a uno de ellos y le soltara un fustazo. Las lenguas largas de Taras Bulba y de sus cosacos colgaban siempre un calificativo: «infame judío», «impuro judío», «diablo de judío», «maldita raza de judíos», o les llamaban «oreja de marrano», llegando a decir que «ustedes los judíos han sido creados para fingir; engañarían al diablo en persona». Los cosacos detestaban a los judíos, por eso Isaak Bábel hubo de hacerse de mucha maña para sobrevivir a esa caballería roja compuesta de cosacos y de paso escribir una obra maestra. En muchas ocasiones no había judíos alrededor, y la palabra de marras aparecía meramente como un insulto. «¡Ustedes, al lado de mi señor, no son sino unos mendigos, unos judíos!», dice el criado de Oblómov. A Gogol le viene sobre todo como sinónimo de «tacaño», y para esto usa expresiones como: «judío de cajero» o «qué impulsos de judío te gastas» o «maneras de judío». Dostoyevski

camina por la misma senda cuando Razumijin le llama a Luzhin «falso y avaro como un judío», y más tarde el propio Luzhin, abrumado por haber procedido como un avaro, se dice: «¿Por qué diablos me porté tan judío?». Andreyev despacha esta conversación entre dos hombres:

«¿Es usted judío?».

«No».

«Lo felicito».

Y hasta el bueno de Chéjov muestra a unos niños que cantan:

*¡Escucha, niño mío!  
¡Coge el cuchillo afilado  
y mata, mata al judío  
un hijo muy desdichado!*

El párroco de *Los señores Golovliev* asegura sin tapujos: «Los judíos son unos asquerosos. Por eso cuando los quieren irritar les muestran una oreja de cerdo». Dostoyevski se burla del único judío recluido en Siberia en *Memorias de la casa muerta*: «Cada vez que lo miraba se me venía a la memoria aquel judiíllo Yánkel que Gogol retrató en *Taras Bulba*, que al desnudarse para meterse de noche con su judía en la cama se parecía terriblemente a un pollo desplumado».

Ya con Pásternak la cosa andaba por otro camino: «Ese cosaco que se burlaba del pobre judío es un ejemplo entre mil de la más primitiva bajeza». Como él, otros judíos, asimilados o no, habrían de hacer ver que las caricaturas que de ellos hicieron en la literatura rusa se debían a que los gentiles nunca pudieron comprender el mundo ni el alma de los judíos; mientras que los judíos supieron muy bien pintar el alma de los gentiles.

«En esas historias», Nikolái dio un trago a su vodka, «los judíos suelen ser comerciantes o músicos o usureros o, sobre todo, taberneros».

Los cinco voltearon hacia la barra. Ahí estaba el propietario de la taberna.

Nikolái fue con él.

«¿Es usted judío?».

«No».

«Lástima».

Estimulado por cinco o seis tragos de vodka, Nikolái dijo que relataría un caso sacado del teatro de la vida y de la vida del teatro; mas como no se ganaba la atención de su escaso público, reveló el desenlace: «Es sobre una mujer que se suicida». La actitud de los cuatro cambió. Acercaron sus rostros al de Nikolái para no perder detalle. «Iván el Terrible, ese mismo zar que asesinó a su hijo, tuvo ocho mujeres. La historia que les voy a contar se ocupa de la quinta, una tal Ana Vasilichkova». Iván el Terrible se había enamorado de la que sería su sexta mujer, de modo que en el palacio se gesta una serie de intrigas, hasta que el zar de todas las Rusias decide enviarle a la zarina

una copa con miel envenenada. Vasilichkova está segura de lo que contiene la copa y, sin embargo, la bebe.

«Eso no es suicidio», dijo Marfa.

Griboyédov dijo que ella pudo deshacerse de la copa, pero decidió beberla.

Nicolái dijo que ahí no terminaba el relato. «Los personajes son verdaderos, si bien yo conocí la historia porque la escribió Ostrovski para el teatro».

«¿Hablamos del suicidio de la zarina o del personaje?», Guerásim miraba con deseo el vaso de vodka, pero no lo tocaba; miraba igualmente a Marfa, y lo mismo no la tocaba.

«Aún no termino». Nicolái habló de una actriz llamada Eulalia Kadmina. Tenía esa belleza que inspira bondad antes que lujuria. «La Kadmina se había enamorado perdidamente», Nicolái se disculpó por utilizar tan vulgar adverbio, «de un oficial del ejército». Poco antes del matrimonio, el oficial desbarató el compromiso para casarse con una mujer de familia adinerada. La Kadmina venía haciendo el papel de la zarina en la obra de Ostrovski. Le había dado al papel una sincera intensidad al saber, «más como mujer que como actriz, lo que significaba el abandono del hombre amado».

Vino a ocurrir que en una función de noviembre de 1881, desde el escenario que representaba las habitaciones y salones del palacio del zar en Moscú, la Kadmina distingue en las primeras filas a su oficial con esa fina mujercita. Aprovecha el entreacto para cortar decenas de cabezas de cerillos y zampárselas con té negro. Vuelve al escenario. Para cuando le ofrecen la copa con miel envenenada, ya el vientre se le rasga por dentro. «Beberé», dice la zarina, «debo beber. Si él no me mata de esta forma, me matará de cualquier otra. Ve y dile al zar que la zarina ha bebido hasta la última gota». Da un trago largo a la copa hasta apurarla. «Que Dios le otorgue a él y a su nueva mujer largos años de alegría y fortuna». La Kadmina cae desplomada al suelo sin terminar su parlamento. El público comprende que está ante la mejor de las actrices. Nunca habían visto la agonía representada de modo tan auténtico; aunque algunos críticos teatrales opinan que la actriz está sobreactuando. «¡Ah, cómo sufro, cómo sufro, quema como el fuego!».

Aún no es tiempo de que caiga el telón, pero alguien lo hace caer.

No hay aplausos.

«La zarina se suicida. El personaje se suicida. La actriz se suicida».

Marfa ya no repitió su juicio, pero algo le molestaba en la historia. «¿Y el oficial que engañó a Kadmina?», preguntó.

«¿Qué tiene que ver el oficial?», Griboyédov se enjuagó la boca con vodka.

Nicolái recordó un pasaje de *El maestro y Margarita*. Satanás organiza un gran baile. Los invitados vienen del infierno, donde padecen suplicios eternos. Margarita es la reina de la noche y va por el salón acompañada de Koróviev, asistente de Satanás, y un enorme gato infernal. Ahí está presente una bellísima muchacha de unos veinte años. Koróviev habla de su tormento: «Hace ya treinta años que un ayuda de cámara se encarga de dejarle todas las noches un pañuelo junto a la cama. Ella se

despierta y el pañuelo está ahí. Lo quema en una estufa, lo echa al río, pero en vano». Margarita pregunta qué clase de pañuelo es ese. «Es un pañuelo de ribete azul. Es que cuando la muchacha estuvo trabajando en un café, el dueño la llamó al almacén y a los nueve meses tuvo un hijo. Ella se lo llevó al bosque y le metió el pañuelo en la boca. Luego lo enterró. En el juicio declaró que no tenía con qué alimentar al niño».

«¿Y dónde está el dueño del café?», preguntó Margarita.

El gato respondió con su voz rechinante: «Majestad, permítame que le haga una pregunta. ¿Qué tiene que ver el dueño del café? Él no asfixió en el bosque a ningún niño».

Marfa propuso un brindis por Eulalia Kadmina. Desde su féretro, Antón correspondió con su vaso de guerasimina.

Cuando corrió la noticia de la muerte de la actriz, varios escritores alzaron la vista al cielo. «Cómo no se me ocurrió antes». Aún no acababa de enfriarse el cadáver de la Kadmina cuando ya estaba Turguéniev arrastrando la pluma sobre el papel para narrar un texto sobrenatural y oportunista en el que el suicidio de la actriz en escena parecía metido a la fuerza para lucrar con la tragedia, agregando un eslabón, porque ahora se trataba del personaje narrativo de una actriz de carne que actuaba el papel teatral de una zarina verdadera.

«Cuento la historia», Nikolái miró a su mujer como si no hubiese nadie más en el Sályut, «porque el fósforo no mata de manera instantánea. La cortina del teatro se cerró, pero lo cierto es que Kadmina vivió una semana más. El fósforo se apoderó de su interior como si se tratase de larvas voraces que fueron taladrando el estómago, el hígado, los intestinos, los riñones. Cuentan que la Kadmina gritaba en voz baja porque las fuerzas ya no le daban para aullar su dolor».

«Está decidido», Marfa tomó las manos de Nikolái. «Tendré mi noche de treinta rublos».

Nikolái se acercó para darle un beso tibio en los labios. Marfa lo tomó de los cabellos y le recetó las palabras de la protagonista de *Lady Macbeth de Mtsensk*: «Solo los maridos besan así a sus esposas, como si estuvieran quitándoles el polvo de los labios. Bésame hasta que las flores de este manzano caigan sobre nosotros».

Lo dijo en voz tan alta que los parroquianos voltearon todos a mirar. Hubo suspiros, nostalgia. A varios les bajó sudor por la espalda.

Quién sabe cuándo estaban destinadas a caer las flores del manzano, pero después de dos minutos, el propietario mandó interrumpir esa escena amorosa que hubiese resultado excesiva en cualquier escenario de cualquier teatro del mundo.

Una vez en casa, Marfa le sirvió limonada a Antón porque ya se había medicado de más con la guerasimina. Se sentaron a la mesa con un mazo de cartas. «Quiero jugar», dijo Antón desde su féretro. Los demás negaron con la cabeza. No querían tener a tan corta distancia a un tísico tosedor.

Nikolái repartió cuatro cartas a cada uno. «¿Qué estamos jugando?», preguntó Griboyédov. Cada par de ojos miró alternativamente a los otros tres pares. Al fin respondió Nikolái. «No lo sé. He leído desde Pushkin hasta Shólojov: juegan vint, stosh, noski, filka, yeralash, préférence, durak, makao, otzko, piquet, tresette. Pero apenas aparece una nota al pie que dice: juego de cartas, sin explicar nada». Por supuesto las cartas eran un pasatiempo para esa gente que quiere que pase el tiempo, pero a veces eran la excusa para acusar a un jugador de hacer trampa y desencadenar un duelo. O bien, para crearse una deuda impagable. En cierta historia de Pushkin, el espíritu de una muerta engaña a un apostador hasta hacerlo perder la cordura, y en el manicomio no hace sino decir: «¡El tres, el siete, el as! ¡El tres, el siete, la dama!». Guerásim entendió que le solicitaban cualquiera de esas cartas. Descubrió un siete. «¡Quiero jugar!», Antón subió la voz y lo pagó con una metralla de tos. El más grande jugador y mayor perdedor en juegos de naipes fue Tolstói. Por eso fue tan comprensivo con uno de sus personajes en *Guerra y paz*, que pierde cuarentaitrés mil rublos jugando a las cartas. Sin dinero para pagar, acude a su padre y le dice que «eso le pasa a cualquiera». El padre responde: «¿A quién no le ha ocurrido? Tienes razón, ¿a quién no le ha ocurrido?». Griboyédov hizo cuentas. «Eso equivale a cuatro años del cuerpo de Sonia». Nikolái meneó la cabeza. «Treinta rublos le dieron la primera noche porque estaba nueva. Luego serán diez o cinco rublos. Cuatro años después quizá no le den ni uno».

«¡Quiero jugar!», volvió a decir Antón.

«¿A qué, maldito tísico? ¿A qué?», Guerásim alzó la voz. «No estamos jugando a nada». Arrojó los naipes. Le temblaban las manos. Los brazos enteros.

«Parece que a nuestro amigo ya le hace falta un trago», Nikolái fue a la cocina y trajo una botella. Sirvió cuatro vasos. Uno más para Antón.

Los momentos más conmovedores de *Crimen y castigo* no los aportaba Raskólnikov y su familia, sino Marmeládov y la suya. Ese Marmeládov alcohólico que por un tiempo parecía que lograría regenerarse para salvarse a sí mismo, para salvar a su mujer, a su hija, a sus hijastros. «Así como tú, mi querido Guerásim, aunque lo hagas solo por Marfa y por ti». A Marmeládov le había llegado la oportunidad de redimirse cuando le ofrecieron de nuevo su empleo. Fue tanta la alegría de su mujer y de Sonia que lo mimaban el día entero, andaban de puntitas para no molestarlo, le daban crema para el café, cecina con rábanos, le compraron un uniforme, le lustraban las botas. Ah, cuánto regocijo había en salir del lodo. Pero tan pronto cobró el primer sueldo... «Anda, Guerásim, celebremos tu primer sueldo o tu último». Marmeládov pasó cinco días fuera de casa, y hasta el uniforme lo dejó empeñado con un tabernero, para quedar vestido con harapos. «Más conmueve un borracho sin bebida que un niño sin comida», remató Griboyédov.

Guerásim intercalaba la vista entre el vaso y los ojos de Marfa.

«¿Yo qué te puedo decir?», dijo ella.



Nicolái fue a su librero. Repasó rápidamente los títulos. Se detuvo en *El duelo*, de Aleksandr Kuprin. Pasó las páginas hasta el final del capítulo seis. Tachó el nombre de Rómochka y escribió el de Guerásim.

«Puedes decirle esto».

Marfa leyó las líneas antes de atreverse a pronunciarlas. Al final dijo: «¡Por favor, Guerásim, no se haga ilusiones! ¡Usted ni siquiera es hombre ni cosa que se le parezca!».

La noche iba muy adentro cuando Nicolái salió de casa. Se había puesto su abrigo y gorro de invierno. «¿Adónde vas?», preguntó Marfa, pero él no respondió. Quería salir a caminar para mirar los cielos estrellados. Pensaba en *Guerra y paz*. Sobre todo pensaba en Pierre Bezújov. En esas páginas ocurrían eventos muy relevantes para la historia. Se enfrentaban las tropas napoleónicas a las rusas; ardía Moscú. Cientos de miles de personas morían por las armas, por el hambre y frío. Mas todo eso pasaba a segundo término delante de cuestiones más trascendentes: el vestido que usará Natasha para su primer baile, si el príncipe Andréi la sacará a bailar, si María Nikolaievna está destinada a volverse una solterona, si es verdad que Hélène tiene relaciones con su hermano Anatol.

Por sobre todos, había un párrafo que Nicolái releía porque condensaba un exceso de humanidad y belleza. Ahora deseaba mirar las estrellas, tal como lo hizo Pierre en aquella noche de diez grados bajo cero, tan rebotante de amor que se desabotonó el abrigo; esa noche en que, luego de dejar a Natasha, extasiado con sus propias pasiones, se comparó con el resto de los hombres y todos le parecieron pobres de espíritu. «Hacía un tiempo frío y claro. Por encima de la penumbra de las sucias calles y de los tejados negros, se elevaba el cielo oscuro y estrellado. Solo al mirar aquel cielo, Pierre dejaba de sentir la bajeza ofensiva de todo lo terreno al compararlo con la elevación en que se encontraba su alma». Y cuánto no daría Nicolái por sentirse igual. «Casi en medio del firmamento, por encima de la avenida Prechistenka, un enorme y brillante cometa rodeado de estrellas se distinguía del conjunto de los astros por su proximidad a la tierra, por su blanca luz y larga cola levantada. Era el cometa de 1812, que, según se decía, anunciaba una serie de horrores y el fin del mundo. Pero no despertó en Pierre ningún sentimiento terrible. Al contrario. Con los ojos húmedos, miraba alegremente aquel cometa claro que con una rapidez vertiginosa había recorrido un espacio incalculable, describiendo una parábola y, lo mismo que una flecha se clava en la tierra, se había incrustado en un punto del cielo sombrío, alzando enérgicamente la cola, que irradiaba su luz blanca en medio de innumerables estrellas refulgentes. A Pierre le pareció que aquel cometa correspondía por completo a lo que encerraba su alma rebotante y enternecida, abierta para una nueva vida».

En las alturas, Nikolái no vio ningún cometa, pero lo alumbró en su mente y en sus ojos con palabras. «El cometa de 1971, que trazaba su blanca estela para firmar la crónica de un alma grande, el alma de Nikolái Nikoláievich Pseldónimov, delante del cual, cualquier hombre, cualquier alegría o sufrimiento eran poca cosa». El cielo estaba más estrellado que de costumbre. Nikolái comprendió por qué los antiguos leían en él venturas y tragedias, la vida y la muerte, la salvación y perdición de los hombres. Se quitó la gorra en señal de respeto. Ya se contaban ocho astronautas que habían ido a la luna, y le habían traído piedras y polvo a la humanidad; en cambio Tolstói, sin quitar los pies de la tierra, había bajado el cosmos entero, un infinito hecho de palabras, porque a fin de cuentas, el alma, la eternidad, los dioses y el hombre estaban también contruidos con palabras.

Llegó de vuelta a casa. Marfa y Griboyédov jugaban aburridos con los naipes. Antón respiraba con dificultad.

Guerásim se hallaba tumbado en el suelo. Había perdido la conciencia de tanto beber. «Quería llegar al sofá», dijo Marfa, «pero se quedó a medio camino».

Nikolái le dio un par de bofetadas sin que el borracho reaccionara. Pidió a su mujer unos alfileres. Ella los sacó de un costurero.

Cada uno con un alfiler, Marfa, Griboyédov y Nikolái se acuclillaron ante el borracho.

«Turguéniev, Dostoyevski, Tolstói, Bunin, Bábel, Solzhenitsyn, Gogol, Gorki, Chéjov, Pásternak y todos los demás tienen personajes picados de viruela».

Marfa dio el primer pinchazo. Guerásim apenas torció la boca como si una mosca se le hubiese posado en los labios. Entonces comenzaron a agujinear con brío. «Mejillas, nariz y frente», advirtió Nikolái. «Nada de párpados porque se nos queda ciego». Quizás en ninguna obra había tantos picados de viruela como en *El Don apacible*, donde parecía distintivo de la mitad de los cosacos, aunque por alguna razón las mujeres lo padecían menos y los personajes principales eran inmunes a este mal.

Nadie contó los alfilerazos, pero llegó el momento en que consideraron terminada la tarea. A la vuelta de un par de minutos, el rostro de Guerásim comenzó a llenarse de minúsculas gotas rojas.

«Debimos desinfectar los alfileres con alcohol».

«Al padre de Mayakovski le bastó un pinchazo de aguja en el dedo para morir».

Nikolái roció un poco de antiséptico vodka sobre el rostro de Guerásim. Esto hizo reaccionar al beodo más que los pinchazos; sacó la lengua para lamer lo que pudiese atrapar. El aguardiente tuvo el efecto de remojar las heridas, provocando que aumentara el volumen de salida de sangre.

A decir de Dostoyevski, los alcohólicos tienden a relatar sus desgracias como si fuesen vergonzosas y heroicas al mismo tiempo. Así lo sintió Marmeládov cuando

pregunta: «¿Ha tenido usted ocasión de pasar la noche en el Neva, en las barcas del heno?». Con avergonzado orgullo responde él mismo: «Yo ya llevo cinco noches», y muestra sin pudor las briznas de heno en la ropa.

En Monterrey no había río que llevara agua, mucho menos barcas cargadas de heno. Pero algo se podría hacer por Guerásim. Lo levantaron por los sobacos para llevarlo a rastras hacia el carretón. «¡Quiero ir!», llamó el tísico. Pero nadie le hizo aprecio.

Condujeron a Guerásim a lo largo de diez calles, hasta llegar a un lote baldío en el que crecían hierbajos y la gente echaba basura. Ahí lo recostaron. Marfa le acomodó la cabeza sobre una lechuga pasada. «¿Ha tenido usted ocasión de pasar la noche en un basurero?», preguntaría Guerásim a cualquier parroquiano del Sályut. «Yo ya llevo cinco noches». Y mostraría sin pudor los rastros de lechuga, los añicos de cascarón de huevo en los cabellos.

«Un tipo así», dijo Griboyédov, «tuvo una mujer que lo amaba, una hija que sacrificó la vida por él. Es más de lo que pueden presumir la mayoría de los hombres».

«Y su muerte», Nikolái tomó la barra del carretón, comenzó a empujar, «fue una de las mayores tragedias de la humanidad».

«Sonia, hija, perdóname», había exclamado Marmeládov, y le tendió la mano. Resbaló y se desplomó sobre el diván y rodó de cabeza al suelo. Acudieron a levantarlo, lo acostaron de nuevo, pero ya estaba expirando. Sonia lanzó un débil grito, corrió a él, lo abrazó, y en aquel abrazo acabó de expirar.

«Dios es misericordioso», dijo la viuda, «pero no con nosotros».

Pasaron dos noches. En la recepción del hospital se hallaba la misma enfermera. Nikolái se aproximó. Iba a decirle algo, pero ella fue la primera en hablar. «Lo esperaba». La entonación de las palabras fue tan sobria que él no supo si había en ellas cortesía o reclamo. Nikolái había pensado en agradecerle que no los delatara a la policía por el robo del tísico. Eligió saltarse cualquier prólogo.

«Se muere», dijo. También pudo evitar esa frase porque ella lo sabía. Entonces agregó: «Necesitamos una viuda».

«¿Ahora mismo?».

Nikolái le dijo que el tísico no se iba a morir en ese momento, pero lo natural era que cualquier viuda pasara un tiempo junto al lecho del moribundo; a menos que se tratara de la mujer de Tolstói, que no pudo ver a su marido sino cuando le restaban dos latidos del corazón y ninguna palabra.

«Se llama Antón, como Chéjov».

Nikolái apuntó los ojos al techo. Dos palomillas revoloteaban bajo una lámpara. Lo cierto es que Chéjov y el tísico apenas tenían en común la enfermedad. O quizás algo más. El Antón que tenían en casa se expresaba con frases cortas: «¡Quiero jugar!

¡Quiero ir! ¡Quiero beber!», pero también «¡Quiero vivir! ¡Quiero vivir! ¡Quiero vivir!». Esto lo hermanaba con aquel Antón Pávlovich Chéjov que murió en el desabrido balneario alemán de Badenweiler, lejos de casa, mayormente entre extraños, pero con el mismo tísico afán de vivir. Verdad es que eso hermanaba a ambos Antonés con casi toda la humanidad y demás seres, ya que «hasta un insecto quiere vivir», había escrito Chéjov, y nadie como él rumió y proclamó con mayor claridad e intensidad la voluntad de aferrarse a la vida.

Ahora Nikolái estaba delante de esa enfermera, pidiéndole que fuese la viuda del tísico Antón haciendo las veces de Chéjov, el alma más bella que anduvo por el mundo, un alma que ella debía descubrir en ese maldito tísico sin encanto ni ingenio, pero que día a día, u hora tras hora, se ensanchaba como una supernova ante el final. Un pobre diablo, el tísico ese, pero maldito mil veces quien no sepa fantasear. A Nikolái le gustaba el teatro porque bastaba un lienzo con una cebolla del Kremlin para situarse en Moscú; le gustaba aún más la mera lectura de teatro porque ahí no hacía falta siquiera el lienzo. Cinco letras formaban el mapa, las avenidas, los edificios de Moscú. Cuando Nikolái leía teatro, se desdoblaba en todos los personajes, fueran principales o secundarios, hombres o mujeres, y siempre lo hacía convertido en el mejor actor, director y escenógrafo.

«¿Dónde está Antón?», preguntó la enfermera.

Nikolái le tomó las manos. A los demás les había ofrecido un viaje espacial; a ella solo le prometió viudez.

«Todavía lo tenemos en Yalta, donde podría tener un final adecuado, en su tierra, frente al mar que lo vio nacer. Pero debemos llevarlo a Badenweiler, porque le metieron la esperanza de que allá se puede curar».

La enfermera miró su escritorio. Papeles de ingresos. Cuatro pacientes en lo que iba del turno. El último había llegado media hora atrás. Un electrocutado.

«Vamos».

Tan pronto llegaron, Nikolái dijo: «Traigo a Olga Knipper». Ella lo miró con extrañeza. «Soy la enfermera». Él se preguntó si no se había equivocado. «Usted es Olga, la actriz, la viuda, y su primer papel será de enfermera, pues representa usted a Larissa Fiodorovna Antipova, mejor conocida como Lara, que cursa estudios de enfermería para que la envíen al frente de guerra, donde piensa hallar a su marido, y en cambio termina enroscada con el doctor Zhivago. ¿Leyó usted la novela?».

Ella negó con cara de quien afirma, y dijo: «Vi la película».

El silencio fue tal que hasta el tísico dejó de toser.

En las primeras páginas de *Demonios*, Varvara Petrovna y su amigo Stepan Trofímovich reciben en su casa de provincia a un barón petersburgués. Todo ha de salir a la perfección para que ese hombre influyente de la capital no menosprecie a la aristocracia pueblerina. Mas vino a ocurrir que cuando el barón afirmó que pronto se

decretaría la emancipación de los siervos, «Stepan Trofímovich no pudo contenerse y gritó: ¡Hurra!, e hizo no sabemos qué gesto simbólico de entusiasmo con la mano. Lanzó aquel grito por bajo y de manera distinguida; hasta es posible que tal entusiasmo fuese premeditado y aquel gesto lo hubiese estudiado ante el espejo media hora antes de tomar el té; pero por fuerza algo hubo de salirle mal, de suerte que el barón apenas se dignó a sonreír», y se dio prisa en marcharse. Varvara Petrovna guardó silencio por unos minutos, pero al fin hubo de encarar a Stepan Trofímovich, y pálida, echando fuego por los ojos, le soltó por lo bajo: «Nunca olvidaré esto».

Nicolái miró a la enfermera echando fuego por los ojos. «Nunca olvidaré esto», le soltó por lo bajo.

Si bien Dostoyevski cuenta que al día siguiente, al encontrarse Varvara Petrovna con su amigo «ya parecía como si no hubiese ocurrido nada».

Nicolái esperó unos segundos a que menguaran las palpitaciones en sus sienes. Se dirigió a la enfermera con la misma mala memoria de Varvara Petrovna.

«Tenemos un herido».

De los escritores que narraban la guerra, ninguno pasaba por alto la escena del pabellón hospitalario repleto de heridos, poniendo énfasis en aquel vivo que pareciera más muerto: «Un fragmento de obús le había destrozado el rostro, reduciendo su lengua y sus dientes a una papilla sanguinolenta, pero sin matarlo, y se le había quedado alojado entre los maxilares, donde estuvo la mejilla ahora arrancada», dice Pásternek. Aún más terrible era la narración en *El Don apacible*: «De los escalones de la entrada salía arrastrándose Égor Zharkov. Su cara era un alarido y de sus ojos salidos de las cuencas caían sobre sus mejillas lágrimas de sangre. Se arrastraba con la cabeza hundida entre los hombros y gritaba como si le costara grandes esfuerzos separar sus labios de cadáver. Una de sus piernas seguía apenas sujeta al resto del cuerpo dentro de los chamuscados pantalones. La otra le había sido arrancada de cuajo. Se arrastraba moviendo lentamente los brazos, el grito agudo, casi infantil, que salía de su boca traspasaba los oídos. Ese grito se interrumpió bruscamente, el herido quedó tendido sobre un costado, con la cara pegada a aquel suelo hostil cubierto de excremento de caballo y cascote. Nadie se acercaba a él. Del vientre de Zharkov se salían los intestinos, humentes, de suaves reflejos de color de rosa y azulados. El extremo de aquel revoltijo caía sobre la tierra y los excrementos, y se revolvía aumentando su volumen». Y tanto un autor como el otro coincidían en que ambos pedían la muerte con clamores que no parecían de hombre. Pásternek decía que «Con un hilo de voz que no parecía humano, el mutilado emitía breves gemidos entrecortados, que cualquiera entendería como una súplica para que acabaran con él lo más pronto posible». Shólojov relataba que «Zharkov se incorporó apoyándose en las manos y gritó con voz ronca que no parecía de un ser humano: ¡Mátenme, hermanos! ¿Qué están mirando? ¡Acaben conmigo, hermanos!».

«Tenemos un herido», Nikolái tomó del brazo a la enfermera haciendo el papel de una enfermera.

La condujo por el pasillo hasta la habitación. Ahí señaló un cuerpo tirado sobre un tapete en el suelo.

Guerásim tenía el rostro hinchado, colorado, amarillento y purulento.

«Picado de viruelas», dijo Nikolái.

Ella afirmó con cara de quien niega. Pidió alcohol, agua a punto de hervor, servilletas. Con la paciencia de un relojero comenzó a pellizcar cada forúnculo.

Nikolái fue al salón y se acomodó en cualquier silla. Griboyédov estaba furioso.

«Necesitábamos a alguien que curara a Guerásim. Solo eso».

Marfa también protestó. «¿Le ofreciste un puesto en la tripulación?».

«Solo le propuse que fuera la viuda de Antón».

«No voy a morir», dijo el tísico.

«Y tú, Marfutka, necesitarás a alguien que sepa de medicina ahora que...», Nikolái bajó la voz, se acercó a su mujer para que solo ella lo escuchara. «Sífilis y esos morbos».

«¡Agua caliente!», salió el grito de la habitación.

Nikolái se dirigió a la cocina. Puso a calentar una olla con agua. Quizás la sífilis era la enfermedad más aborrecida en las novelas, lo cual significa que era la enfermedad más aborrecida por los hombres. Nadie se refirió de manera tan explícita a ella como Aleksandr Kuprin al relatar los avatares de un prostíbulo ruso en una novela que «a punto estuvo de borrarlo de la lista de los escritores rusos» y cambiaba de título con cada edición: *El estiércol* o *La tumba de las vírgenes* o *El burdel* o *El pozo* o *Iana* o *Iama* o *Yama* o *La mala vida* o *Basura* o *La fosa de la lascivia...* Una prostituta llamada Zhenya le pregunta a su joven cliente si ha oído hablar de la sífilis. Él le responde ingenuamente: «Creo que se come la nariz», pero ella es versada en el tema: «No solo la nariz. Se pudre la persona. Se pudren los huesos, las venas, el cerebro... Todo se va consumiendo. Hay doctores idiotas que afirman que es posible curar esta enfermedad. ¡Pero nadie se cura jamás! Un hombre vive pudriéndose lentamente diez, veinte, treinta años... A cada instante puede quedar paralítico. Se le puede morir medio rostro, un brazo, una pierna. No vive ya el hombre, sino solo su mitad. Media persona y medio cadáver». Zhenya tiene el chancro en la garganta; por eso no lo ha detectado el viejo médico que la revisa cada sábado. A Nikolái le parece dulce la palabra «sífilis», en cambio «chancro» le repugna. Zhenya utiliza su afección para contagiar a cuantos hombres puede. «En cuanto a esos bichos de dos piernas, infecto adrede a diez o quince cada día. ¡Que se pudran, que le lleven la sífilis a sus mujeres, a sus amantes, a sus madres! ¡Sí, a sus madres, a sus padres, a sus niñeras y hasta a sus bisabuelas! ¡Que revienten todos esos rufianes honorables!».

El agua comenzó a hervir. Nikolái la llevó a la habitación junto con unos trapos limpios.

Zhenya ató un cordón del corsé en el gancho del candil y con él se ahorcó.

Olga remojó los trapos en el agua caliente. Los colocó sobre el rostro de Guerásim como si fuese a rasurarlo.

«¿Ha usado usted corsé?».

Ella negó con la cabeza. Él se preguntó si de veras el cordón de un corsé podría sostener a una robusta ramera del siglo diecinueve. Seguramente sí. Entonces el vestuario era tan resistente que duraba años con apenas unos remiendos. Hoy todo era tan chafó como las medias que se vendían por 7.90.

Aunque con aspecto un poco más sano, el rostro de Guerásim continuaba luciendo imbesable. «Parece sifilítico», dijo Nikolái. Y es que la nariz infecta daba a suponer que podía desprenderse como en *La nariz* de Gogol. Esa era la consecuencia que todos conocían. También Daria, la cosaca de «sucias pasiones amorosas», que confiesa a su cuñada: «Tengo sífilis. Es una enfermedad incurable. Se le cae a una la nariz».

«No es incurable», Olga retiró los fomentos de agua caliente. «Por lo demás, este señor no tiene sífilis ni está picado de viruelas».

Dejaron a Guerásim en el suelo. Olga dijo que así era mejor para bajarle la fiebre; pero no estaba de más ir a la farmacia por analgésico y penicilina.

Nikolái ya se arrepentía de haber enganchado a la enfermera. La muy simple no tenía idea de quién era Chéjov, había mencionado la película de *Doctor Zhivago* y ahora negaba las viruelas de Guerásim. Él le explicó que en algunas novelas aparecían doctores como protagonistas, como el propio Zhivago, entonces sí llegaban a curar enfermos y heridos, sobre todo de guerra. Mas por lo general los médicos eran meros precursores de la muerte. Solían ser alemanes, calificados de eminencias, y su rol apenas llegaba a calcular cuántos días de vida le quedaban al paciente, recomendarle que visitara un balneario en Suiza o prescribir remedios y medicamentos inservibles: sangrías, quinina, opio, sales, yodo, bromuro de potasio, aceite de ricino, bicarbonato, ruibarbo, tisanas, agua mineral, nitrato de plata. Son siempre ignorantes en asuntos amorosos, y a las muchachas que sufren un desengaño les diagnostican «principio de un proceso tuberculoso».

«Bulgákov era médico», dijo Nikolái. «En uno de sus cuentos hay un médico que inyecta mercurio a un sifilítico».

«Eso no sirve», dijo la enfermera. «Y ya mencioné que el mal de este hombre no es venéreo».

Él le hizo una seña a la mujer para que lo acompañara. La condujo por el pasillo hasta la puerta principal. Ella se marchó sin decir nada.

Nikolái fue hacia el tísico.

Le acarició los cabellos.

«Ella iba a ser tu viuda, y viudo te quedaste tú».

Estaban de vuelta en el Sályut. Al fin había llegado la noche en que Marfa Petrovna haría su caminata espacial. Una aventura a la que ni Valentina Tereshkova se hubiese lanzado. A diferencia de Laika, apreciada por ser una callejera, las mujeres del programa espacial soviético fueron elegidas entre paracaidistas. A los cosmonautas que estaban en lista de espera para viajar al espacio no les entusiasmó la aparición de esas mujeres. Ellos eran militares, pilotos, tenían años entrenándose, y he aquí que llegaban unas damitas improvisadas a ocupar el asiento de la nave Vóstok porque al general Kamanin se le ocurrió que la Unión Soviética debía enviar a una mujer al espacio antes que los Estados Unidos. El cosmonauta que más directamente se vio desplazado por Valentina Tereshkova se dio a la bebida y se echó kareninamente al paso de un tren. Otro de ellos quedó prendado de la belleza obrera de Tereshkova y acabaría casándose con ella.

«Si no viajas al espacio», Griboyédov dio a Guerásim una palmada en la espalda, «¿te quitarías la vida?».

«Voy a ir», respondió Guerásim.

Cuando despertó en el lote baldío, recostada la cabeza sobre una lechuga, con el rostro ardiendo de piquetes, no sospechó de sus amigos. Se trataba del destino de un beodo: amanecer en cualquier sitio sin recuerdos de la noche anterior. A veces sin camisa, alguna vez sin zapatos, casi siempre sin cartera; ahora con el rostro vejado. «Creo que fueron hormigas», dijo a sus compañeros.

Había pedido dos dosis de guerasimina; una para él, otra para el tísico. Ciertamente Antón lucía más sano en cada jornada, y Guerásim ya planeaba patentar su milagroso medicamento.

De las cuatrocientas mujeres propuestas para entrenar como cosmonautas, quedaron tres finalistas. La elección fue un concurso de belleza. El general Kamanin describió a Tereshkova como «una Gagarin con falda».

La noticia llegó al mundo entero. Hombres y mujeres por igual celebraron las órbitas de Valentina en el espacio. Tan solo la novelista Bárbara Cartland, tan acostumbrada a escribir asnadas, declaró: «A menos que vaya a tener un bebé en el espacio, no veo el sentido de enviar a una mujer».

Marfa estaba bebiendo más que de costumbre. Nikolái le dijo que a Valentina le hubiesen prohibido abordar la nave con cualquier grado de alcohol; en cambio ella debía ser como esos soldados que enfrentaban las misiones más temerarias gracias al



elíxir de la valentía. Le sirvió un poco más. «El último», le dijo. «O pasarás del amor a la rapiña».

Llegó la hora de los preparativos finales. Hubo una cuadrilla que vistió a Valentina Tereshkova con su traje espacial color naranja. Habían optado por ese color porque era el más llamativo para que el equipo de rescate localizara a los cosmonautas luego de aterrizar colgados de sus paracaídas. Debía ser el lance más emocionante del viaje. Salir de la nave a siete mil metros de altura y verla precipitarse al suelo a velocidad mortal. Para vestirse, Marfa se había bastado sola. Solo tendría que quitarse la bata estampada para mostrar su atuendo de caminata espacial. También había elegido un vestido naranja para hacerse visible. La prensa había escrito sobre Valentina Tereshkova: «Sus curvas femeninas estaban ocultas por un tosco traje espacial y su cabellera se hallaba sujeta por un casco blanco». Muy distinto se habrían expresado sobre el vestido de Marfa. Tanto una como otra llevaban botas, pero las de Valentina carecían de tacón.

Marfa hizo una seña a Nikolái. Él fue al baño. Apresuró a un hombre que lo estaba utilizando. Marfa fue para allá. Por primera vez el propietario consideró la idea de instalar un baño de mujeres. A los pocos minutos salió debidamente peinada, maquillada, con aretes de fantasía y un aire de mujer de mundo que no podía emitir bajo la bata floreada. El silencio fue inmediato.

Ni los dioses han sido tan sabios como Chéjov para revelar lo que acontece en el corazón de un hombre cuando ve pasar una belleza que no le pertenece. «Lo que despertaba Masha en mí no era deseo, ni entusiasmo, ni deleite, sino una pesada aunque grata tristeza. Tal tristeza era de carácter indefinido, vaga como un sueño. Sin saber por qué, sentía lástima de mí mismo, del abuelo, del armenio y de la pequeña armenia. Experimentaba la sensación de que los cuatro habíamos perdido algo que nos era necesario en la vida y que no volveríamos a recobrar. El abuelo se puso también triste. Ya no hablaba de cereales, ni de ovejas, y permanecía callado y pensativo, mirando a Masha. Y cuantas más veces su belleza pasaba rauda ante mí, tanto más honda se hacía mi tristeza. ¿Acaso tenía yo celos de su belleza, lamentaba que esta muchacha no fuera mía, que no llegara a serlo nunca? ¿O intuía que su rara belleza sería pasajera, innecesaria, percedera como todo lo terreno? ¿O era mi tristeza sencillamente el sentimiento singular que despierta en el hombre la contemplación de la belleza auténtica?».

Marfa volvió a la mesa. El más triste de todos era Guerásim. Era difícil decir algo. Nikolái lo intentó: «¿Sabes cuál era el nombre clave de la Tereshkova durante su viaje?». Como no era una pregunta que esperara respuesta, él mismo dijo: «La Gaviota».

«De nuevo aparece Chéjov», dijo ella. «Aunque ahora siento que voy de la mano de Dostoyevski».

La primera voz de mujer que llegó del espacio exterior declaró: «Soy la Gaviota. Soy la Gaviota». Tereshkova había completado cuarentaiocho vueltas a la tierra sin

decir nada memorable. Había cometido tantos errores que ya resultaba un milagro haber vuelto a la tierra. Se equivocaba en los botones, apagaba el radio, se enfermó, vomitó sobre sí misma, dormía a deshoras, acabó por desmayarse. «Al saltar en paracaídas», le habían dicho mil veces durante el adiestramiento, «no voltees hacia arriba». Ella desobedeció y se ganó un tajo en la nariz por un fragmento de metal que se había desprendido de la cápsula Vóstok. Según Nikolái, el gran defecto de ese viaje había sido que la cosmonauta no captó el significado de su nombre espacial. Grandioso hubiese sido que la Tereshkova citara unas líneas de Nina Mijailovna Sarechnaia, alias la Gaviota. «¡Frío, frío! ¡Vacío, vacío, vacío! ¡Miedo, miedo, miedo! ¡Los cuerpos de los seres vivientes desaparecieron en lo vano, y la materia los transformó en piedra, en agua, en nubes, mientras sus almas se unían hasta formar una sola! Esta alma total del universo ¡soy yo! ¡Yo! En mí vive el alma de Alejandro el Grande, de César, de Shakespeare, de Napoleón y de la última sanguijuela».

Marfa Petrovna se puso de pie. Agravó la admiración y la tristeza que pesaba en los vientres de los parroquianos. El tísico mató la solemnidad con un ataque de tos. Guerásim nunca había leído a Chéjov, pero daba lo mismo. Con los codos en la mesa, miraba a esa beldad, y su rostro mostraba una expresión de ternura y tristeza profunda, como si en Marfa descubriera a un mismo tiempo «esperanza, sobriedad, limpieza, mujer, hijos; como si, profundamente arrepentido de toda su vida, tuviera conciencia de que esta mujer no era suya y que su propia torpeza, grasienta fisonomía y prematura vejez, le alejaba tanto de la felicidad vulgar, humana y terrestre, como del cielo».

Ella: la mujer, la diosa, la chiquilla, la beldad se dirigió lentamente a la puerta. Allá afuera estaban las estrellas y el infinito. El silencio. «Soy la Gaviota», se dijo Marfa.

Tereshkova había venido a México junto con Gagarin. Los hombres que habían ido al espacio hablaban del espacio. Ella tenía que hablar de la mujer. «Los científicos han encontrado más resistente el cuerpo femenino en las pruebas espaciales», dijo. También decía que la presencia de las mujeres «es indispensable en el gobierno de los países, en las fábricas y en el mismo cosmos». Y aunque todos le daban la razón, pasarían veinte años antes de que la segunda mujer fuese al espacio.

Exceptuando a Marfa.

Abrió la escotilla. Cortó toda comunicación con el centro de control espacial. Sin tanque de oxígeno se lanzó al vacío, donde los aerolitos, donde las constelaciones y el zodiaco; flotó en ese cosmos que según la ciencia tenía un origen pero no un final. Planetas, soles, asteroides, galaxias y, entre todas esas luminarias, era Marfa la más brillante, la más eterna. Porque hasta la eternidad tenía grados. La Tereshkova se sintió adalid de las mujeres porque se sentó a dar vuelta y vuelta a la tierra hasta marearse. «Soy la Gaviota», decía, «soy la Gaviota», sin la menor idea de lo que significaba tal cosa. «No, mi querida Valentina», Marfa alzó la vista al cielo, «la Gaviota soy yo. La mujer soy yo. La eterna soy yo. La divinidad soy yo».

Khrushchev dijo a Tereshkova: «Le deseo feliz viaje. Nos alegraremos mucho reuniéndonos con usted en nuestra maravillosa tierra soviética». Ella le respondió: «Estoy profundamente conmovida por sus palabras de aliento, por su paternal preocupación. Me siento muy bien. De todo corazón doy las gracias al pueblo soviético por sus buenos deseos. Le aseguro, Nikita Serguéievich, que se cumplirá la honorable misión de la patria». Marfa sintió náuseas. ¿De veras se llega a un momento único en la historia para pronunciar esas frases sin sabor? Pero el servicio espacial soviético había reclutado paracaidistas, no poetas. Debieron mandar al espacio a Ana Ajmátova. La humanidad se hubiese ahorrado multitud de lugares comunes. «¿Puede usted describir esto?», alguien le habría susurrado señalando el cielo. «Puedo», habría respondido ella, y a Khrushchev le habría dicho: «Las estrellas de la muerte pendían sobre nosotros. Y la inocente Rusia se retorció bajo las botas manchadas de sangre». Más adelante, cuando su Vóstok escapara de la órbita terrestre, se acurrucaría en ese espacio mínimo que surcaba el espacio infinito, esperaría largamente, y por fin, lejos de las amenazas, persecuciones, prisiones, torturas y ejecuciones, habría pronunciado, cuando ya las señales de radio fueran una tibia interferencia: «Llevo el universo por delante, como carga ligera sobre la palma extendida de la mano, y en las entrañas germina en secreto la semilla de lo que queda por venir». Marfa volteó hacia atrás. Ahí estaba la estación Sályut, con sus luces brillantes, la música que escapaba por la puerta entornada, sin que por eso se escapara el oxígeno hasta que murieran todos de asfixia. Reanudó su marcha. Por delante se tendía el universo que se tendió delante de Ajmátova, junto a lo mucho o lo poco que restara al porvenir. Marfa Petrovna remontó el vuelo en ese mundo ingrátido. «Soy la Gaviota», dijo una vez más y enfiló por las calles negras con la entereza de un cometa que con su estela va desconsolando a los hombres que lo ven pasar.

Solo una persona había salido del Sályut, pero el desamparo se volvió general. Aparte del tísico, se escuchaba un exceso de toses y carraspeos como en un concierto sinfónico. Fue Griboyédov el primero en improvisar un tema. «Otra vez está Solzhenitsyn en los diarios», y bastó esa voz para que se reanudaran las conversaciones en las distintas mesas, para que la camarera fuera de sitio en sitio a ofrecer más bebidas; pero algo restó del abatimiento, pues no se reavivaron las risas y la música fue lánguida en la sinfonía.

«Solzhenitsyn», Nikolái asintió, bebió un trago.

Casi un año atrás, cuando le concedieron el Premio Nobel, la prensa tuvo varios tropiezos antes de acordar la grafía de su nombre: Aleksander o Aleksandr o Alejandro, Soljenitsin, Solchenitsin, Solschenizyn y otras variantes. Aún no había recibido su homenaje ni el dinero que lo acompañaba, pues el gobierno comunista amenazó con exiliarlo si viajaba a Estocolmo y no aceptó que una delegación sueca visitara Moscú para efectuar ahí una especial ceremonia de premiación. Además, no

había forma de realizar libres transferencias de dinero entre Suecia y la Unión Soviética.

Por eso aquel diez de diciembre de 1970 hubo un asiento vacío en la sala de conciertos de Estocolmo. El rey Gustavo Adolfo condecoró a Louis Néel, Julius Axelrod, Ulf von Euler, Paul Samuelson, Hannes Alfvén, Luis Federico Leloir y Bernard Katz, que con su presencia no se volvieron tan memorables como el ausente. La silla vacía estaba muda, y sin embargo clamaba. Era la misma silla que Boris Pásternak había dejado vacía en 1958. La misma en que sí se había sentado cómodo, feliz, lambiscón y estalinista Mijaíl Shólojov en 1965.

Para los escritores, las cosas no cambiaban en Rusia, pues si Dostoyevski había parado en un campo de trabajos forzados por leer una carta, a Solzhenitsyn le había caído la misma suerte cien años después por escribir una. Por supuesto, Stalin nunca vislumbró que estaba creando un monstruo literario, que precisamente escribiría sobre la vida en esos campos. De haberlo sospechado, la condena de Solzhenitsyn no habría sido de ocho años preso sino de un expedito tiro en la nuca. Perseguido y odiado por los comunistas, Solzhenitsyn habría de ver morir a Lenin, Stalin, Malenkov, Khrushchev, Brézhnev, Andrópov, Chernenko e incluso a varios agentes de la KGB que intentaron asesinarlo.

«Damas y caballeros», Nikolái se puso de pie, caminó al centro de la estación Sályut. Supo que el plural de «damas» debió ser singular. Llamó con una seña a Griboyédov. Le susurró: «Tú, Aleksandr Griboyédov, serás hoy otro Aleksandr». Entonces Nikolái lo señaló y alzó la voz: «Hoy hacemos entrega del Premio Nobel de Literatura al señor Aleksandr Isáyevich Solzhenitsyn por la fuerza ética con la que ha mantenido las tradiciones esenciales de la literatura rusa». El tísico Antón, que con su túnica de enfermo estaba vestido lo más cercanamente posible a los ajuares de un rey, tomó un cenicero metálico a modo de medalla y con voz entrecortada dijo: «¡Te condecoro, maestro!». Solzhenitsyn hizo una reverencia al rey Gustavo Adolfo el Tísico; le pidió que aguardara un instante. Entonces se dirigió a sus detractores. «¡Desempolven sus relojes! ¡Abran las cortinas, que afuera ya amaneció! Ya no corren esos tiempos sombríos, opresivos, inexorables cuando maldijeron a Ajmátova de la misma manera. Ni siquiera estamos en ese periodo tímido y templado cuando pisotearon a Pásternak. ¿Es que aún no les basta la vergüenza? ¿Es que pretenden agravarla? Sepan que ya viene el día en que dirán que no dijeron lo que dijeron». Los parroquianos aplaudieron. No acabaron de entender la arenga de ese hombre, pero respaldaron su osadía. «Majestad», Solzhenitsyn se volvió al rey, «cuando guste». Treinta veces tosió el rey sin alcanzar a decir nada. Guerásim se acercó. «No se preocupe, su majestad, yo me encargo de las palabras». Engoló la voz. «Aleksandr Solzhenitsyn, mi querido amigo, le comunico la más cálida felicitación de la Academia Sueca y le pido que reciba de las manos de su majestad el Rey la insignia del premio a cuyo valor usted ha agregado su honor». Solzhenitsyn recordó aquel día de 1945 en que lo encerraron en una pequeña celda de la Lubianka, pensó en los

distintos campos de trabajo que habitó durante ocho años, evocó aquel trece de febrero de 1953 cuando por fin le abrieron la puerta de la prisión y le permitieron marcharse. En ese momento su ambición era conseguir un empleo como maestro de escuela; ahora estaba en Estocolmo recibiendo el mayor honor que podía recibir un mortal. Se acercó al rey. Aceptó el cenicero redondo como medalla e hizo un esfuerzo inútil para que no le brotaran las lágrimas.

Aún no amanecía pero ya el cerro de la Silla lucía un halo de pálida luz. Nikolái no recordaba dónde habían quedado tísico y féretro. Se los habrían llevado Griboyédov y Guerásim. Aturdido por el alcohol, evocaba turbiamente la ceremonia del Premio Nobel. Se dirigió a la habitación y la encontró vacía. Se sentó en el salón a esperar.

No habían pasado ni cinco minutos cuando entró Marfa. Llegó descalza. Con las botas en la mano. El cabello desaliñado. El maquillaje corrido. Algunas magulladuras en las piernas. El vestido mal dispuesto. Se miraron sin decir nada. Ella avanzó por el pasillo con pasos lentos. En algún momento dejó caer los treinta rublos.

Entró en la habitación.

Se desnudó.

Arrojó la ropa al suelo.

Se echó en la cama.

Nikolái la miró desde el umbral.

Recordó el regreso de Sonia, de Sónechka. «Volvió a esa hora y se fue derecha a Katerina Ivanovna, y sobre la mesa, delante de ella, echó treinta rublos en plata. Pero ni una palabra dijo, sino que cogió nuestro gran chal verde, con dibujo de juego de damas, se cubrió completamente el rostro y se tendió en la cama. De cara a la pared, y solo sus hombros le temblaban con escalofríos que le sacudían todo el cuerpo». Marfa no se había cubierto con un chal. Miraba el techo con la tenue luz que se colaba por la ventana. Ahora a Nikolái le correspondía adorarla, tal como Katerina Ivanovna había adorado a Sonia por haberse ofrecido en sacrificio. «Katerina Ivanovna, sin hablar palabra, se acercó a la camita de Sónechka, y se pasó toda la noche, a sus pies, de rodillas, y le besaba los piecitos y no quería levantarse».

Nikolái se fue acercando poco a poco a esos pies desnudos. Quería pensar en la pequeña Sonia que tan amorosamente describía Dostoyevski, pero con cada paso que daba, se le iba montando una historia de Leonid Andreyev; un relato que asqueó tanto a la mujer de Tolstói que escribió a la revista que lo había publicado: «Andreyev nos hace ver el cadáver descompuesto de la degradación humana». Tolstói, que en tantas cosas la contradecía, ahora estuvo de acuerdo; como cuando su mujer dijo que Andreyev era un peligro para la sociedad. «¿Por qué iluminar la lascivia y la maldad?», se preguntaban. El relato trata sobre dos jóvenes enamorados que salen a pasear por el bosque. El tono es un tanto ingenuo, casi infantil. Ella le pregunta si sería capaz de morir por la mujer amada; él responde que sí. El sol se oculta y pronto

han de aceptar que no conocen el camino a casa. Al fin se topan con tres hombres sentados alrededor de una botella. El muchacho se acerca a preguntar: «¿Saben ustedes por dónde se va hacia la ciudad? ¿Vamos bien por aquí?». Ellos no le contestan. Andreyev nos dice que «estaban borrachos, y el cuerpo les pedía pendencia, amor y jaleo». Al joven lo golpean hasta hacerle perder el sentido. Dos de ellos se lanzan de inmediato sobre la muchacha. El tercero se siente ofendido porque, habiendo sido el primero en fijarse en la chica, lo dejaban ahora al último. «¡Yo también! ¡Yo también!». Se sonaba las narices con los dedos y continuaba diciendo: «¡Yo también, hermanos, yo también!».

Hasta ahí ya había suficiente anécdota para irritar a la señora de Tolstói, mas lo peor estaba por venir.

Nikolái se acercó a los pies desnudos de Marfa o de Sonia. La luz crecía. Eran más visibles las magulladuras de las piernas, un rasguño en el vientre, una mordida en el hombro.

Ya es de noche cuando el muchacho despierta de su inconciencia. Busca en la oscuridad a su amada. Luego de deambular angustiado, la encuentra tumbada, sin sentido, desnuda. «¿Qué es esto? ¿Qué te han hecho?». Se arrodilla junto a ese cuerpo impasible. Ruega, amenaza, habla de matarse. «Y asíó a la joven, estrechándola contra sí y casi hincándole las uñas. El cuerpo, templándose, cedía blandamente a sus esfuerzos, amoldándose dócil a sus ademanes, y todo aquello era tan terrible, incomprensible y bárbaro». El muchacho exclama para pedir ayuda, pero su llamado es falso. «Y otra vez, se abalanzó sobre el indefenso cuerpo, besándolo, llorando, sintiendo ante sí un abismo tenebroso, tremendo, atrayente». Aquí ya estaba asqueada la señora de Tolstói. Ni en la escena más cruel de guerra o celos o duelo o enfermedad o venganza había su marido concebido semejante vileza. Ahora el muchacho «con apasionada crueldad manoseaba el cuerpo sumiso, sonriendo con la astuta sonrisa del loco», y decía: «¡Responde! ¿Es que no me quieres?». Y con aquella misma risita maliciosa acercó sus desencajados ojos al rostro de la muchacha. «Apretó más fuerte contra el suyo aquel blando cuerpo sin voluntad, que con su inanimada docilidad provocaba un placer bárbaro. Y con fuerza se apretó contra sus labios, sintiendo cómo sus dientes se hundían en aquel cuerpo y perdiendo, en el dolor y fuerza de sus besos, las últimas vislumbres de razón».

En ese amanecer, en esa habitación, junto a ese cuerpo quieto, Dostoyevski estaba perdiendo la contienda contra Andreyev.

Nikolái miró los pies de Marfa. Pensó en los treinta rublos. Imaginó a los hombres con los que su mujer pudo haber pasado esa noche. Entonces, sintiendo que lo habían dejado al último, dijo: «¡Yo también, hermanos, yo también!».

Guerásim estuvo llorando como si alguna tragedia le hubiese ocurrido precisamente a él. Nikolái pensó en darle un par de bofetadas, pero luego se dijo que el llanto debía

de ser algo natural en los hombres. Lloró Raskólnikov cuando leyó la carta de su madre, lloró Marmeládov al contar la historia de su destrucción; el viejo Karamazov lloraba porque era un sentimental, porque se emborrachaba, porque era viejo; Zhivago lloró luego de traicionar a su mujer, y lo mismo hizo Oblonski; lloró Iván Ílich por su impotencia, por su espantosa soledad, por la crueldad de los hombres, por la crueldad de Dios, por la ausencia de Dios; lloraban los ministros, los consejeros titulares, los generales, los literatos, los maestros, los cocheros, los mújiks, los cosacos, los tártaros, los judíos, los gitanos; lloran los hombres enormes y barbados por la poesía, la música, la belleza, la mujer y la muerte, porque el jefe se jubila, por el recuerdo de la madre, por un discurso, por las despedidas y los encuentros, por la traición de un amigo, por el camino a Siberia, por un enojo del amo, por la batalla perdida y el cuerpo mutilado, por el retorno a casa e incluso se llora para seducir a la mujer que se deja seducir con lágrimas.

Ahora Guerásim lloraba «porque la vida es así y no de otra manera». A diferencia de Nikolái, él sí le había besado los pies a Marfa. Llegó a pensar que ahora, como mujer caída, podía estar al mismo nivel de un borracho, y entre beso y beso en los empeines, le ofreció o le suplicó que pasaran una vida juntos. El tísico Antón se perturbó solo de mirar la escena. Nikolái no sabía si Guerásim se estaba humillando porque entendía poco o porque comprendía las cosas perfectamente bien. Como legítimo marido de la mujer, supuso que era su deber intervenir.

«Mi querido Guerásim», lo tomó de un brazo, lo llevó a una silla, «nuestra Marfa ha sido enaltecida por encima de todos nosotros».

De sus ojos aún brotaban unos lagrimones, a decir de Chéjov, «del tamaño de guisantes». Sin embargo no era ya un gimoteo de pena, tampoco de alegría; el llanto a veces se presenta por una sobrecarga de emociones indescifrables, como en el clímax de una sinfonía que no pudiera calificarse de triste o alegre, sino imponente.

Para Nikolái, la más imponente de las escenas la había escrito Dostoyevski.

Raskólnikov va a la casa del canal, donde vivía Sonia. Cuando ella abre la puerta, le viene una de esas sobrecargas de emociones y le brotan lágrimas porque «sintió sofoco y vergüenza y dulzura». Hablan sobre el inminente fin de Katerina Ivanovna, del niño y la niña que quedarán en el desamparo, de que la niña habrá de seguir los pasos de Sonia; y de que Sonia, aun habiéndose sacrificado para dedicarse a lo que se dedica, vive en la miseria, con días en los que no ingresa ni un kópek. Entonces Raskólnikov de pronto se agacha, se arrodilla y le besa los pies. Ella se asusta, se aparta de él como de un demente. Y, en efecto, todo el aspecto de un demente tenía. «¿Qué hace usted, qué hace usted delante de mí?», balbuceó ella después de empalidecer, y de pronto se le encogió dolorosamente el corazón. Él se levantó de inmediato y dijo: «No he caído de rodillas ante ti, sino ante todo el dolor humano».

Nikolái besó la frente de Guerásim.

Él supo lo que debía hacer.

Volvió a Marfa. Se puso de pie delante de ella. Se inclinó hasta sus pies.

No tuvo que decir nada. Cada palabra que pudiera brotar en ese momento ya había sido escrita un siglo atrás por un expresidiario epiléptico en Petersburgo.

Ahora todos los presentes tuvieron permiso para llorar porque no todos los días se lleva en los hombros el peso de la humanidad.

Griboyédov perdió la oportunidad porque no estaba ahí.

El tísico Antón lloró con más sentimiento que ninguno porque hubo de agregar la ternura que sintió por sí mismo.



Durante el tiempo en que se mantuvo sobrio con ganas de restablecerse, Guerásim había perdido todo encanto. Ahora era otra vez un borracho querible. Por eso tanto Marfa como Nikolái se compadecieron de su soledad.

Pensaron en buscarle pareja.

En *El Don apacible* hay un muchacho que aprovecha la ausencia del vecino, que se ha marchado a hacer el servicio militar, para entrar en amores con la desabrigada esposa. Cuando el padre del muchacho se entera, le descarga su puño sobre el cuello. «¡Haré que te azoten ante la asamblea de cosacos! ¡Simiente del diablo! ¡Maldito! ¡Te voy a casar con la idiota! ¡Te voy a castrar, para que sepas lo que es bueno! ¡Te casaré! ¡Te daré a la idiota del pueblo por mujer!».

Así, con la iracundia del padre termina el capítulo. Nikolái se frotaba las manos ansioso por seguir leyendo. Páginas más adelante el padre se apacigua. Cumple su promesa de casar al hijo, sí, pero le encuentra a una joven bella, despabilada y con dinero.

A Nikolái le pareció una oportunidad perdida.

Se escuchó un chancleteo que venía de la acera. Él y Marfa fueron a la ventana.

Miraron a la muchacha de dos calles más abajo. Llevaba las manos manchadas por una barra de chocolate que se derritió antes de que siquiera la probara. Se las limpió en el vestido. La madre la seguía tres pasos atrás, pidiéndole que no hiciera tanto ruido con las chanclas.

Vistieron lo mejor que se pudo a Guerásim. Lo peinaron también. Llevaba corbata y saco prestados de Nikolái. El saco le iba grande. La barba era de una semana, si a esos pelos esporádicos podía llamárseles barba. Con un pañuelo, Marfa le quitó la capa blancuzca de crema que le habían puesto para que no se le infectaran de nuevo las picaduras de viruela. Griboyédov trajo una botella de loción. Le pusieron unas gotas en el bozo para disimular el olor de alcohol. Marfa dijo que ahora olía peor.

La petición de mano era escena muy favorecida por muchos escritores. Examinaban si los matrimonios debían pactarse por razones pecuniarias o surgir del amor; si la señorita tenía el derecho de rechazar al hombre que le eligieran sus padres o si debía aceptarlo aunque fuese viejo y jorobado; y ya encarrilados, discutían el asunto de la liberación femenina, que en la literatura rusa se llamaba «emancipación

de la mujer». Chéjov decía a través de un idealista: «¡Maravillosa y extraña criatura! ¡Último grito en la emancipación de la mujer! ¡Oh, si hubiera más mujeres así! ¡Son estas mujeres las que necesitamos!». Dostoyevski pone en boca de un mocoso con aires de intelectual: «No soy partidario de la emancipación de la mujer. Reconozco que la mujer es una criatura inferior nacida para la obediencia». Y Tolstói advertía sobre quienes diferían entre la idea y los hechos. En *Ana Karenina* se podía leer sobre un terrateniente que «en el asunto de la emancipación de las mujeres se pronunciaba a favor de las teorías más radicales, la libertad total para ellas y especialmente su derecho a trabajar; pero viviendo en perfecta armonía con su esposa, organizó su vida de tal manera que ella no tuviera que hacer nada, solo estar a su lado y pensar cómo pasar el tiempo de la manera más agradable»; y en *Resurrección*, Tolstói plasmó esta visión en un revolucionario: «Aunque en principio era partidario de la emancipación de la mujer, en el fondo de su alma consideraba a todas tontas e insignificantes». En cambio Chernishevski pone en boca de un socialista: «¡Qué inteligencia tan perspicaz, poderosa y penetrante dio la naturaleza a la mujer! Y esta inteligencia permanece sin utilidad para la sociedad, porque la rechaza, la reprime, la asfixia. La historia de la humanidad avanzaría diez veces más rápidamente si esta inteligencia no fuera rechazada y abatida, si se le dejara actuar».

Cuando la pareja no se conocía, lo más cómodo era que se presentara una casamentera a hacer la propuesta, pero también con mucha frecuencia se apersonaban los aspirantes a suegros, lo cual podía volver incómoda la negociación.

Una vez que terminaron de acicalar al novio salieron a la calle.

«¡Quiero ir!», el tísico Antón luchó para salir del féretro, pero sus esfuerzos fueron los de una tortuga volteada al revés.

Nikolái habló en voz baja. «Yo pensé que a estas alturas ya estaría muerto».

«Es la guerasimina», Guerásim ya pensaba en una patente.

«Tiene las siete vidas de un gato», dijo Marfa.

«Pues habrá de morir siete veces», remató Nikolái, y cambió el tema. «Tu futura esposa, mi querido Guerásim, es un bollo recién horneado».

«¿No podría ser para mí?», Griboyédov pensó en su propia soledad.

En *El dolor de tener talento*, la famosa obra de teatro de Aleksandr Griboyédov, la protagonista es una muchacha estúpida, y sin embargo los hombres de caletre compiten para ganar su corazón. «Pero la obra es una comedia», dijo Nikolái, «y esto va en serio».

Recorrieron el cuarto de versta hasta casa de la muchacha. No había portero, ni un criado que anunciara su llegada. Tocaron el timbre.

Abrió la madre: una viuda entrada en carnes. Las viudas proliferaban en estas historias.

A las madres, sin importar su edad, solían calificarlas de ancianas. La excepción notable era Tolstói, que sentía antojos por ellas.

Era la primera vez que Nikolái pedía una mano, pero la falta de experiencia se compensaba con el caudal de lecturas. Decidió basar su guion en las palabras de *El Don apacible*.

«Veníamos a hablarle de un pequeño asunto. Usted tiene una moza casadera, nosotros tenemos novio. ¿Podríamos entendernos? Veníamos a preguntar si tiene la intención de casarla este año. Si nos arreglamos, podríamos emparentar».

La madre nunca pensó verse en tal situación. Observó a los tres hombres. Clavó sus ojos en Guerásim. «Ojalá no sea ese». Abrió la puerta de par en par.

Los cinco se sentaron en un pequeño salón con sillones de forros gastados y una mesa de centro decorada con una especie de bola de cristal llena de agua y una rosa de plástico sumergida. Nikolái miró a su alrededor y pensó en Dostoyevski, que tenía manías de decorador de interiores, por lo que hacía precisas descripciones de las habitaciones a las que entraban sus personajes. Le angustiaban los techos bajos, la mala disposición del mobiliario, la falta de simetría o unidad en el estilo. Y en verdad Nikolái percibía que Dostoyevski le había refinado el gusto, le había señalado los errores que pueden cometerse al mezclar espacios, ventanas, muebles y adornos. Del departamento de Sonia, Nikolái recordaba sobre todo «la pared con tres ventanas que daban al canal». Por mucho que Dostoyevski se empeñara en denigrarlo hasta el punto de decir que parecía un cobertizo, para Nikolái era un lujo poseer tres ventanas por las que pudiera mirar las aguas del canal de Ekaterina, fluyendo en verano, rígidas en invierno, ese mismo canal que los comunistas, queriendo borrar la memoria del imperio, renombraron canal de Griboyédov. Con esta última idea, Nikolái dio una fuerte palmada a Griboyédov en la espalda, sacó del bolsillo del saco una pequeña botella de vodka y la puso sobre la mesa.

«Podríamos emparentar», repitió.

De su bolso, Marfa extrajo una botella más grande.

La señora fue a la cocina por vasos. Desde una puerta entreabierta al fondo del salón se miraban en torpe disimulo los ojos de la novia.

«Miren ustedes», dijo la mujer al regresar, «mi hija no es apta para esas cosas».

«Somos gente progresista. Creemos en la emancipación de la mujer».

«Que ella decida», intervino Marfa.

«¿Quién es el postulante?».

Guerásim se puso de pie. Hizo una reverencia. A la madre se le agrió el gesto. Llamó a su hija.

Ella se mostró vestida muy a la moda, con los llamados «pantalones calientes», que con frecuencia aparecían en notas de prensa, pues propiciaban bonitas fotografías, al tiempo que las damas antiguas los censuraban por atrevidos, la Iglesia por inmorales, y Fidel Castro por tratarse de «una penetración imperialista». En las puertas de la basílica de San Pedro habían puesto a una monja para impedir la entrada a las jóvenes que mostrasen pierna de más. En los diarios de ese día pudo leerse que

«el portavoz del Vaticano informó que la hermana Fiorella había sufrido un desplome nervioso» luego de dos semanas con tamaña responsabilidad.

Muy lejos de tal desplome se sintieron los tres caballeros presentes en la petición de mano.

«Ven acá, Elena», llamó la mujer a su hija. «Los señores quieren proponerte algo».

«Lenochka», Nikolái se acercó a la muchacha, le tomó la mano. «¿Quieres casarte con el bueno de Guerásim?», señaló al pretendiente con el índice para que no hubiera lugar a dudas.

«Sí», dijo ella.

«No sabe lo que dice». La madre protestó. «No conoce al señor».

«Querida Lenochka, ¿quieres casarte con este borracho, pobretón, desempleado, picado de viruelas, llamado Guerásim, que te dobla la edad y un poco más?».

«Sí».

Nadie había bebido vodka. La madre se sirvió un vaso y lo bebió como agua. Llevó a Nikolái aparte. Le habló en voz baja.

«Mi hija...». Hizo una pausa. «Su mente...». Tenía bien hecha la frase en la cabeza, pero hay palabras que una madre no pronuncia. «Es como una niña».

«No mienta, señora, su hija está perfectamente bien y es capaz de decidir».

Una vez abierta, Guerásim se ocupó de la botella.

«Dime, Lenochka», Nikolái le puso las manos sobre los hombros, «¿estás de acuerdo con Tolstói cuando dice que la Historia, es decir, la vida inconsciente, la vida común, la del enjambre de la humanidad, se aprovecha de cada momento de la existencia de los reyes como de un arma para conseguir sus propios fines?».

«Sí».

«Querida Lenochka, Iván Karamazov asegura que durante los primeros trescientos años, el cristianismo se manifestó como Iglesia, y solo Iglesia era, pero cuando el gentil imperio romano quiso volverse cristiano, se sorbió a la Iglesia, continuando él mismo tan imperio pagano como antes. ¿Estás de acuerdo?».

«Sí».

Nikolái besó las manos de la muchacha. «Hay quienes presumen de doctos y no saben responder con tanta certeza».

La mujer se paró entre su hija y Nikolái. «Váyanse ahora mismo», dijo, «o llamo a la policía».

Nikolái puso otro telegrama para el embajador Kolosovski. Solicitaba acceso a instalaciones adecuadas para continuar el entrenamiento. Para él la parte más difícil de las primeras misiones era pasársela recostado en una pequeña nave durante tres, cinco o más días, sin siquiera la posibilidad de estirar las piernas para ir al baño porque el traje espacial tenía retrete incluido. Oblómov hubiera sido el astronauta

mejor dispuesto, ya que para él «estar acostado no era una necesidad, como lo es para un enfermo o para un hombre que tiene sueño; ni algo incidental, como lo es para un hombre que está cansado; ni una delicia, como para un perezoso; era su posición normal». Con la estación Sályut la cosa cambiaba. Ahí sí se podía vivir durante un mes, bailando en la ingravidez y brindando con vodka. Por supuesto, el alcohol estaba prohibido allá arriba, pero Nikolái pensaba llenar de aguardiente un tanque de oxígeno. «Salud, queridos terrícolas», diría delante de la cámara que filmara sus movimientos para la televisión estatal, «soy el vagabundo interestelar».

No habían vuelto al Sályut desde la caminata espacial de Marfa. Cuando entraron, hubo silencio. Todos los ojos estaban sobre ella. Un hombre comenzó a decir una lisura, pero de inmediato lo calló su compañero de mesa con una trompada. Había dos clientes en la mesa que regularmente ocupaban los cosmonautas; se levantaron a sabiendas de que no tenían el derecho de sentarse ahí. El rincón estaba reservado para el tísico. La mesera puso sobre la mesa una botella de vodka y un vaso de guerasimina.

«Nos estamos volviendo un lugar común», dijo Guerásim.

«Pídele una botella de *vinum gallicum rubrum*».

Fue a la barra.

Regresó a los pocos minutos.

«Dice la mesera que solo hay *hispanicum*».

Nikolái no recordaba que los rusos bebieran otro vino español que el Málaga. Por lo general preferían burdeos. También bebían champaña por litros. O vinos georgianos, pero sería mucho suponer que en el Sályut los tuvieran.

«Que sea de Málaga». Nikolái recordó a Pushkin contando algunas anécdotas en su paso por Tiflis. «Los georgianos mantienen el vino en enormes vasijas enterradas. Cuando las abren celebran solemnes ritos. Hace poco un soldado ruso, tras abrir en secreto una de esas vasijas, se cayó dentro y se ahogó en el vino de Kajetia, igual que el desdichado Clarence en el barril de vino de Málaga».

Volvió Guerásim con las manos vacías. «Dice que solo tiene *ripa Durii*».

«Da lo mismo, con tal de ya no beber este maligno vodka hecho en México».

Pensó que México no estaba en la imaginación de los rusos. Apenas recordó que en *El maestro y Margarita* se menciona a Huitzilopochtli, llamándole un dios terrible y poco conocido. Mayakovski había escrito sobre unos días que pasó en México, pero su talento de cronista era exiguo. Julio Jurenito, el personaje mexicano de Ilia Ehrenburg, no pasaba de ser una caricatura. Arkadi Averchenko hizo un intento sincero, pero infructuoso por entender este país. Tiene un cuento titulado «Mexicanos», en el que un hombre se encuentra con una linda joven en un jardín público y, para iniciar conversación, le dice: «No comprendo a esos mexicanos. ¿Por

qué vierten sin cesar torrentes de sangre? No acierto a explicármelo. Yo creo que todo ciudadano tiene derecho a una vida tranquila. Es un derecho elemental».

En cambio Griboyédov no tenía inclinaciones de vida tranquila. «Ya te reté a un duelo y no me has respondido», chocó su copa con la de Nikolái. «Si gustas, yo puedo ser d'Anthès; y tú, Pushkin».

D'Anthès había seducido a la Pushkina de modo tan descarado que por todo Moscú y Petersburgo circuló un acta de «los comandantes y caballeros de la Serenísima Orden de los Cornudos que, reunidos en sesión plenaria, han nombrado al señor Alexandr Serguéievich Pushkin lugarteniente del Gran Maestro de los Cornudos e historiador de la Orden». Ante tal provocación Pushkin no tuvo más opción que desafiar a d'Anthès.

Las damas sonrieron con malicia. Ya habría tiempo para leer al poeta, pues sus versos quedarían para siempre; en cambio la juventud del francés había que sorberla ahora mismo.

Luego del duelo, Pushkin volvió a casa con el vientre agujerado. El cuerpo se pudría. Los médicos le pusieron treinta sanguijuelas en el abdomen. Tanto se revolcaba por el dolor que una y otra vez se caía de la cama. Sus últimas palabras carecieron de poesía. «No puedo respirar. Algo me aplasta».

La segunda botella de vino fue para brindar por Pushkin. «La dicha se presenta y se despide. Por un instante tocamos la euforia. De nuestra juventud, dicha y ternura, tan solo la añoranza quedará».

Los parroquianos correspondieron al brindis sin alegría.

Griboyédov se marchó del Sályut sin poner siquiera un kópek en la mesa.

«¿Quién va a pagar la cuenta?», dijo Guerásim. «¿Pushkin?».